

# **DE LA TIERRA CANARIA**

DE LA TIERRA

CANARIA

ESCENAS Y PAISAJES

POR

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS



MADRID  
TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1894

*A Baltasar,*

*ahogado en la Peña del Colegial,*

*el 21 de Agosto de 1893.*



**E**N la playa de arena que la onda sin cesar pulimenta con sus caricias y donde los granos de sílice figen espléndida constelación de estrellas brilladoras, todo un firmamento que se enciende al rayo de la luz, se alza la roca marcando el sitio de la catástrofe.

Poco á poco la movediza arena, empujada por la ola, rodeó su base, invadió sus costados, recubriéndola, achicándola, como si el Océano se empeñase en borrar aquel mudo y eterno testimonio de su crimen.

Todavía resiste.

Su mole oscura se destaca como monstruo perezoso, echado en tierra, el vientre hundido en una charca cristalina, cuyo contorno transforma el mar en sus periódicas invasiones. El musgo invade sus flancos, pintando vistosas ráfagas de deslumbrador cardenillo, y arriba, en el redondeado lomo, sobre el fondo pardusco, los cristales de sal, sujetos en el broche de la piedra, centellean con fulgores diamantinos.

Los viejos la recordamos llevando encima un prisma de roca, soldado allí por la mano del hombre, marca infamante que la distinguía de aquellas otras, sus compañeras, monstruos inofensivos de basalto, como ella rendidos en el blando lecho de la playa. El bloque labrado y la roca parecían formar un solo cuerpo, según se hermanaba la fatídica silueta del conjunto con la leyenda trágica que conservaron las generaciones.



Pasó el tiempo, y el monstruo oceánico empenóse en arrancar el apéndice delator que así pregonaba sus crímenes, ahuyentando á las gentes que en otros días se acercaban fascinadas por el rumor melancólico de la onda, por la tersa superficie de las arenas, por la espléndida asociación del blanco de las espumas con el azul robado al firmamento.

Contaba con el olvido de los hombres y la constancia de su fuerza. Y por el día, por la noche, ya en sus arrebatos de cólera, ya en sus crisis de languidez, sin desperdiciar un instante, hiriendo á veces, otras besando, siempre aprovechando golpes y caricias en su obra de destrucción, monótono, lento y seguro, derrocólo al fin, echólo por tierra, lo arrastró después hasta sepultarlo en el abismo, con tanta hipocresía, con tan calculada lentitud que ninguno lo observó.

Al desaparecer la marca, olvidóse la leyenda, y la roca cubierta de musgo, orlada por el centelleo de sus diamantes falsos, mirándose en el cristal de la charca, cuyo contorno la

onda cambia, confundióse con las otras sus compañeras, monstruos inofensivos de basalto, como ella rendidos en el blando lecho de la playa.



Otra vez el mar rodó sus olas sin estorbo. Otra vez, á la ardiente luz del mediodía, á la vibrante de la luna, reanudó su eterna historia de seducción.

Ya fascinaba con apariencias de monstruo formidable corriendo clamoroso con fragores de trueno y alaridos de coraje, agitando su melena de espuma que el huracán deshace en jirones de vapor, rompiendo en la tierra, inundándola, poseyéndola con el espasmo convulsivo del macho feroz que triunfa de la hembra rendida entre caricias que desgarran y voces de amor que rugen, hermoso, horriblemente bello en el salvaje derroche de su cólera y su poder; ya grave y solemne, hinchando y deprimiendo el seno con majestuoso ritmo, sin

una crispación en la tersa superficie espléndidamente azul, adivinándosele inmenso más allá del horizonte, insondable más abajo de la onda, fascinador y admirable aun dormido é inmóvil, atrayendo con sus apariencias de monstruo fuerte y bondadoso; ya deshaciendo suavemente sus ondas en la arena ávida que la sorbe con hervores de besos, resbalando al retirarse con lenta y prolongada caricia, extraviándose, como pesaroso de dejarla, en las ondulaciones del terreno, retardando el paso al rodear los montecillos, durmiéndose en las charcas, ofreciéndose todo él, inmóvil, al rayo de la luna que surge del seno de las aguas y respondiendo á su contacto con el incendio colosal, la espléndida fulguración de la superficie palpitañte donde cada gota, al deslizarse empujada hacia la playa, murmura y brilla, trasmitiendo á la tierra desde el horizonte el rumor melancólico de la inmensidad oceánica, desde el cielo la vibración misteriosa de la luz.



De nuevo acudieron las gentes al sitio peligroso, de nuevo sintieron la atracción de su grandeza, de nuevo creyeron al monstruo inofensivo é incapaz de hacer daño. Y al pasar los días, como se quiere al perro que entre cadenas guarda la entrada del domicilio familiar y se solicita el halago de sus garras y el contacto de su lengua, llegaron á adorarle por su fuerza, por su salvaje majestad, por sus clamores, por sus reflejos, por su misma cólera, y confiadamente buscaron sus caricias, sintieron sus garras inofensivas alrededor del cuerpo, el suave contacto de su lengua lamiendo la carne, y al fin le creyeron arrepentido, bueno, con esa bondad protectora que los fuertes dispensan á los débiles.

El monstruo parecía domado.

Hasta que un día, despertando su instinto, cediendo á la tentación del antiguo placer sanguinario, removido por un impulso irresistible de hambre, pensó el crimen, escogió la víctima, la acechó y la devoró en un abrazo gigantesco, que empezó con suavidades de ca-

ricia y concluyó brutalmente, con violencias de raptó, en medio de la carcajada estridente de la resaca y el vocerío formidable de las olas.



El primer momento fué de asombro.

El crimen, realizado á la luz del día, sin provocación, sin lucha, casi en el arrebató de una caricia, parecía imposible.

Después estalló el humano clamoreo, el grito lamentable del dolor, la maldición al monstruo familiar, al perro encadenado que guarda la morada acariciado y querido como algo de la familia, hasta el momento en que rompe la cadena y desgarrá las carnes del niño que lo acaricia. Y se recordaron historias olvidadas, crímenes viejos perdonados, y en aquel instante de cólera tardía enclavaron sobre la peña como eterno testimonio, no el basáltico prisma de nuestros padres, sino la cruz que en el camino marca el sitio en que los malhechores asesinaron al caminante.

Allí está: de hierro forjada para que eternamente resista, sobre la roca, frente al horizonte, los brazos extendidos como si implorase perdón, como si maldijese al monstruo, como si esperase, viniendo de la región ignota de los horizontes, al que no ha de volver.



Desde entonces la eterna historia, la lucha perdurable continúa entre la piedra y el Océano.

A veces, hipócrita, parece arrepentido y en la hora del crepúsculo, cuando todos los rumores adquieren el tono melancólico de la plegaria, la ola que llega engrosando su voz y luego se retira perdiéndola en susurro ininteligible, vibrando en la bóveda sombría como la oración en las naves del templo, parece rezar afanosamente por la pobre víctima cuyo cuerpo guarda en el misterio de algún abismo desconocido.

Á veces diríase que comprende su crimen y se resigna al testimonio de la cruz que lo pregona y en la alta hora nocturna parece adquirir el aspecto solemne de una tumba sobre la cual se destaca el símbolo guardador de los sepulcros.

Aún al amanecer, cuando los primeros rayos como hilos de luz llegan del horizonte enrojeciendo el hierro, pretende engañar empujando la onda, besando el pie de la cruz, orlándose de blanca espuma que á los ojos del triste, y desde lejos, fingen la melancólica ondulación del pañuelo agitado en el instante de la despedida eterna.

Aún bajo el rayo del sol, cuando todo él brilla y fulgura, su voz parece cantar las maravillas del abismo, el espectáculo fascinador de la inmensidad ondulante, la visión asombrosa de lo desconocido, de selvas laberínticas y grutas de coral adonde la luz no llega, la promesa tentadora de un mundo inverosímil, de un panorama fantástico desfilando entre ráfagas de fosforescencia ante los ojos del aho-

gado, desmesuradamente abiertos por el ansia infinita de mirar ó por la angustia de la sofocación.



¡Mentira todo!

El monstruo vigila, acecha.

Lo mismo cuando salpica y escapa que cuando besa humildemente la cruz, sin perder golpe ni caricia, monótono, fuerte y seguro pugna por desarraigarla.

Dispone del tiempo, de su constancia y del olvido.

La cruz de hierro cederá como cedió la piedra.

La ola retorcerá sus brazos, quebrantará el pie.

Un día vacila, otro se dobla y al fin, pasando el tiempo, cuando, nosotros muertos, olviden nuestros hijos la cruz de hierro, medio enterrada en la arena, enmohecida y rota, aparecerá como un pedazo de hierro retorci-

do, el ancla abandonada, el peño lamentable de algún buque náufrago, de nombre ignorado, cuya agonía ninguno vió, cuya historia ninguno supo, sorbido por la tempestad un día, tal vez ha mucho tiempo... ¡Dios sabe cuándo! ¡lejos, tal vez muy lejos!... ¡Dios sabe dónde!





DE LA TIERRA  
*Delos Meillares*



IRÓ la fea hembra del sobretodo, anudó con un gesto rápido el pañuelo bajo la barba, y lanzando al espejo una mirada donde aparecía el resabio coquetón del tiempo viejo, salió del despacho y dijo ya en la puerta:

—Hasta la vista, Gregorito.

Por algún tiempo percibió el notario el roce de los pies desnudos que se alejaban y el choque sonoro de las monedas de cobre que le diera, impaciente por arrojar del limpio des-

pacho el vaho canallesco del aguardiente.

Sin duda la hembra recontaba la limosna.

Después todo quedó en silencio y D. Gregorio pudo oír de nuevo el zumbido pertinaz, el torpe aleteo del abejón que se empeñaba estúpidamente en franquear los vidrios de la ventana, engañado por su limpia transparencia.

Aquellas palabras de despedida revolvieron el archivo de sus recuerdos: cosas pasadas que él creyó muertas y en aquella hora melancólica de la tarde veía de nuevo al cerrar los ojos, trayéndole ecos de voces juveniles y un perfume de albahaca tan pronunciado, que instintivamente miró á los rincones buscando la mata olorosa que así le transportaba á sus tiempos de estudiante.

Creyóse aún en la pequeña habitación de la calle de Tallers, sentado frente al libro, repitiendo en voz baja el texto del Romano, los ojos fijos en la pantalla verde del lamparín, vagamente arrullado por el rumor nocturno de aquella Barcelona vieja de sus sueños, que

desde la calle subía al quinto piso y penetraba por el ventanón abierto.

Fué una visión inesperada y espléndida de la juventud, el rapto misterioso del pensamiento hacia aquellos días, duros y tristes entonces, gratos ahora al llegar envueltos en el perfume de la hierba predilecta, cultivada en un cajón de pasas, único ser que entierra extraña le recordaba el aroma penetrante del huerto materno, oculto más allá del Océano, en el humilde barrio de las Cantoneras de la poética Atlántica.

Fué la resurrección de sus antiguas aspiraciones de muchacho: sus glorias de estudiante, sus triunfos universitarios que revivían y en soplo de brisa fresca y perfumada llegaban del lejano país de la juventud hasta su rostro plácido, cuidadosamente afeitado, donde la bondad tolerante de su espíritu se pintaba de tal modo que obscurecía aquellos primitivos rasgos de inteligencia poderosa digna de emplearse en tierra más grande en la conquista de la codiciada gloria y que en la oscura pa-

tria sólo pudo servirle para alcanzar su fama de hombre honrado y el corazón de Frascorrita, aquella viejecilla incansable en la doble tarea de engordar y hacerle feliz.

Sus ojos perdieron de vista la realidad apacible y pulcra del aposento, fascinados por la contemplación de aquella figura juvenil, rebo-sando valor y confianza, que resucitaba al cabo de cincuenta años en el humilde cuartucho de la calle de Tallers, recitando mecánicamente el texto prosaico, mientras su espíritu indócil soñaba con el triunfo de su nombre aclamado por la multitud, cuyo murmullo le llegaba desde la calle, y con el país poético y lejano cuyo perfume la albahaca esparcía en la atmósfera de la tranquila noche.

—En casa de la Trillo tienes una paisana... ¿sabes?

La voz había sonado en su oído clara y vibrante como en aquel tiempo.

De pronto lo recordó todo: la figurilla truhanesca de su compañero de casa, un estudiante de medicina roto y desaplicado. Has-

ta recordó su nombre: un nombre bárbaro ya olvidado.

Se llamaba Matarròdols.

Parecióle que otra vez, como entonces, se clavaba en su cerebro la idea fija, mareante, que alejaba el sueño y le perseguía en el aula, de ver á aquella paisana, aquel algo de la tierra, arrojado por un furioso viento en la playa de la gran ciudad, donde la multitud desconocida aguardaba la presa para devorarla entre caricias de monstruo hambriento é indiferente.

De la tierra. ¡Algo de la tierra! De nuevo experimentó el impulso de lástima infinita hacia la criatura á quien imaginaba sola y desesperada soñando con el ancho horizonte de mar y cielo, con la brisa saturada de acres perfumes, con la luna vibrante y con el lenguaje rítmico y langoroso de la lejana tierra. Pensando en ella, sin conocerla, creó aquella figura encantadora y deseable, la que más encantos tiene para el corazón de un mozo á los veinte años: la figura de la mujer engañada, víctima del amor, vencida por débil, y como

Magdalena triste y hermosa, buscando entre la multitud indiferente la mirada llena de luz, la mano misericordiosa y fuerte del Salvador, para seguir sus pasos besando el suelo, contenta con tocar sus vestiduras, con servirle de rodillas, con velar á su puerta, ofreciéndose toda en un arranque irresistible de humildad, de pasión y de agradecimiento.

Pensó ahora con igual ternura, á pesar de los años y de la quietud apacible de su espíritu, en la imagen romántica, á quien dieron vida sus mismas vacilaciones antes de verla, la repugnancia instintiva de traspasar la puerta de aquella casa, la lucha entre el impulso de su deseo y las palabras de la madre, que escuchó sonrojado en el momento de la partida. Aquella misma lucha que con increíble buena fe sostuvo durante tres días, irritando su curiosidad, fué la causa de que una noche, ya en hora avanzada, arrojase el libro por tierra y con paso resuelto llegase hasta la travesía obscura, por la cual otras veces complacióse en pasear mirando los negros portales,

percibiendo el rumor de la fiesta cortesana, sintiendo un mal deseo que le empujaba á la región desconocida y resistiendo á él por timidez de carácter y por respeto á la última palabra de la madre. Siempre vencía, y al dejar la calle estrecha y negra, cuya atmósfera se le antojaba saturada por las emanaciones de la carne, al penetrar en la anchurosa Rambla, al sentir la fresca brisa del mar, el murmullo y son de la gente atareada, experimentaba el placer del vencedor, algo así como el cosquilleo de los laureles en las sienes, como rumor confuso de palabras de agradecimiento brotando de los temblorosos labios maternos.

Ahora llevaba la firme voluntad de cumplir su empresa. Había adquirido el convencimiento de que iba á realizar un deber sagrado. Hasta llegó á imaginar, buscando razones artificiosas que oponer á la voz de la madre, que la infeliz criatura le esperaba, presentía el auxilio, y con su pobre lio de ropas bajo el brazo aguardaba la misteriosa señal, la visión

del Redentor, para seguir sus huellas, besar el suelo, velar á su puerta ofreciéndose toda á él en un raptó purísimo de pasión, de humildad y de agradecimiento infinitos.

Otra vez imaginó llegar á la puerta y aun tuvo la visión clara de aquel monstruo africano, semidesnudo, que más allá de la reja que guardaba la entrada le sonreía grotescamente al descórrer los cerrojos. Aquel saloncillo, los divanes descoloridos que se adivinaban manchados por el vino, rotos los resortes por la brutalidad de la caricia; aquellas hembras, sobre cuya carne los encajes y la seda se encanallaban fingiendo harapos; las sonrisas que le parecieron mueca dolorosa, contrastando con la mirada de aburrimento, casi de repugnancia, con que acogían al intruso; el aspecto de aquella otra mujer rígida y flaca, de mirar duro y severo, apareciendo como un jirón lamentable de honra femenina, más repugnante aún que las otras hembras, todo aquel cuadro, para él entonces nuevo, se reprodujo á sus ojos, y con tal claridad lo imaginó que, re-

cordando su ridícula actitud, la sonrisa de hombre ducho á que forzó á sus labios, y más que nada el saludo ceremonioso que dirigió á la horrible Celestina, crispó su pálido rostro un graciosísimo impulso de cólera.

—¡Estúpido!—exclamó en voz alta.

Aquello duró poco. De nuevo una voz juvenil, con el acento de la tierra, vibraba en su oído exclamando:

—¡Ay, Virgen del Pino!... ¡Si too se parece á Gregorito el de las Cantoneras!

Y como en la hora aquella, sintió el súbito estremecimiento de todo su ser á la caricia de aquella voz que á la par le traía, con el acento suave del país lejano, el recuerdo de la imagen predilecta.

Recordaba con maravillosa claridad que de buena fe había creído hallar en la exclamación de la muchacha una coincidencia providencial, la evidente intervención de la Virgen en su empresa, bendiciéndola como buena y digna de su empeño honrado. Ahora lo veía claro: más que otra cosa, aquellos argumentos

significaban el ansia de su espíritu por asociar á la obra el nombre de su madre. Parecióle que la milagrosa intervención de la imagen era garantía de castidad, purificación de la atrevida empresa.

Así solamente era posible explicar que en el estrecho cuartucho, junto á la cama, respirando la atmósfera saturada por un perfume desconocido y penetrante, cayese sobre el sofá, frente á la paisana, que de pie le contemplaba con asombro, sintiéndose inundado por la ola irresistible de piedad y compasión infinitas que agolpaba el llanto á sus ojos y le hacía apretar los dientes, conociendo, á pesar de su inexperiencia, que era ridículo estallar en sollozos ante la muchacha.

Aquellos instantes pasados en la alcoba le parecieron entonces, y aún se le antojaban, gloriosa prueba de la honradez de su propósito. Ni un deseo, ni un escalofrío había despertado en su carne virgen la presencia de la otra, joven y morena.

Á puerta cerrada, á pesar de la vista del le-

cho, del perfume acre del ambiente, de la presión de las manos que él recordó algo duras y callosas, transcurrió el tiempo, ella contando su vulgar historia, él enternecido oyéndola, dominado por lo nuevo de la situación, por el contacto de la hembra y por su acento cadencioso, otra vez arrastrado á su peregrina idea de regeneración mediante el apoyo de su mano y la fe inspirada por su persona.

Poco á poco acordóse de haberla visto, pero había cambiado mucho. Era entonces una chiquilla descalza y rota, que con su madre, aquella tía Catalina, conocida en toda Atlántica, se dedicaba á vender castañas calientes en invierno, pasteles por Navidad y alegrías por Carnavales.

Las recordaba bien, sentadas junto al brasero de barro ó detrás de la cesta, en la esquina del puente, y hasta imaginó haberse acercado con su madre al salir de la novena de los Dolores para comprar dos cuartos de castañas tostadas.

Sin duda en aquellos dos años, bajo la in-

fluencia del clima fecundo, la muchacha se transformó en mujer.

Lo demás era la vieja historia, la seducción vulgar, aunque á él le pareció novela conmovedora. Un ballenero que llegó al puerto de arribada forzosa, un capitán del que ella no supo más sino que derrochaba el oro, que era moreno y alto y le llamaban *musiú Yon*; la seducción por el brillo de unas piedras, por la perspectiva de un país desconocido, casi fantástico, y, por último, aún ella dudosa, la violenta sorpresa, el rapto al visitar el buque, la madre que volvía á la playa satisfecha del negocio y una última impresión del país natal en la línea ondulante de las altas cumbres destacándose sobre el fondo espléndido de un crepúsculo inverosímil, juntándose en su espíritu al chasquido de las velas, al canto de los marineros y confundiéndose todo en la angustia del mareo que la tumbaba indiferente y desvanecida sobre la colchoneta del camarote. Lo último que recordaba era haber oído, ya entrada la noche, el melancólico toque de ora-

ciones, cuyas graves campanadas traía una ráfaga de brisa, la misma que hinchaba las velas empujándola hacia el desconocido horizonte.

Después la llegada á Barcelona, la vida feliz en un hotel, el buque que desaparece un día sin dejar huella, la ansiedad de la espera resistiéndose aún al convencimiento del abandono; por fin la certidumbre y la caída sin defenderse, sin luchar, porque sí, porque tenía hambre y le gustaba la vida.

Desde la hora de aquella confidencia su propósito fué inquebrantable. Habló con fe, sentíase inspirado por el espíritu de redención, y allí, en el cuartucho de la mancebía, frente al lecho, en la atmósfera caldeada por el sudor de los hombres y los perfumes baratos de las hembras, resonaba su voz, grave, reposada, cantando el arrepentimiento, abriendo á los ojos de la muchacha los anchos horizontes de una vida honrada y feliz, prometiendo el triunfo á los humildes, á los que sufren y á los que lloran.

Entonces comenzó aquel idilio de seis me-

ses, la vida común, la obra redentora en que su fantasía de poeta romántico se obstinó inocentemente: ella, dedicada con entusiasmo á la tarea de remendar la ropa y preparar los platos característicos del país; él, aferrado á los libros, sintiéndose cada día con más aliento para la conquista de la gloria, entristecido sólo por la terca obstinación de la madre, que no quería convencerse de la santidad de su obra, y en las cartas, temblando por el hijo, agotaba súplicas y amenazas para que se apartase de María de la Luz, de aquella perdida *farfanta*.

El plácido semblante del viejo se transformaba ante la visión espléndida de la juventud, y otra vez sentía el fuego del entusiasmo como en los tiempos en que caminaba fuerte y seguro, creyendo alcanzar la gloria y la regeneración de la víctima del ballenero.

¿Quién sabe hasta dónde hubiera llegado aquel muchacho lleno de fe y de valor, disponiendo de la paciencia laboriosa del mecánico, del genio del artista y de la confianza del justo?

Y por un momento complacióse su alma con el sueño magnífico de su triunfo en aquella tierra grande y laboriosa, donde pasaron los mejores años de su vida, y otra vez creyó encontrarse en el vetusto salón de la Universidad vieja recibiendo los cuatro diplomas de honor entre el aplauso formidable de la muchedumbre y el estampido triunfal de las músicas.

La prójima lo había presenciado, y aquel espectáculo, que impresionaba sus sentidos meridionales, hizole caer en una crisis de muda adoración, que ponía en todas sus acciones, hasta en las más sencillas, un sello de humildad, de tímida caricia, en sus ojos pardos un reflejo de esperanza y un enternecimiento de todo su ser, que se ofrecía al genio triunfador de Gregorito.

Aquella fué la época más notable de su existencia. Parecía realizarse el sueño de regeneración, y al mismo tiempo que la rústica prójima adquiría inconcebibles delicadezas de virgen tímida, él, el Salvador, tuvo una noche, después de muchas pasadas en vela, la eviden-

cia lastimosa de que la quería, la deseaba con todo el impulso ardiente de su carne virgen y de su fantasía de poeta romántico.

Ahora caldeaba su afeitado rostro la emoción vieja, la lucha entre su deseo y lo que él imaginaba deber sacratisimo de Redentor: la atracción nocturna que le hacía levantar los ojos del libro para fijarlos en aquella muchacha perezosa que, dejando caer la aguja sobre la obra comenzada, la mejilla en el hueco de la mano, el codo sobre la mesa, mirábale fijamente, sintiendo el cosquilleo de entregarse y dominándolo, cohibida por el aspecto formal del muchacho. Veja ahora con toda claridad el mismo irritante estímulo de un amor no satisfecho; sospechó que, como él, la prójima pasaría la noche con los ojos de par en par, esperando, como él, un impulso súbito é irremediable de decisión que le arrastrara hasta la puerta nunca cerrada del dormitorio y les precipitase sin explicación en los brazos ya de antemano abiertos.

Pero, y esto le admiraba, fuerte en su idea,

deseando la caída é incapaz de provocarla, cierta noche de prueba en que releyó todas las cartas de la madre para ahuyentar la tentación, decidió separarla de su lado, entregarla al capitán del *Joven Antonio*, que era su amigo y paisano, para que la condujera al país.

Todavía fué una angustia el recuerdo de aquella vieja angustia, de la contracción dolorosa y resignada que se pintó en el rostro de la chica al saberlo, de aquellos tres días últimos en que evitaron hablarse, sabiendo que, si lo hacían, estallaban en sollozos, y de aquella despedida en que é él inocentemente predicaba un sermón de moral aprendido é ininteligible, mientras ella, llorando á moco y baba, decía á todo:

—Sí... Gregorito... sí...

El plácido viejo sintió caer sobre la mesa dos lagrimones que le recordaron el llanto abundantísimo, desesperado, de aquella noche, primera de separación, en que, de rodillas ante el lecho de la muchacha, mordía rabioso la almohada.

Y de pronto, sin poderse contener, dió un salto que hizo rodar un montón de papeles y se levantó con los puños cerrados.

Había oído con toda claridad la voz de su amigo y paisano, el capitán del *Joven Antonio*, que le decía seis meses más tarde:

—Buena jembra, paisano, buena. La primera noche durmió conmigo... la segunda fué del piloto... después hasta del cocinero...

—¡Estúpido!—volvió á rugir el notario.

.....

Á tal tiempo penetraba Frascorrita en el despacho con el quinqué en una mano, ocupando con el ancho vientre la ancha puerta, la boca dilatada por una sonrisa enorme, toda ella sacudida, bajo la temblorosa luz de la lámpara, por la vibración risueña de una felicidad infinita, exclamando:

—Que se enfria el *escaldón*, Gregorito.

Parecióle al notario percibir un último canto de gloria triunfal que se alejaba, se perdía melancólico y susurrante. Era el aleteo del abejón empeñado estúpidamente en romper el cristal.

Y sintiendo que con la adorable viejecilla entraba en el despacho, inundándolo, la prosa tranquila de la vida, la paz regalada de la conciencia, el sueño nunca turbado, fuese á ella y empinándose, puso un beso en la masa temblorosa de las mejillas, murmurando:

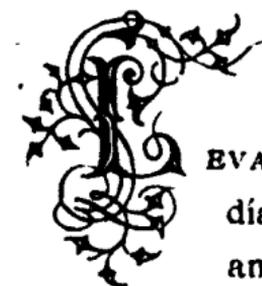
—Perdóname... Frascorrita...





## EL ETERNO CÍRCULO

---



EVANTÁBASE á las seis todos los días y, después de ponerse la americana negra de cuello grisiento y el pantalón verdoso con mucha rodillera, encendía un *virginio* y se dirigía al colegio. Á las siete empezaba á enseñar gramática, doctrina, lectura y aritmética á sucesivas generaciones de chiquillos indolentes, mal educados, tan semejantes los unos á los otros que todos formaban en su memoria, á través de los años, como una confusa neblina. Á las

nueve volvía á su casa á almorzar un huevo frito y una taza de té, y á la hora siguiente entraba de nuevo en clase. Á las cuatro se sentaba otra vez á la mesa con sus dos tías, delante de la eterna sopa y del eterno puchero, descolorido é insípido. Á las ocho, terminada su tarea en el colegio, se dirigía lentamente al muelle, con la espalda encorvada, el paso incierto y soñoliento. Llegaba hasta la punta, siempre solo, y deteníase un rato ante la inmensidad atlántica que ondulaba vagamente en las tinieblas, recibiendo en plena faz la brisa penetrante, fresca, juvenil, que venía desde el fondo lejano é indefinido como una invitación al viaje, á las aventuras en países remotos, llenos de sol, de vida y de movimiento. Y luego, volviendo la espalda al mar, regresaba á la ciudad, amontonada al pie de los *riscos* que en el obscuro fondo encendían todas las noches centenares de luces, luminarias de una fiesta que nunca llegaba á celebrarse.

Y así pasaban los días, los meses y los años. Los domingos los ocupaba en tocar la guita-

rra ó en leer las novelas que le prestaban, traducidas del francés.

Á los treinta años comenzó á perder el pelo, y sus dientes, á causa del abuso del tabaco, se tiñeron de negro y amarillo. Usaba un paraguas todo esmaltado de agujeros y un reloj de plata heredado de su padre. Sus tías trabajaban en sombreros de señoras, y los tres vivían juntos en una casita *terreña* del barrio de San José.

Durante el verano, los jueves y los domingos por la noche, cuando había paseo con música en la Alameda, acostumbraba pararse con sus dos tías por fuera de la verja, para oír las polkas, los valeses y las fantasías de la banda municipal y contemplar el desfile sempiterno de las mismas personas, todo el señorío atlántico, mil veces visto y mil veces comentado. Y mientras las dos viejas analizaban y discutían en animada charla los vestidos y los sombreros, él, con el ansia con que el condenado debe mirar, desde el negro fondo, el paraíso inaccesible, seguía con la vista las parejas de mu-

chachas elegantes, que le parecían seres de un mundo superior. Á él nunca le había mirado una mujer, como las mujeres deben mirar á los hombres. Nunca había sentido temblar á una entre sus brazos, con la faz empalidecida por la divina angustia del deseo. Y hubiera dado muchos años de su triste vida por ser uno de aquellos pollos, abogados ó médicos, militares, estudiantes ó empleados que entraban en el temible paseo como en su propia casa, vestidos á la moda, manejando el bastón con naturalidad y desembarazo, con derecho á recibir las miradas, las palabras y las sonrisas de la brillante juventud que para ellos se ataviaba.

Decían sus vecinos que él era un santo: sus tías se lamentaban de que no se hubiera hecho sacerdote, y él, sin embargo, hubiera estimado como una felicidad inaudita el penetrar en el cuarto de cualquiera de las descocadas muchachas que alguna vez se encontraba por las calles, vestidas de almidonada zaraza, apestando á perfumes baratos, con zapato re-

cortado y media de colores chillones. Ni esas tampoco le miraban.

Y así pasaban los días, los meses y los años. Cuando llegó á los cincuenta tenía una calva amarillosa, como de santo vetusto y sedentario, una barba gris y rala y unas manos secas surcadas por gruesas venas veidosas. Una enfermedad de la vista le obligó á usar gafas negras. Y era un tipo conocidísimo en Atlántica, de esos que se ven diariamente por las calles y en los que nadie fija la atención. Era Anselmito, profesor de primeras letras en el colegio de San Isidoro.

Á veces, al salir de su casa en las mañanas luminosas de Septiembre, se detenía un minuto ante la muralla del paseo, frente al mar. El sol besaba aún la línea del horizonte, trazando en la superficie del mar un ancho camino de oro. El cielo parecía más alto, más lejano, y en los cercados lucía más negro el verde de las plataneras. Flotaba sobre todas las cosas una suerte de vaga expectación. Y entonces, con paso más ligero encaminábase al trabajo,

con el extraño presentimiento de que algo nuevo, extraordinario, le iba á suceder en aquel día. Y el día pasaba como todos los demás, monótono, incoloro.

Murieron sus tías, con intervalo de tres años, y él continuó viviendo solo en la casita terrera del barrio de San José. Y entonces, á los sesenta años, empezó á soñar despierto en el colegio, en la calle, en todas partes. Él no era él, Anselmito, el profesor de instrucción primaria. Era un marino, un piloto, de anchas espaldas, de barba negra, viviendo á bordo medio desnudo, en diario combate con los elementos, desembarcando en lejanos puertos en el barullo de una turba pintoresca, sembrando por todas las partes del mundo su virilidad poderosa, en amores frenéticos con mujeres de los Trópicos, de andar ondulante y perezoso, de mirada meditabunda y fascinadora.

Y así, soñando despierto, fué poco á poco acercándose á la tierra, esperando siempre lo nuevo, lo extraordinario, que nunca llegaba.

Entró en la agonía al comenzar una maña-

na de Agosto, espléndida, sofocante. Era un lunes. Crujía en la calle el látigo de los arrieros; oíase la charla bulliciosa de los chicos que, deteniéndose á cada paso, se dirigían á la escuela próxima; pasaban á intervalos vendedoras ambulantes pregonando sus mercancías con acento monótono y plañidero; sonaba á distancia el ritmo acompasado de los martillos de una herrería. Era la vida del pueblo que comenzaba, el cumplimiento maquinal de los mismos deberes, la lucha por la vida, sin más incentivo ni más recompensa que la vida misma, el círculo eterno que el insecto humano describe en un rincón perdido en la inmensidad pavorosa del Universo.

Y así murió, casi á la misma hora en que empezaba su trabajo en el colegio, y hasta la última congoja, en el fondo de la alcoba crudamente iluminada por el sol, esperaba lo nuevo, lo extraordinario, que nunca vino.





## EL POEMA DE UN BOTICARIO



odos los alumnos de quinto año del colegio de San Isidoro conocían á Soledad.

Á las ocho de la noche, al salir de la clase de Filosofía, ya uno, ya otro, á veces dos ó tres juntos, iban á hacerle una visita. Aquello, el tomar borracheras de cigarros y el bañarse por el muelle sin permiso de los padres, eran entonces otras tantas investiduras de la toga viril.

Pepe era el único que no había estado nun-

ca en casa de Soledad. Era una vergüenza. No era un hombre.

Varias veces estuvo á punto de resolverse á dar aquel paso decisivo y varonil, y siempre le detuvo el temor á las consecuencias. ¿Qué diría su madre si lo supiese?

Por fin, una noche se atrevió. Era en invierno. Había llovido todo el día, y en las calles, por donde nadie transitaba, los charcos reflejaban la luz mortecina de los faroles de petróleo. Soplaban el viento Norte con violencia, difundiendo por la ciudad silenciosa la tristeza solemne del Atlántico.

¡Qué emociones! Vivía Soledad en la *marea*, en un casuco viejo con ventana al mar. Cuando llamó á la puerta, por cuyas numerosas rendijas se veía la luz interior, le temblaban las piernas. Ella, al verle, experimentó una sorpresa muy agradable.

Era el único del *grupo* que no la visitaba y además el hijo de D. Laureano, el boticario, en cuya casa había servido su madre. ¡Cuántas veces habían jugado juntos siendo niños!

Como vacilara en el umbral, medio arrepentido ya de su audacia, pensando con terror en que quizás sus amigos le habrían engañado, en que aquella mujer modestamente vestida de zaraza no podía ser un *tiesto*, ella le dijo sonriendo con mucha amabilidad:

—Entre, *cristiano*.



Pepe no durmió aquella noche. Toda la pasó reproduciendo mentalmente la escena inolvidable.

Crujía el maderaje de su ventana á los embates de la tremenda brisa del Norte, y en la calle un perrillo abandonado ladraba sin cesar. Debajo de sus párpados cerrados creía el estudiante tener, grabada para siempre, la mirada maliciosa y tierna de aquellos dos ojos negros, el perfil delicado de aquella nariz aguilena, el trazo imperceptible de los labios que, al juntarse para formar el beso, daban repentina seriedad á toda la fisonomía.

Así comenzó á quererla con ternura juvenil, fresca y sana, mezclada con infinita compasión. Pasaron muchos días sin que repitiera su visita, y la imagen de Soledad, idealizada, le acompañaba á todas partes. Ocultó bajo sus camisas, en las profundidades de la cómoda, el pañuelo que llevaba la noche aquélla, en el que la muchacha le había vertido algunas gotas de agua de Colonia.

No habló ni una palabra á sus compañeros de la aventura; pero Soledad no hubo de ser tan discreta, porque varios de ellos le dieron bromas significativas en el patio del colegio, golpeándole las espaldas y diciéndole:

—Ya se sabe todo, *baladrón*.

Nunca quiso ir con sus amigos á la casa de Soledad, ni jamás pensaba en que otros compartían con él la juventud adorable de la pobre muchache.

Soñaba con ella, la dedicaba versos, y habiendo leído por aquellos días *La dama de las camelias*, traducida, llegó hasta pensar en la posibilidad de una redención por el amor.

Sin embargo, ella *no le comprendía* por completo.

Cuando él la tomaba delicadamente entre sus brazos y la besaba en los párpados con tanta ternura que las lágrimas le nublaban las pupilas, ella, agradecida y sonriente, le decía tan sólo:

—¡Qué cariñoso es Pepito!



Una noche, sentado junto á la ventanilla que daba al mar, conoció Pepe ó creyó conocer el encanto definitivo del amor y de la poesía.

Era una noche de luna, soberbia, vibrante. Habían dado ya las diez y el silencio que envolvía todas las cosas era majestuoso y extraordinario.

Al pie de la ventana empezaba el mar. Primero, charcos de agua inmóvil y brillante; luego la superficie blanca, inmensa, que la vista recorría hasta el fondo del horizonte y la imaginación prolongaba más allá en espacios indefinidos alumbrados por la luna.

Sentado en el poyo, con un brazo alrededor del talle de Soledad, Pepe se sentía capaz de traducir en palabras una poesía maravillosa en que se revelase definitivamente al mundo entero el misterio de la aspiración humana, ó de inventar una melodía sublime en que se concentrasen todas las sonrisas, los suspiros y los ritmos difundidos en el ambiente de aquella noche serena.

Cerrados los ojos, le parecía flotar en aquel mar de luz en una fantástica barquilla, llevando á Soledad consigo. Impulsados por una fuerza oculta, navegaban más allá del horizonte, siempre bajo el amoroso rayo de la luna, y de improviso, surgiendo del misterio de la espléndida noche de verano, se alzaba ante ellos una tierra llena de palmeras, de pájaros, de perfumes, una isla de los Trópicos, silenciosa, perdida en la inmensidad del universo, un rincón para ellos solos, sin leyes, sin respetos sociales, sin colegios, y penetraban bajo las anchas hojas, pasando del mar á un río rumoroso y profundo, entre el murmullo de los

pájaros medio despiertos, respirando con el aire fresco, virgen, penetrante, la esencia de la eterna juventud de las cosas.

Y de pronto Soledad le tocó la barba con los dedos y le dijo:

—Cristiano, que se está quedando dormido.



Al año siguiente, estudiando Pepe en Barcelona el primer curso de Farmacia, supo que Soledad se había marchado á la Habana. Y dos años después, un amigo, uno de los del grupo, le escribía, entre otras cosas, desde Atlántica: «Te participo que Soledad, ó sea tu Margarita Gauthier, ha muerto en la Habana, de la fiebre. Aquí lo ha dicho Joaquín Pérez» (un amigo piloto).



Una noche del invierno de 18..., D. José el boticario (ya tenía más desetenta años), revolviendo papeles, tropezó con una fotografía

viejísima, amarilla, casi borrada, una de las primeras que en Atlántica se hicieron.

Era un retrato de Soledad, de busto, con la frente llena de rizos oscuros, con los ojos negros, tiernos y maliciosos, la nariz aguileña y delicada y el trazo imperceptible de los labios que, al juntarse para formar el beso, daban repentina seriedad á toda la fisonomía.

Bruscamente, toda su juventud lejana resucitó en su memoria. Representósele con exactitud portentosa el cuarto de Soledad, oyó su dejo cariñoso, percibió el sutil perfume de sus ropas y le pareció estar aún en aquella noche extraordinaria en que él, farmacéutico, se había sentido músico y poeta.

¡Qué singular le pareció aquello! La resurrección de unos ojos, de un cuerpo, de una voz, desaparecidos hacía más de cincuenta años, muertos allá, en una tierra muy distante, disueltos, perdidos, de los que nada quedaría, ni siquiera un átomo de polvo, nada más que un recuerdo en la memoria de un boticario viejo.

Y algo quedaba todavía en el corazón de aquel boticario viejo, petrificado por cincuenta años de vida atlántica, monótona y soñolienta, porque, de improviso, besó la fotografía amarillosa, llorando como un niño.





## «GERMINAL»

---

### I



ENTRÁBASE á la casa por un ancho portal que conducía á la casapuerta, más ancha aún, como todas en aquellos tiempos en que el terreno se media á ojo y se pagaba con maravedises. Lo cual, si bien se entiende, demuestra indirectamente que, por entonces, aún no se conocía el metro y se contaba por ochavos. Y esto indicará al lector la época, año más, año me-

nos, en que estos sucesos pasaron, la cual más claramente no me atrevo á señalar, por ser todo cosa cierta y no de mucha honra para los actores.

Era ancha la casapuerta, y en su fondo, frente al portal, abriase un postigo que, por sus dimensiones, más se juzgara digno de castillo que de morada pacífica, pintado de rojo, con grandes clavos negros esparcidos simétricamente y con una ventanilla en la parte superior, donde, por la noche, lucía un lamparín, estrella polar para los pocos visitantes que, en aquellos tiempos y á tales horas, se arriesgaban por las callejas precedidos del paje portador del farolillo, ó llevándolo de mano el que no pagaba sirviente.

Aquel pesado portón no se movía con facilidad; necesario era aplicar el hombro, con lo cual, y no sin grande esfuerzo, estremecíase al fin la pesada máquina, á tiempo que en el interior resonaban repetidos golpes de masa oscilante, hiriendo la madera del postigo, y alegre repique, como si todas las campanillas del

coro de la Catedral se echasen á vuelo en el momento solemne de la adoración. Y esto, que á otros menos conocedores de las industrias de la época hubiera asustado, consistía simplemente en que un *peso*, enorme pilón de madera, sujeto á un cordel que resbalaba por la garganta de un carrizo con más campanillas que las mulas de Su Ilustrísima, se elevaba al abrirse el portón, golpeando en su madera con oscilaciones de péndulo loco, con lo cual armábase aquella algarabía, capaz de poner miedo en el corazón del menos asustadizo de los mortales.

Ahora abierto estaba, y á la verdad que, por estarlo, ganaba mucho el viejo caserón, pues por la ancha abertura descubriase un patio inmenso, donde el verde de las plantas y el oro de la luz se combinaban de tan extraño modo, con tonos tan brillantes y matices tan varios, y era tanto el ramaje y tan espeso y tanto el perfume de jazmines y heliotropos, y tanta luz había en las copas y tanta sombra en los troncos, y tantos trinos de pájaros en el

aire que, por aquel boquete, parecía divisarse el paraíso.

Era en el marco obscuro de la casapuerta como una inundación de murmullos, de perfume; y de luz.

Habitaba en aquella casa el señor cura de San Sebastián, D. Juan Rodriguero, en compañía de su cuñada, pobre mujer, á la cual el borbón de su marido, huyendo de la mala fortuna para buscarla mejor en Cuba, había atañonado en Casillas del Angel con tres chiquillos, el mayor de los cuales no contaba diez años ni conocía otro camino que el que sigue la mano del plato á la boca.

No era canario Rodriguero. Vino de Fuerteventura, y apenas habían transcurrido dos años de su nombramiento de cura ecónomo y de su instalación en aquella casa. Y allí, rodeado de vecinos curiosos que intentaban cada día introducirse y husmear en la que dieron en decir misteriosa vida de los *majorcros*, pasaron los tiempos, él dando golpes de azada en la tierra del huerto, conmovido ante aquella vegeta-

ción admirable, que contrastaba con la seca esterilidad del suelo patrio; ella, entregada á la tarea de cuidar la casa y remendar los muchachos, sacrificándose obstinadamente en la obra irrealizable de contentar al eterno de contento y tener aseados á los tres chicos.

Apenas salía. En los primeros tiempos á misa, envuelta en el manto negro y raído y siempre de madrugada. Después llegó á faltar algunos días, cuando era preciso lavar la ropa en la *pileta*; más tarde acudió solamente, y siempre á la del alba, en días de precepto, y ahora faltaba, y más y más se encerraba en aquellas cuatro paredes, no tan altas ni tan recias como su terca obstinación, casi maría, de hacer germinar sonrisas en el rostro estéril del *majorero* y de arrancar la piel á los muchachos en un acceso de limpieza formidable.

En cambio los tres muchachos eran conocidos en toda Vegueta por sus correrías, ya solos, ya en pandilla con otros *mataperris*, de las cuales llegaban frecuentemente con un chirlo en la cabeza, sangrando de la nariz y

siempre con un nuevo desgarró en el traje. Eran el encanto de los vecinos, que les perdonaban con gusto los huevos crudos robados y sorbidos, y mucho más les perdonaran, gracias á la buena disposición de los chicos para contar lo que en la casa acontecía y aun lo que nunca sucedió, pues el segundo en edad, llamado Pablito, como su padre, poseía inventiva poderosa para hilvanar relatos, ya detallando perla á perla los collares con que su madre se adornaba para guisar el puchero, ya los pavos y el número prodigioso de huevos fritos que se servían á la mesa, ya las *fiscas* que su tío le daba para comprar *rapaduras* y *echar limosna* en la caja del Cristo de la Vera Cruz. Y aunque era fácil entender la inocente mentira, no por eso dábanle las comadres menor importancia, y se hablaba de los diamantes de D.<sup>a</sup> Pepita como de cosa indudable, y hasta se invocaba el testimonio de un *monigote* que hacía la compra de viveres, el cual, á creerlo, sorprendióla en cierta ocasión sacando agua del pozo con traje de rasolís y pedrería.

Más probable pareció la noticia, dada también por Pablito, de que su madre estaba *opilada*, por lo cual una vieja, al salir cierta noche del Rosario, se atrevió á preguntar al señor cura por la salud de su cuñada. Mostróse él extrañado de que se hubiese sabido, y mafiosamente, tirando de la lengua á la buena beata, logró saber el origen de la noticia.

Y fué el caso que al día siguiente salió á la calle Pablito luciendo en el rostro cuatro cardenales como cuatro dedos, y no lucía cinco porque la cara no daba para tanto.

Y entonces en el corro de curiosos dijo con aplomo:

—Esto me lo *jiso* un pájaro grande... grande... tamaño así...—y separaba los brazos,— que me mandó mi padre de pa donde está.

Lo cual, oído por Juanito, hízole gritar á voz en cuello:

—Lo que fué, fué un sopapo que le arrimó padrino pa que no *golviera* á ser *cuentero*. ¡Vaya un sopapo, señores!...

Y con expresivo gesto de ponderación sor-

bía la saliva que, en los momentos de entusiasmo, le llenaba la boca.

Desde entonces se tuvo por cosa cierta que D.<sup>a</sup> Pepita *padecta*, y todas las feligresas preguntaron diariamente al ecónomo:

—¿Cómo está su hermana?

A lo cual él, ya resignado, contestaba:

—Sigue lo mismo.

## II

Aquel día—1.<sup>o</sup> de Mayo—el sol estaba caído como plomo, dando á todos, no ya vida y actividad como dicen los poetas, sino modorra infinita que obligaba á los míseros mortales á cabecear en la silla ó buscar sitio apropiado para una reparadora siesta.

Sin embargo, no era causa suficiente para impedir que los sobrinos del señor cura corrieran como siempre en el huerto, en compañía de otro chico algo más entrado en años, aunque no superior en travesura.

Llamábanle Rafaelillo *el de los gallos*, por

dedicarse su padre á cuidar los destinados á las riñas, y sólo se distinguía de sus amigos en que éstos llevaban zapatos, siquiera fuesen rotos y deformes, y él iba descalzo como todos los pobres del país, y aun en aquella época los medianamente acomodados.

Casi cubiertos por la sombra de una madre-selva gigantesca, estaban los dos mayores de Rodriguero con su amigo el de los gallos en extática contemplación ante la madriguera de un escorabajo.

—¡Bájalo... ¿No ves que se espanta?—decía apagando su vocecilla Juanito, á tiempo que sujetaba la mano de Rafael, pronto á introducir una caña en el escondrijo.

—¿Pos si no quié salir nos vamos á estar espera que espera to er santo día?

—Él salirá—afirmó Pablo con esa lógica inflexible de los chicos que no transigen con las irregularidades del lenguaje.

—Salirá ó no salirá—añadió el de los gallos, que andaba aferrado á su roca.—Déjame que lo *jurque* á pasito...

—¡Que no sias cabezudo, te digo!

—Él salirá—volvió á repetir Pablito.

—¡Ca ha de salir!

Y todos tres callaron, siguiendo con los ojos fijos las evoluciones del escarabajo.

De pronto, Rafaelillo hizo constar muy gravemente en voz baja:

—Está güerto de c...

A lo cual los dos hermanos, sin pestañear, asintieron con expresivo movimiento de cabeza.

—¡Si lo *jurgáramos!*—insistió el de los gansos.

Y el mayor, vuelto á su primitiva idea, exclamó ya impacientado:

—Que no, ¡porra!... Que se juye pa dentro.

De nuevo callaron, contemplando el trasero del escarabajo, y de pronto exclamaron á la vez:

—¡Yal... ¡yal... ¡yal...

Creció la expectación. El escarabajo se había movido... Sin duda iba á salir, y Juanito tan atento estaba con los ojos dilatados, la boca

abierta, llena de saliva, que no atendió á sorberla, y deslizó en cristalina baba hasta el suelo. Cuando quiso poner remedio ya no lo tenía. Aquel defecto de su hermano era para Pablito fuente inagotable de regocijo. Apenas el tardío sorbo le puso en autos del suceso, sintióse sofocado por la risa, y entre convulsas sacudidas cayó al suelo gritando:

—¡Helél... ¡Que se le cayó la, babal... ¡Helél

Y más no dijo porque ya tenía al otro encima dándole puñadas, sin lograr devolverlas á causa de la risa que le ahogaba. Mientras tanto el de los gallos procuraba calmarles:

—¡Ponciol ¡No hacer tonterías, que se espanta el escarabajo!

Pero ni por esas cesaban uno de golpear, el otro de reir, hasta que Rafaelillo exclamó con acento de miedo:

—¡Que vié el pae cura!

Fué tan eficaz la medicina que, sin transición, terminaron golpes y risas, y otra vez se encontraron de rodillas bajo la madreseiva, con los ojos fijos en el escarabajo.

—¿Dónde está?—preguntó Juanito buscando de reojo á su tío.

—Eran mentiras mías.

—¡Ah, perro!

—Callarse, que se juye...

Pablito se enjugaba con el faldón de la camisa una gota de sangre procedente de un rasguño, y entonces fué cuando le ocurrió llorar:

—¡Bruto! ¡animal!...—decía con grandes alaridos.—¡Me hiciste sangre! ¡Á mamá se lo digol... ¡Mira!...

Y le metía la camisa por los ojos.

—Me alegro... por pesao.

Y calló, mientras Pablito continuaba sollozando y escupiéndole al rostro las palabras más escogidas de su repertorio callejero.

No me atrevería á vaticinar el término del incidente, pues el primogénito nunca tuvo fama de sufrido, tratando con persona más débil y por tal probada, y ya cerraba los puños y esparcía los ojos con claros síntomas de furor, si en aquel momento crítico no se hu-

biese distraído la atención de ambos hacia la nota clara de una voz infantil que en el fondo del huerto, con sofocado aliento, balbuceaba:

—¡Ito!... ¡Guan!... ¡Los polos!... ¡los polcs!...

Lo cual, para mejor inteligencia, traducido al lenguaje corriente, significaba, y así ellos lo entendieron, que el Benjamín, Antonio en la pila, Morroño por corrupción, llamaba á sus hermanos Pablito y Juan para darles cuenta de algún grave accidente ocurrido á los pollos que D.<sup>a</sup> Pepita cuidaba en el patio trasero.

Y, efectivamente, aquella misma mañana habíase notado la súbita desaparición de cuatro polluelos, y no hallando causa que la explicase, colgaron el sambenito con cierta ligereza de juicio á las ratas de la carbonera.

La tal estaba situada en el patio trasero, y consistía en un sótano obscuro, al que la imaginación de los chicos se complacía en dar proporciones colosales. Era algo así como un país desconocido é inexplorado que les atraía como atraen las grutas, los precipicios, todo lo que sin límites ni fondo parece.

Nunca solos y siempre á la luz del día, llegaban á la puerta, y desde allí echaban cálculos sobre los accidentes del cuartucho que, más allá del rayo de sol que por ella entraba, parecía prolongarse indefinidamente, con recargos de sombra, asperezas de ángulos, curvas de bóvedas, agujeros sin fondo, aparatos estrambóticos y hasta esqueletos descalabrados, y cadenas enmohecidas, que todo esto podía imaginarse en el seno de la tiniebla y mucho más podía fingir la imaginación de los chicos.

Allí se ocultaba periódicamente, con regularidad desesperante, la gata negra de D.<sup>a</sup> Pepita, realizando en la sombra aquel fenómeno misterioso del parto que tanto daba que pensar á sus precoces inteligencias, y de allí á poco tiempo reaparecía, arrastrando su prole por el flojo pellejo, prole que por lo vario y abigarrado del pelaje daba á entender los extravíos conyugales de la madre.

Allí, y entre la sombra, reñíanse encarnizados combates entre gato y ratas, de los cuales

sólo llegaban afuera algunos gritos de angustia y el estrépito de maderos y cacharros arrojados al suelo por los feroces combatientes. Al fin se restablecía el silencio y, agujereando el hueco de sombra, saltaba el gatuno triunfador, los pelos en punta y el hocico manchado de sangre.

¡Aquel combate en la sombra de la carbonera parecía horrible á los muchachos!

Más se contaba del sitio y yo pudiera repetir si no temiera asustar al crédulo lector con achaques de duendes y estrépito de cadenas, que estas y otras historias corrían de boca en boca y echaban raíces en la imaginación de los chicos. Lo que no he de pasar por alto es la tradición de que en el piso de aquel subterráneo existía un pozo, abismo ó sima, que á punto fijo ninguno lo supo, lo cual, si bien se piensa, daba mucho carácter á la carbonera.

El chico aparecía entre las ramas de un heliotropo, arrastrando unos zapatos, desecho de sus mayores, y medio vestido con un delantal azul, el cual, si algo tapaba por delante, atun-

que con puertas y balcones, dejaba por detrás completamente á la vista las piernas y el trasero. Era moreno, muy moreno, á tal punto que el color de su cara cubría las manchas de la suciedad, disimulándolas; el pelo rizado y corto, negro y apelmazado, resistiendo la obra del peine más duro; estrecha la frente, botados los ojos, chata la nariz y las orejas abanicadas.

Allí, entre los heliotropos, más cubierto por las flores que por el vestido, con los ojos echados afuera del casco y la abierta boca limitada por un círculo amarillo de huevo, aparecía el menor de los hijos de D.<sup>a</sup> Pepita, gritando con voz sofocada por la carrera y la emoción:

—¡lto!... ¡Guan!... ¡Los polos... los polos!

Y jadeante, sin poder acortar el impulso ni medir el obstáculo, tropezó en una raíz del heliotropo y cayó panza al suelo con los brazos extendidos, las piernas separadas, la boca en el polvo, como si quisiera abrazar y besar á la madre tierra. Así permaneció un momento, y al cabo, sin mover pie ni mano, levantó la cabeza y los chicos pudieron ver aquella boca

dilatada horriblemente, los ojos cerrados, dejando escapar lágrimas abundantes, contraído el feo rostro por la crispación del dolor.

—¡Está *desmorecido!*— dijo Pablo acudiendo á levantarlo.

—¡Cállate, cállate!

—¡Que vié el pae cura!

Y efectivamente, allá en la galería rechina-  
ban las tablas viejas, sin duda bajo los pies  
del sacerdote.

Antoñito quedó suspenso, paralizado por el  
terror, y mientras lo levantaban sus hermanos  
frotábale Rafaelillo la barriga con suave cari-  
cia, murmurando con acento convencido:

—Sana, sana, sana,  
culito de rana.  
Si no sana hoy,  
sanará mañana.

Ello debió hacer un efectomágico, pues Mo-  
rroño recobró con un profundo suspiro la res-  
piración, y en voz baja, pero con hondo acen-  
to de triunfo, dijo:

—¡Los polos!... Los polos están á la carbonera...

—¿En la carbonera?

—¡Mentiras!

—¡Verdaes!... que si... Pa allá drento iciendo pio...pio!

Y era de ver la cara misteriosa que el buen Morroño ponía, con el hocico aguzado y aun húmedos los ojos, al querer dar á su dicho todo el interés conmovedor que por sí reclamaba.

—Esas son mentiras—exclamó Juan.

—¡La pura veldad!... Mira... por ésta!

Y fabricando con sus dedos sucios una cruz, besábala con el aplomo de un testigo falso.

—Hombre, ¿quién sabe?—añadió casi convencido el de los gallos.

—Pues vamos allá.

—Vamos.

Ninguno dió un paso, pues en tal punto resonó sobre sus cabezas, en la galería, la voz ronca del sacerdote; hablaba con otra persona.

—¿Dónde están los chicos?

Aquella sin duda le contestó, aunque de abajo no llegó á oírse, pues dijo:

—Nada bueno seguramente cuando callan...  
Y tú, ¿cómo te encuentras?

Nuevo silencio, mientras los chicos permanecían ocultos y callados, como Adán y Eva al escuchar la voz del Padre Eterno.

Al fin crujió la galería, y esta vez resonó sobre ellos, haciéndoles doblar la cabeza instintivamente, el acento áspero del *majorcero*.

—¡Pablo!... ¡Juan!

—¡Señor!—respondieron á la vez.

Y juntos aparecieron á la vista del sacerdote, que se inclinaba sobre la baranda.

—¿Qué hacéis ahí?

—Naita—dijo Juan, rascándose enconadamente la cabeza.

—¡Como verlo!... No vayáis al sol.

—Estamos á la sombrita.

—Bueno. Cuidado con lo que se hace.

—No tenga cuidao.

—¿Morroño está ahí?

—Sí, señor.

—No dejarle de la mano.

—No, señor.

—Bueno.

Y volvió á crujir la galería mientras la voz del cura resonaba diciendo á aquella otra persona invisible:

—Estas cosas sólo me pasan á mí... ¡Como salga en bien!

Después las voces degeneraron en murmullos.

Habían cerrado una puerta.

Los cuatro chicos respiraron por la primera vez, y á gatas, buscando los sitios ocultos, emprendieron el camino del patio trasero, separado del huerto por un pasadizo.

Al extremo de éste, como un agujero de sombra sobre el encalado de la pared, se destacaba la puerta de la carbonera.

### III

—¡Carrizo!... ¡Vaya una cosa negra!

Así habló el de los gallos mirando desde el

dintel, cegado aún por los rayos del sol, el obscuro subterráneo.

Los otros atendían en silencio con las caras muy serias.

—Cuando yo decía que eran mentiras de este muñeco,—exclamó Pablito.

—¡A callarse!—ordenó el mayor.

Hubo otro periodo de paciente silencio, y al fin Pablito creyó muy del caso apartarse un poco é imitar el pío pío de los pollos.

En seguida añadió muy serio:

—Ellos son. Escucha...

Sin duda Juan no juzgó la broma tan oportuna como al otro le parecía, pues levantó el puño, y antes que su hermano adivinase el intento púsole un nuevo chichón en la cabeza, con lo cual armóse la consiguiente *torería* de gritos y golpes y otra vez rodaron por el suelo, con grande alborozo del pequeño que armado de una caña les sacudía gritando á voz en cuello:

—¡Arre, burro, arre!

Aquello parecía convertirse en tragedia, pues

uno y otro combatiente luchaban con más fuerza y empuje de lo que pudiera esperarse de sus flacos miembros. El pequeño había caído debajo, y á pesar de esto y de que el mayor le apretaba con ambas manos el cuello, no llevaba la peor parte, pues sus uñas habíanse clavado en las posaderas de Juanito, y desgarrando el pantalón ponían al descubierto algo que en los ángeles de Murillo, por ser ángeles y pintados, encanta los ojos, pero que en el caso presente, por ser de Juanito y de carne, ofendía á más de un sentido. Él sin duda tenía conciencia de la propia suciedad, pues apenas sintió la impresión del aire donde no estaba hecho á sentirlo, y más que todo las carcajadas convulsivas del menor, encantado con el espectáculo, tuvo á terrible injuria, y con un mugido bajó la cabeza, abrió la boca y clavó los dientes en la nariz de su hermano, que no por ser nariz y estar colocada en medio del rostro era menos sucia y asquerosa que aquella otra porción del organismo tan inopinadamente expuesta á la luz del sol.

En tal punto, perdió fuerzas Pablito y, olvidándose de todo, incluso el miedo que el cura les inspiraba, prorrumpió en agudos chillidos, tan agudos que las gallinas del corral despertaron de repente, y batiendo alas y cacareando, armaron tal algazara, que no parecía sino que todas á la par y á un tiempo habían puesto un huevo y festejaban el suceso feliz.

Sucedió entonces lo que era de esperar: oyóse en las galerías la voz del cura que gritaba:

—¡Juan! ¿Qué estáis haciendo á las gallinas?

Ya Juan estaba en pie, y de un salto en el huerto, afirmando con una serenidad envidiable:

—Naita.

—Algo será cuando arman tal *torería*.

—Será porque puso un huevo la *jabaa*...

—¿No han aparecido los pollos?

—No, señor. Á buscarlos vamos.

—Anda, pues, y callar todos, que tu madre no está bien.

No esperó á otra cosa Juanito, y volvió la

espalda; pero al volverla, y por volverla, enseñó lo que de frente nunca hubiera enseñado. Y el cura, que no era ciego, viendo el desgarrro, gritó:

—¡Ya has roto los calzones! Veremos quién te compra otros. Estoy por bajar y romperte las nalgas.

Y Juanito, perdiendo el brío, dijo sin saber lo que decía:

—Estaban ya rotos...

—¿Cómo? ¿Que estaban rotos? ¿De modo que tú no los rompiste?

—No, señor; fué Pablito...

—¡Esperad!... Allá voy y veréis lo que es bueno.

Pero no bajo. Aquella otra persona oculta le hablaba sin duda intercediendo por los muchachos, porque, calmándose de pronto, dijole:

—Agradece que tu madre está mala y no quiero incomodarla... Vete, y cuidado con hacer ruido.

Y luego, mientras se alejaba, añadió con enfado:

—¡Calla, tül... No sabes sino quejarte... No parece sino que...

Y sonó un portázo y volvió á reinar el silencio, sólo turbado por el movimiento de las hojas, los trinos de los pájaros y el zumbido de las abejas.

Cuando Juan volvió al pasadizo encontrólo desierto, y pasara de largo si desde el hueco de la carbonera no le llamaran voces misteriosas. Los chicos, entre el cura y la sombra, habían optado por ésta.

—¿Se fué el cura?

—Sí, porque me cogió miedo.

Miráronse los otros asombrados, no de su audacia, sino de la enormidad del dicho, y él continuó, equivocando la significacion de aquel silencio:

—Me fué á decir que me pegaba, y yo le dije que abajara pol ver... y él me dijo, dice: tu madre está mala y pol eso no abajo... Yo le dije, digo: no abaja porque tiee *cerote*... y él se metió pa drento... y veliahi.

—¡Vaya una *batata*!—dijo indignado Pablito.

—¿Batata?... La veldad pura, y si no preguntáselo.

—¡No fartaba más!... Pa que me arrimara un *guantazo*...

—Á ti sí, porque eres un *ñangueta*.

—Y á ti tamién.

—¿Á mí?

—Sí... ¡á ti!... ¡c... sucio!

—¡Carrizo! Que nõ gorvamos á emprincipiar, ó me fugo pa casa—dijo Rafael interponiéndose á tiempo.

Y después, como los otros se calmaran, añadió:

—Los pollos están drento. Se les está sintiendo piar.

—Como sino estuvieran... ¿Quién se atreve á colarse ahí?... ¡Como sias tú!

—Pos *yo* entrara... si toos entraran con migo agarrados de las manos.

—Yo te acompaño—dijo Juanito.

—Pos yo no entro ni por naa..

—Polque eres un *ñangueta*... ¿Tú quies dir, Morroño?

—¿Aónde?

—Allí drento... á buscar los pollos.

—Sí, amos.

—Y no ties mieo al coco... ¿veldad?

—No hay coco... ¿veldad?

—No, precioso... Tú eres más valiente que Ito...

—¿Vamos, Rafacl?

—Vamos; pero muy despacio, no vayamos á rompernos una canilla... Dame tu mano y no me asueltes pol naa... Coge con otra la del muñeco... Vamos, tú tamién, Pablo... no sias *Aanga*.

—¡Carrizol... Que no soy *Aanga* te ha dicho, sino que me hace daño el oscuro.

—Alza, bobo, que yo voy delante. Y si columbro argo así... medroso... noş gorvemos atrás.

—Pos vamos, para que no sias pesao; pero muy á paso á paso.

Y Pablo, al tomar tan noble resolución, agarróse á la mano de Morroño y cerrando los ojos penetró en la sombra. La caricia húmeda

de la atmósfera le impresionó desagradablemente.

—¡Vaya un oscuro!—dijo Rafael, y su voz, resonando bajo la bóveda, aparecía extraña y cavernosa.

—¡Cómo retumba!—añadió Juanito.

—¡No jables, que me da miedo!

Después hubo un estrépito, al cual siguió un grito de espanto y luego un silencio interrumpido por el castañetear de los dientes.

—¡Carrizo! ¡Vaya un *talgazo*! No asustarse y cudiao con tropezar en esta viga.

—¡Yo no sigo!—exclamó Juanito, ya quebrantado en su voluntad.

—Vamos pa tras—suspiraba Pablo.

Y el pequeño, que no sabía la causa de todo aquello, empezó á hacer pucheros y entre sollozo y sollozo decía:

—¡lto! ¡Guan! Yo quiero ir con mamá.

—¿Lo ves? Morroño tice miedo y quiee irse con mamá. Vamos pa trás, que otro día gorvemos.

—Asperarse un poco—clamaba en el fondo

la voz de Rafaelillo.—Déjame echar chispas, que aquí tengo *gilabón* y yesca.

—Pos yo me voy pa tras con Morroño.

—¡Que no te menees.. mia que te vas á pegar un perchazo!

—¡Pos si el probe está insultao!

—Asuéltame la mano, Juan, pa poer manejar el *gilabón*... ¿Tú tamién tices miedo?

—Yo no tengo mieo... pero esto anda muy oscuro y nos vamos á caer en el pozo.

—¿Qué pozo?

—Pues er pozo. Toos dicen que hay uno, jondo, muy jondo.

—¿Y pa qué no lo dicías más luego?... Esperarse... Ya tengo los chismes... Déjame suerte, no pueo manejar me.

Oyóse el choque del acero contra el peder-  
nal, y después de varias tentativas infructuo-  
sas, brotaron de pronto en la tiniebla mil chis-  
pas extinguidas instantáneamente. La carbo-  
nera se había iluminado con cárdena luz,  
como la sombra por un relámpago; aparecie-  
ron los rostros lividos de los muchachos, los

ojos dilatados, las bocas abiertas en mitad de un sollozo, las paredes colgadas con monstruosas telas de araña, el techo bajo y negro, el suelo de tierra finísima, casi polvo, interrumpido en el centro del cuartucho por ancho boquete, y aquí y allá, en tierra tendido<sup>s</sup> ó apoyados en las paredes, tablones enmohecidos, muebles desvencijados, piedras pintadas de cardenillo por el musgo, cacerolas enrojecidas por la herrumbre, un armario sin puertas, sillas reventadas echando afuera el mondongo de lana, todo lo que no sirve y se desecha por sucio, roto ó inútil, en abigarrado montón, imitando extraños y aterradores aparatos de tormento y de muerte.

Después, todo quedó en la sombra, que más espesa que antes parecía.

—¡Carrizo!

—¡Ay, mi madre!

—¡Qué mico!

—¡Mamá... mamá!...

Sonaron á un tiempo mismo estas exclamaciones que, con variantes en el tono, revelaban

el temor de los chicos, y mientras el pequeño continuaba llamando á la madre, Pablito, olvidando toda idea de dignidad, gritaba desesperadamente:

—¡Rafaell!... ¡Que no güelvas á echar chispas!... ¡Que yo no quiero ver más naa!... ¡Mia que me muero y te llevan pa la cárcel!

—¡Pos vete, que aquí no haces farta á nadien!

—¡Que no me meneo!... ¡Que pueo caerme al poso!

—¡Si el poso está allí enfrentito!

—¡Vámonos toos!... ¡Mia que grito y vee el cura!

—¡Pos vamos á dejar los pollos por mor de tuya?

—¡Si aqui no están!

—¿Que no? Escúchalos... ¿No los sientes?

Y era cierto que se les oía, aunque de muy lejos, como si estuvieran encerrados en las entrañas de la tierra.

—Cállate, Morroño. ¿Pol qué estás berreando? ¡Si no hay coco!

—Si; hay una *maragulla* que me está *pilliscando*.

—Apuesto á que Pablo le pillisquia pa que llore y nos vayamos.

—¡Yo!... ¡No, señor... no, señor!... Yo no le he pillisquiado.

Y con tal tono lo afirmaba, que todos entendieron que mentía.

—Juan, vamos á colocarlo entre nosotros pa que no llore. Ya verás cómo ahora no te pillisquia nadien y cogemos los pollos... Ven acá, nene.

—Güeno... ¿Y no hay coco?

—No, jijo mio, no hay coco.

—¿Y quién me pillisquiaba *endenantes*?

—Ito, el ruin, el feo.

—¿Y pol qué?

—Pa meterte mieo.

—Y no hay *maragulla*, ¿verdad?

—No, mi jijo... Acállate, que voy á prender la mecha.

De nuevo saltaron chispas iluminando la extraña decoración, y aunque á cada chispazo

la fila se estremecía instintivamente, poco á poco fué renaciendo el valor, y hasta Morroño, libre de la *maragulla*, rompió á reir entusiasmado por lo nuevo de la cosa, clamando cuando la piedra no respondía al choque del acero:

—¡Oto... oto!... ¡Más... más!...

Al fin prendió la yesca, y de la yesca pasó el fuego á la mecha azufrada, con lo cual una llama lívida y azulesca iluminó la sombra.

—Ajúntame estillas de tea—decía Rafael—pa jacer un jacho, porque si no se gasta la mecha. Aquí hay muchas... y mia qué bien prenden... Anda, Morroño, tú tamién, que vamos á jaser una *fogalera*.

Hablando, recogía del suelo algunas astillas resacas de pino, y jumándolas en haz formaba una antorcha que al contacto de la pálida llama ardía derramando rojizos resplandores. Iluminábase el sótano, y los ojos de los chicos, ya acostumbrados á la sombra, descubrían el misterio de los más apartados rincones.

—Mía pa allá—dijo el mayor;—aquello es el pozo.

—¡Carrizo!—exclamó Rafaelillo.—¡Si nos hubiéramos tropicado en él!

—Debe ser muy jondo.

—Llega á la marea—afirmó Pablo.

—¿Y tú qué sabes?

—Bueno, pos no me crean; mejor pa mi.

—Mia tú aque! burto—dijo Juan señalando desde lejos una caja de extraña figura.—¿Qué será, que paece una caja de muerto?

—¡Ay! ¡Que no digas esas cosas!

—No asustarse—añadió Rafael.—¡Carrizo, que me quemo los dedos!... Aquello yo lo he visto en la catredal.. Asujeta tú el jacho, que me estoy ardiendo.

Y como si con ello lo evitara, sin abandonar las consumidas astillas, saltaba alternativa-mente sobre uno y otro pie.

—Dame acá... ¿y qué es?

—Pos debe ser una caja que sirve pa guardar unos violones como el que tié D. Manuel de la O.

—Nada de particular tendria que dentro nos encontráramos alguno.

—Na se pierde con goler... Vamos allá... Y ajunten leña, que si no nos queamos al oscuro.

Acercáronse agarrados siempre de la mano al curioso mueble, que estaba cubierto de polvo y telas de araña, en sitio próximo á la boca del tan temido abismo.

Golpeó el de los gallos con el pie y contemplándolo en silencio, dijo:

—¡Si tiene más telarañas que el c... de mi agüela!...

Grosería que fué festejada por sus compañeros con sonoras risas, como si se tratase del más delicado de los chistes; pero en aquel momento oyéronse las quejas de los polluelos á tan corta distancia que parecían brotar de las profundidades del pozo.

—Pos paece—dijo Pablo—que están metidos allí.

—Entonces se haberán ajogado.

—Eso hora lo veremos—dijo el de los gallos.—Parahí tienen de estarse escondidos. Asperarse toos, que voy á dir delante.

Y con mucha precaución llegó á la boca del

pozo, arrastrando sobre las rodillas y aplicando á tierra el oído.

—Aquí abajo están — dijo;—se les está sintiendo. Daca acá una tea encendía.

Y tomándola de manos de Juan, que la alargaba á prudente distancia, arrojóla al que ellos creían abismo insondable. No sería muy profundo cuando las astillas se detuvieron pronto y á tan corta distancia que su resplandor iluminaba la boca del pozo.

—¡Venid toos!—exclamó.—¡Si no es pozol ¡Si es un joyo poco más arto que yo! ¡No tinguáis mieo nenguno!.. Daca la mano, Morroño.

Los cuatro se inclinaron sobre el agujero y divisaron un hueco á modo de silo, de escasa profundidad, cuyas paredes de piedra viva salpicaban los destellos de la tea que ardía en el fondo, alrededor de la cual aparecían los cuatro pollos blancos, batiendo las esqueléticas alas, el pico abierto enormemente.

—¡Los polos!... ¡los polos!...—decía palmo-teando el pequeño.

Y fué necesario que los otros le contuvieran para que no se arrojase al silo.

—¿Cómo vamos á jacernos pa apañarlos? ¿Quién es er valiente que se mete en esos profundos?

—¡Pos como no sía Rafaelillo!...

—Yo me metería; pero no arcanso á subir y vosotros no tenéis fuerzas pa jalarme pa arriba... ¡Si Pablo no fuera tan *ñangueta*!

—Que yo no soy *ñangueta*, te ha dicho...

—¿Pos antonces?

—Naa, que yo no quiero meterme... y san se acabó. ¿Pol qué no se mete Juan?

—Yo no... anda tú, Rafaelillo... Allá fuera está la *liña* de tender ropa... te atamos pol los sobacos, tú te abajas, y mas luego nosotros te *upimos*... tú eres más grande... ¿Quiés que vaya á buscar la *liña*?

—Pos traila por ver... Pero pa bajar no la necesito.

Y mientras Juan se encaminaba hacia la puerta, que á lo lejos aparecía como mancha de luz, en la cual brillaba el polvo suspendido,

subiendo y bajando en fonda lenta y caprichosa, el de los gallos, con empuje que hombres envidiaran, echó abajo la chaqueta, sentóse junto al hoyo, é inclinando adentro los pies, con un *geito* de brazos, dió media vuelta y desapareció en la sombra, de modo que sólo las manos quedaron afuera fuertemente asidas al reborde del boquete.

Pero en aquel punto—y vean ustedes cómo el más valiente puede caer en flaqueza de cobardía,—sin causa para ello, por la circunstancia natural y ya prevista de que los pies no alcanzaban á tocar el fondo sin antes desprender las manos, sintió el valiente muchacho algo que no me atrevo á calificar de miedo, pero que se tradujo en su carne por violento escalofrío, en las manos por crispación indomable y en sus piernas colgantes por angustioso pataleo, que eran otras tantas tentativas desordenadas é inconscientes para volver al sótano, que ahora le parecía tierra de promisión.

En aquel instante, que él imaginó eterno,

brotó repentinamente de su cabeza la idea justa de que al fin y al cabo poco ó nada le interesaban los pollos, de que ya podían *putrirse* de hambre sin necesidad de correr tales peligros y aventuras. Pensó que los chicos de Rodríguez nunca tendrían fuerza bastante para levantar su cuerpo hasta la boca del pozo, y esta idea tal congoja le produjo, que gritó con acento desesperado:

—¡Pablo!... ¡Pablo!... Agárrame por las manos y ayúdame á *isar*.

La voz llegó á Pablito cavernosa y hueca, como si brotase de un sepulcro, y sin ánimo para ayudarle, contemplaba lo único que podía ver de su pobre amigo. Aquellas manos crispadas por el esfuerzo recordáronle otras que él había visto: las de un pobre marinero, ahogado en día de *reboso*, cuyo cuerpo contempló en la playa, enormemente hinchado, con las manos flacas y arrugadas y contraídas. Y este recuerdo tal impresión le hizo, que rompió á llorar á gritos, en cuya tarea siguió-le el menor, dando al aire la nota aguda, sil-

bante, ensordecedora y no interrumpida de sus lamentos.

Juan aparecía en la entrada arrastrando la cuerda y temblando, sin saber la causa, tanto como sus compañeros de aventura; pero su temor se aumentaba con convicción adquirida de que su tío paseaba en los corredores, y, á no ser sordo, había de escuchar aquella infernal vocería. Y entonces ¿qué iba á pasar?... No quería pensarlo.

—¡Juan, Juan!... Corre... Asujeta á Rafaelillo, que está corgando en el pozo... ¡Ya te decía yo que era muy jondo!

—¡Pol Dios y la Virgen Santísima!... Callarse toos, que viene el cura. ¡Mia que es verdad!... ¡Mia que está *enredado* como un perro!

—Corre, Juan, corre... ¡Mia que ya no le asoman sino las manos!... ¡Mia que el probe se junde!... ¡Mia que las tiene más amarillas que un muerto!...

Esto era más de lo que Rafaelillo podía resistir. Creyó que había llegado el trance de su muerte, y presa del pánico, gritó con voz que,

por vibrar abajo, parecía venir del otro mundo:

—¡Ay madrita de mi arma!... ¡Ay Virgen de la Soleá!... Sácame de estas penalias y te aprometo no gorver otra güelta á jacer *mata-perreras!*

Entre tanto Juanito se había apoderado de una de aquellas manos y procuraba tirar del cuerpo hacia arriba. Pero ¡bueno estaba él para tal obra! Temblaba como un azogado y cerraba los ojos para no ver los de su amigo, botados afuera de las órbitas y expresando un horror capaz de helar la sangre en las venas. Y lo peor del caso era que ya no agarraba á Rafaelillo, sino que éste se había apoderado de su mano, y amenazaba llevarle en su compañía á las profundidades del pozo. Entonces perdió completamente la serenidad é hizo coro á sus hermanos.

¡Dios mío la que se armó!... No es para contada.

Rafael llamaba á la Virgen, Juan á su tío, Pablo á su madre, y por encima de todo la eterna nota de Antofito, tan alta, tan angus-

tiosa, que erizaba los pelos de los otros, que no podían creer saliese de garganta humana.

La antorcha en el suelo amenazaba apagarse, cuando el cuadro luminoso de la puerta se oscureció y en las bóvedas retumbó la voz ronca del cura, gritando:

—¿Qué pasa?... ¿Dónde estáis?... Responded pronto ú os desuello vivos.

Pero no había necesidad de amenazas, porque ahora veían en él los chicos la imagen del mismo Dios, que llegaba á salvarles. Así es que con sus voces le guiaban en aquella obscuridad, enterándole del apuro... todo, por supuesto, por querer salvar los pollos... por prestar un servicio al señor cura.

¡Y qué felicidad inundó sus corazones cuando la mano poderosa de Rodríguez libró á Juanito del grillete que le aprisionaba y sacó á Rafaelillo como nuevo Lázaro de la tumba! Y ¡cosa más rara! el señor cura no parecía muy enfadado; se había contentado con decirles:

—¡Todos para afuera! ¡Vosotros á la cama y tú para tu casa!... ¡Volando!

¡Cuánta alegría al ver de nuevo la luz! El sol les inundaba, haciéndoles entornar los párpados, y cuando pudieron abrirlos y verse los rostros enrojecidos, surcados por las lágrimas, el pecho aún anhelante por el sollozo, les pareció tan hermosa la vida, que rompieron á reir en presencia del cura, viendo los calzones de Rafaelillo, mojados de la bragueta al pie, señal inequívoca de que el miedo hace orinar al más valiente.

Pero ya el cura les llevaba cogidos de las orejas por la escalera del patio trasero, mientras Rafaelillo salía por el huerto.

Ya llegaba al postigo cuando se acordó del escarabajo. Volvió hacia atrás, puso los ojos cerca del agujero y ~~ya~~ estaba en la misma postura que lo dejara. Entonces miró receloso hacia las galerías, y como nada descubriese, tomó una caña y con fuerza la introdujó en la madriguera. Al cabo la sacó, y mirando de nuevo se convenció de que el escarabajo había muerto. Llevóse la caña á las narices y con mucha seriedad exclamó para su capote:

—¡Fol... ¡Que jiede!...

Después atravesó el patio y salía á la casa puerta cuando le detuvo desde arriba la voz del sacerdote:

—¡Atranca el postigo!

Vaciló la puerta, sonaron las campanillas, golpeó el oscilante contrapeso y todo quedó en silencio. Los pájaros gorjeaban, zumbaban las abejas, movíanse las hojas, y entre el rumor de vida en plena primavera, destacábase, viniendo de arriba, el lastimero llanto de un recién nacido.



## HISTORIA DE UN VIAJE

---



**S**OBRE la mesa, cubierta por un paño negro que llegaba al suelo, yacía el cadáver. Era el de una mujer de más de cincuenta años, obesa hasta la deformidad. Su traje de merino negro, el mejor de los que en vida usará, la cubría hasta los pies, calzados con botas sin estrenar. Sobre el pecho tenía cruzadas las manos, intensamente coloreadas de amarillo, y un pañuelo, negro también, ocultaba la cabeza, dejando sólo al descubierto un revuelto montón de cabellos grises.

La sala ofrecía el aspecto inquieto y desordenado que la muerte imprime en todas las cosas del hogar. El sofá, de antigua forma, forrado de negro, arrinconado en el fondo, las sillas diseminadas. En la pared, una fotografía ampliada de dorado marco representaba á un joven barbudo que parecía contemplar el cadáver con sonrisa de imbécil. Un cirio, colocado junto á la mesa, interrumpía el silencio con leve chisporroteo.

Moriase á lo lejos, detrás de las montañas, la luz del sol. Terminaba un día de Septiembre, seco y ardiente. La defunción había ocurrido la noche antes á las once, y el entierro estaba señalado para las ocho.

En el ancho corredor, con luces á un patio empedrado, con pozo y plataneras, se reunía poco á poco el acompañamiento. No se habían extendido papeletas. La fúnebre noticia, pasando de uno en otro, había congregado allí á los numerosos amigos del viudo. De pie y sombrero en mano conversaban en voz baja, comunicándose detalles de la enfermedad y de

la agonía. Había muerto Rosarito de una enfermedad del corazón, que lentamente la empujaba hacia la tierra desde hacía algunos años. Al decir de los más, era aquélla una dolencia hereditaria que fatalmente hería á los miembros de la familia desde que llegaban á cierta edad. Un mes antes de su muerte Rosarito había hecho sus preparativos de viaje con asombrosa tranquilidad. Se había encargado botas nuevas y había puesto broches al vestido de merino.

La diaria presencia del párroco, que vivía muy cerca y era amigo de la casa, mantenía siempre viva y presente la anticipada imagen de la extremaunción. Todas las noches se rezaba en la sala el rosario, que llevaba con enfático acento el Sr. Santana.

Los recién llegados, después de dar en voz baja las buenas noches, se acercaban quedamente á la puerta de la sala, á fin de echar una ojeada al cadáver. Cuando se reunían varios en el umbral, no faltaban las reflexiones propias del caso. ¡Cómo se ha hinchado! La

barriga sobre todo es fenomenal. Dicen que está muy desfigurada.

A las siete y media llegaron los faroles y el cura. El cuerpo, según suele hacerse en Atlántica, había de ser conducido en hombros hasta el cementerio por los amigos de la familia.

Cuando lo bajaron, prensado en la caja, que resultó muy estrecha por la empinada escalera, un grupo de mujeres llorosas se asomó al corredor por el lado opuesto. No hubo ruidosas despedidas, ni los histéricos propios del caso. El Sr. Santana, rodeado de sus hijas, dijo sencillamente:

—¡Pobrecita, tanto tiempo que no salía por esa puerta!

En la calle formóse rápidamente la cabeceza, con algunos maestros carpinteros, amigos íntimos del Sr. Santana, bajo la dirección de D. Narciso Alemán, que llevaba sombrero de copa y chaquet. La noche estaba oscura y serena. A la incierta luz de los faroles, llevados por chicuelos andrajosos y descalzos, movióse

pausadamente la comitiva por ambas aceras.

Las calles estaban desiertas y silenciosas, á pesar de la hora temprana. En las esquinas, al indeciso destello de los faroles municipales, algún transeunte se detuvo breve rato para contemplar el entierro, que desde lejos se anunciaba por la monótona salmodia de rigor.

En la plazuela de las Reinas, donde el duelo se despide, descubriéronse todos, mientras el cura, asistido del acólito, pronunciaba maquinalmente el responso. Allí tuvieron un momento de descanso los serviciales jóvenes que desde la casa mortuoria traían acuestas el cadáver que, según dijo á media voz uno de ellos, limpiándose con la mano el sudor de la frente, era una verdadera *tosa*.

Después, la cabecera, que conforme al uso había permanecido durante el responso á la entrada de la plazuela, avanzó pausadamente hacia el féretro, sombrero en mano, llevando D. Narciso el suyo ligeramente levantado para resguardar del sereno el cráneo casi desnudo. Disolvióse en seguida el cortejo y los conduc-

tores del cuerpo avanzaron con mayor rapidez hacia el cementerio.

Transitaban ahora por un estrecho callejón limitado por blancas paredes, por encima de las cuales asomaban, llenas de sombra, las anchas hojas de las plataneras. Crujía la arena bajo los pesados zapatos de los maestros de la cabecera y de los jóvenes serviciales. Arriba, en la pavorosa bóveda negra, temblaban ligeramente las estrellas.

Al llegar al cementerio la comitiva, ladró furiosamente un perro. Era el del sepulturero, un viejo muy sucio, amante empedernido de la ginebra que, llamado por la autoritaria voz de D. Narciso, vino, malhumorado y soñoliento, á abrir la puerta de la capilla. Los jóvenes serviciales entraron en ella precipitadamente, y con un ¡ah! de satisfacción depositaron el cadáver en la mesa central. Las demás estaban vacías.

Y allí quedó, prensado en la caja, que resultó muy estrecha, vestido con el traje de merino negro, calzados los pies con botas sin

estrenar, la cara cubierta por el pañuelo que sólo dejaba al descubierto un montón de cabellos grises, con las manos densamente amarillas cruzadas sobre el pecho.

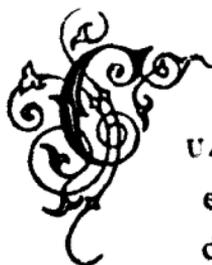
Á lo lejos, surgía á intervalos regulares la eterna lamentación del mar.





## DE JARANA

---



UANDO la tartanilla, abandonando el empedrado áspero y desigual de la calle de la Marina, rodó con sordo y continuado rumor por la carretera del Puerto, Pepa y Soledad respiraron libremente y se descubrieron la cabeza, bajando hasta los hombros la mantilla blanca.

Delante del vehículo el camino se extendía recto y blanco, intensamente iluminado por el sol, excepto una estrecha faja, formada por la sombra precisa y regular que proyectaban las casas *terreras* del lado derecho.

Al salir de la población dilatose bruscamente la playa, de arena amarillosa, que las olas humedecían una tras otra con perezosa regularidad.

Veíaselas llegar desde muy lejos, hinchando levemente la inmensa planicie azul, que devolvía con temblorosa reverberación los rayos del hermoso sol de Junio. Á lo lejos, la humareda de un vapor que hacía rumbo al puerto, ponía en el paisaje la nota alegre del regreso.

Era aquélla una expedición proyectada con más anticipación y esmero que si se tratara de un viaje á las regiones inexploradas del África. El propio maestro Chano, que sentado iba junto al tartanero, habia escogido el blanco y rollizo *chérne*, elemento sólido del festín. Él era el encargado por voto unánime de sus comensales de preparar el *mojo*, á cuyo efecto llevaba en uno de los bolsillos de su chaqueta, envueltos en papel *baso*, dos pimientos colorados capaces de hacer volar una Santa Bárbara. Á sus pies se tambaleaba, sacudido por las bruscas oscilaciones de la tartana, un corpu-

lento garrafón, casi lleno de vino del Monte, importante factor de la jarana, reforzado por el indispensable frasco de ginebra, que el maestro Chano empuñaba con religiosa solicitud.

Pertenecían ambas **muchachas** al tipo de mujeres blancas, **pellinegras** y anémicas que tanto abundan en las Atlánticas. Sus ojos grises **chispeaban** al fijarse con errabunda curiosidad en todos los detalles del camino, como si por primera vez los viesan. Admiróles breve rato el hilo del telégrafo, cuyo misterioso funcionamiento les explicó con pocas y autorizadas **palabras** el maestro Chano, diciéndoles que **por dentro de aquellas liñas** iba la letra. **Interrumpiéndose** luego por los adelantos del **puerto de refugio**, cuyas construcciones tomaban tintes cenicientos de pizarra en la limpia atmósfera de la mañana, y á cada paso interrumpían su charla insustancial y alocada para dirigir **apremiantes** admoniciones al tartanero cuando éste descargaba el **rebenque** sobre el lomo del pobre caballo.

—Déjelo ir. Oiga, *cristiano*, no le arrime tanto al pobre animalito.

Los momentos que sucedieron á la llegada á la playa fueron de tumultuosa alegría. Pepa y Soledad declararon que ellas no pondrían mano en nada que se refiriese al apresto de la comida, y dejarían que el maestro Chano se entendiese con todo. Y luego, recogidas las almidonadas enaguas de vistosa zaraza, se entregaron á las indecibles emociones del marisco. Sonaron cada vez más lejanas sus exclamaciones de alegre sorpresa ó de temor, según la indole de los descubrimientos que hacían al remover las piedras húmedas y verdosas.

—Maestro Chano, un cangrejo... dos... cuatro. Corra, padre, *pa* que vea *bien de burgadós*.

Ambos maestros, después de haberse *desaflojado*, pusieron los víveres á la sombra del

alto acantilado, raíz de un pequeño promontorio que avanzaba pocas varas en el mar.

Una vez cerciorado, mediante breves observaciones astronómicas, de que los rayos solares no llegarían al precioso garrafón, maestro Chano se ocupó activamente en construir el fogón, transportando enormes pedruscos y reuniendo la leña, en cuya faena le ayudaba su amigo, con la *cachimba* entre los dientes.

Á sus pies batía el mar la negra roca con sordo gorgoteo. Divisábase perfectamente el fondo, de arena clara, surcado por leves y caprichosas ondulaciones. El vaivén incesante de las aguas diáfanas producía ilusiones irregulares. Ya era una planta marina, semejante á un paquete de fideos ó á una col diminuta que, inmóvil hasta entonces, empezaba á oscilar rápidamente, como si le acometiese un vértigo; ya era un pez que, navegando entre dos aguas, parecía quebrarse en multitud de ángulos, despidiendo fugitivo destello, como un relámpago de plata.

Frente á ellos, mar y cielo incandescentes

se fundían en el indeciso horizonte; en los aires, á inmensa altura, un pájaro negro movíase lentamente; á la izquierda y como desvanecida en la vaguedad temblorosa de aquel espléndido mediodía, Atlántica dormitaba bajo el rayo ardiente del sol.



Cerca de las tres y á la sombra de la cenicienta roca, comenzó la comida, encabezada por copitas de ginebra, que el maestro Chano distribuyó empezando por el bello sexo. El *chérne*, convenientemente remojado, estaba riquísimo; el *mojo* levantaba ampolla.

Saboreando estaban los postres (queso y *rapaduras*), cuando una china, diestramente lanzada, cayó en medio del mantel.

Todos levantaron la cabeza, pero nada vieron; el acantilado estaba enteramente desierto; pero como, tras una breve pausa, otra piedrecita *piriera* en el brazo al maestro Chano, éste cayó repentinamente de su burro y levantándose dijo entre risa:

—Niño, vaya una gracia. Sale pa fuera, *ba-laurón*.

—Es Pancho, es Pancho—gritaron alegremente Pepa y Soledad.

Y efectivamente era Pancho. Detrás de la obscura roca apareció una fisonomía morena y burlona, de pómulos muy separados y salientes, largo bigote lacio, ojos pequeñísimos negros y brilladores.

Después de reir con estrépito, mostrando dientes amarillos, aquel individuo bajó ágilmente el acantilado. Detrás seguían otros dos pollos, algo encogidos, uno de los cuales empuñaba una guitarra. Los tres venían cuidadosamente emperifollados. Zapatos de cuero blanco encerraban sus pies, anchos y juanetudos; llevaban la *cachorra* inclinada sobre la oreja y la corbata dominguera, de colores ásperos y chillones.

—Caballeros—les dijo maestro Pepe,—poco queda, pero se ofrece con voluntad.

Y los tres se sentaron en el corro. Pancho, que tenía el deber de conservar su fama de guasón,

se propuso en seguida *asorimbar* á sus dos amigos, en cuya empresa le ayudó gustosísimo el maestro Chano. Declaraba el uno que Rafael se había mudado de calcetines y cortado las callos en expectativa de la fiesta. Afirmaba después el otro que Antonio debía traer en los bolsillos lo menos una libra de dulces, porque, señores, ¿quién se deja venir con las manos vacías á una fiesta donde ha de encontrarse con muchachas guapas? Y celebrábanse mutuamente los chistes con sonoras risas que ponían al descubierto las fauces, rojas y húmedas.

Sonó después la guitarra, y la malagueña de la tierra, triste, monótona y soñolienta, dió muchas veces la vuelta del corro. Recta como una flecha partía la voz agudísima de Soledad; contestábale con ronco acento y letra picaresca el de las *roladas*; crujía en los aires como un petardo la canción del maestro Chano y seguía luego, toda erizada de trémolos, la voz de uno de los pollos, discípulo de los antiguos *trovadores* de la ciudad atlántica.

Habiase puesto el sol.

De las lejanas y azuladas cumbres descendía lentamente una tristeza vaga é indefinible. Era la majestad serena y melancólica del crepúsculo: el aire inmóvil, sin un soplo de brisa, sin un pájaro; el cielo azul pálido, hondo é impenetrable; el mar gris, petrificado, sin una arruga.

En la imponente severidad de las cosas, el grupo de los domingueros bullía y gritaba sin cesar. Era que el contenido del garrafón había pasado íntegro á los estómagos y de allí á los cerebros, formando pavorosa mezclanza con los exóticos vapores de la ginebra. Así es que Rafael y Antonio, *roto el hielo*, bailaban una polka audaz con las muchachas, imprimiendo huellas enormes en la arena húmeda, mientras Pancho y maestro Chano cantaban sin acompañamiento (la guitarra había perdido ya casi todas sus cuerdas) cierto tango imbécil y obsceno, importado en Atlántica por una compañía de zarzuela.

Después le tocó el turno á la gimnasia.

Pancho, con los brazos arremangados, levantó pedruscos, hizo que bailaba en la cuerda floja é intentó echarse acuestas á Soledad.

Corrieron las muchachas con las enaguas recogidas; persiguiéronlas ellos con enormes risas, que sonaban de modo extraño en el ambiente sereno del crepúsculo. Al fin Pancho cogió por detrás á Soledad, rompiéndole la falda. Cesó el juego y todos se detuvieron jadeantes.

Cuando regresaron al sitio en que habían quedado los viejos, les hallaron profundamente dormidos, con las bocas entreabiertas bajo la majestuosa serenidad del cielo, mostrando dientes desiguales y ennegrecidos por el tabaco. Pancho les llenó incontinenti los bolsillos de arena y guijarros, y de pronto, sin motivo ni antecedente alguno, Rafael empezó á quitarse la ropa para arrojarse al mar. Lucharon con él sus dos amigos; él, terco y silencioso, les arrastraba, asidos á sus piernas, y al fin cayeron los tres revueltos dentro de un char-

co, cuya agua, fresca é inmóvil, empapó sus vestidos y penetró hasta sus abrasados cuerpos.

\* \* \*

La noche había cerrado por completo. Subía la marea, y el gemido de las olas en el fondo del mar era como la voz insistente de alguien que llamase en las tinieblas.

Tendidos en la arena, pisoteada y sucia, bajo la mirada centelleante de las estrellas, los de la *parranda* sintieron, con la angustia de la primera náusea, una tristeza abominable, ansia de no ser, de sumergirse en la eterna inconsciencia de las cosas.





## EL TESORO DE LA CASA

---



HACIA bastante tiempo que el coronel escuchaba aquella vocecilla infantil.

Confundiola al principio con el trino marreante de los pájaros, el cacareo de las gallinas y el zumbar de las abejas, bajo la sombra del emparrado donde se refugiara para dormir la siesta en aquel día espléndido y enervante de Agosto.

Al fin la distinguió de los otros sonidos. Ya no le cupo duda de que la voz era la del teso-

ro de la casa, disputando en su pintoresco lenguaje con los mirlos, canarios y capirotos, incansables é incomprensibles como él en su discurso.

Entreabrió los párpados, estiró los miembros y tuvo un momento de extática felicidad al ver, bajo la bóveda fresca y sombría, aquel concierto ensordecedor de los pájaros, en el que se destacaba la voz del pequenuelo.

Acordóse de pronto. Habíalo dejado durmiendo en la cuna... la madre había salido á misa mayor, los sirvientes estaban adormilados en la cocina... y sintiendo la congoja extraña que era su tormento constante, el miedo á la catástrofe, á la caída, a! estrellarse brutalmente contra la piedra con salpicaduras de sangre y zurrido de odre que revienta, se puso en pie de un salto.

Se temblaban las piernas, y sin él alcanzar el mecanismo, por rara asociación de las ideas, en aquel momento en que todo su espíritu estaba ocupado por la preocupación del hijo, se acordó de su examen de matemáticas cuando

temblaba, sintiendo la fatiga nauseosa del miedo frente al terrible comandante Guerra.

El recuerdo fué fugaz. Borróse instantáneamente para dejar hueco al espectáculo que le entraba por los ojos dilatados, llenando su alma toda con la visión del tesoro de la casa, blanco, rubio, á medias cubierto por la camisa, destacándose en el negro cuadro de la altísima ventana, sostenido por una maravilla de equilibrio, casi en el espacio, en la fulguración de la luz, como los ángeles de un retablo.

Quedó mudo é inmóvil. Instantáneamente tuvo la evidencia de que un gesto ó una palabra bastaban á destruir el encanto, á romper el hilo misterioso é invisible que retenía al chico suspendido en los aires.

Aquel momento, en que toda su vida se concentró en los ojos, parecióle infinito, eterno: imaginó, separando su espíritu del cuerpo inmóvil, que pasaban días y noches, años enteros y que nada existía en el mundo, ni él mismo, fuera de aquel pedazo de carne rosa-

da, que allá en lo alto, frente á las copas de los árboles donde fabrican sus nidos los pájaros, jinete sobre el alféizar, una piernecilla sobre el abismo, el cuerpo alargado, las manos extendidas, intentaba batir sus alas para juntarse con sus vecinos, elevándose en rapidísimo vuelo.

De pronto pensó que venía la noche; algo así como una nube pasaba ante sus ojos obscureciendo los objetos. Trájole á medias aquella impresión á la realidad, y como quien llega de muy lejos, volvió á oír el trino desesperante de los pájaros, combinado ahora con otro rumor al principio indefinible: era el murmullo tumultuoso del agua hirviendo en una olla gigantesca. Al fin entendió que sonaba en su propio pecho, subía á la garganta y rebosaba en llanto por los ojos, obscureciendo la luz. Durante la ausencia del espíritu la carne sufría, lloraba, hinchando el cuello corto, enrojeciendo violentamente la faz, botando afuera los ojos en un espasmo lastimoso de horror y sufrimiento infinitos.

Poco á poco aquel hervor interno convirtióse en suspiros, los suspiros en sollozos, y de repente sobrevino un enternecimiento irresistible de toda la materia que hizo doblar el cuerpo robusto, tumbándolo de rodillas en tierra. Agitáronse los labios, devolviendo confuso rumor de palabras entrecortadas, que lentamente se unían primero sin enlace ni sentido, de pronto claras, distintas, destacándose y soldándose á la par en el hermoso engranaje de la única oración que su espíritu rudo de soldado viejo recordaba:

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad...

Detúvose en tal punto. Una idea risible, una duda inocente le atajaba. No; Dios no se venga de los niños; había dado á los ángeles custodios el encargo de cuidarles. Y la poética leyenda del ángel de la guarda, protegiendo á la criatura, apartándola del peligro, se clavó en su espíritu con tanta fuerza, que sin él mismo entenderlo, llegaron á sus labios las pala-

bras de un cántico que aprendió á recitar cuando niño, y del cual desde entonces nunca hizo memoria:

—¡Oh mi ángel, guarda mía,  
no te apartes, no, de mí!  
En la tierra sé mi guía  
hasta verme junto á ti.

Llegaba el cántico casi con el dejo mimoso de labios infantiles, con el balanceo de la cuna, con el calor de regazo maternal, con la impresión húmeda de un beso, casi lo cantaba en aquel momento de congoja tremenda; pero al llegar á las últimas palabras, vencido por la emoción, los brazos en alto, todo él lastimoso y miserable, gritó:

—¡No! ¡No con él!... ¡Conmigo... en la tierra, en la tierra, en la tierra!...

Y sin acertar á decir otra palabra, repetía la última, implorando como un niño al ángel oculto detrás de la blanca camisilla llena de encajes, que arriba, como una bandera de paz, se agitaba al soplo de la leve brisa en la brecha oscura de la ventana.

De repente el chiquillo se movió. Echó afuera la otra piernecilla, é inclinando el cuerpo hacia adelante, agitando los brazos en un raptó de alborozo inquieto, como si batiese las pequeñas alas ensayando el vuelo, pareció lanzarse á las capas ondulantes de la bóveda rumorosa.

El coronel lanzó una interjección cruda en que vibraba toda su alma de soldado, y de un salto se puso al pie del muro, en la verde explanada del huerto. Ya no pudo contenerse: las blasfemias se atropellaban al salir de su boca; ni él mismo supo dónde pudo aprender tanto horrible vocablo, aun después de atravesar la manigua, los campos de Cataluña y los valles del Riff. Blasfemaba en español, en catalán, en moro, y las maldiciones salían huecas, vibrantes, amenazadoras, agitando los brazos crispados, las manos aferradas, abierto de piernas, el rostro vuelto forzadamente al sol, que le cegaba, como si otra vez llevase sus soldados al asalto, como si con voces quisiera derrumbar las piedras, como si con ame-

nazas pretendiera despertar á aquel ángel de la guarda que se dormía como un centinela infiel, á aquel Dios que, entre tanta luz y tanta alegría y tanto derroche de vida en cielo y tierra, no acertaba á mirar hacia aquella ventanita, hacia aquel hueco negro é insignificante de donde pendía toda su existencia, el único hijo, el tesoro de la casa.

Y el tesoro le vió, y hasta pareció conocerle, y hasta quiso entender las amenazas, porque echó adentro las piernecitas, púsose en pie como temblando de miedo y en actitud de huir en busca de la madre.

Y cuando ya estaba salvado, cuando el padre, llorando y riendo como un loco, bailaba haciendo inverosímiles contorsiones, de pronto, sin saberse cómo, como si la propia mano del ángel le empujase, inclinóse el cuerpecito, agitáronse las manos con mal aprendido aleteo, flotó hinchada la camisa y, dando una vuelta rápida, inesperada, brutal, cruzó el espacio en la fulguración de la luz, vino al suelo y dió con la cabeza, estrellándo-

se con el zurrído de un odre que revienta.

El viejo encorvóse como si le hubiera caído sobre las espaldas, cerró los ojos, tapóse los oídos con gesto tardío de horror, volviolos á abrir, intentó acercarse al pajarillo aplastado contra el suelo, y de repente echó á correr hacia la casa aullando:

—¡Mi tesoro de la casa!... ¡Se ha reventado como un perro!

Y largo tiempo después, mientras acudieron los vecinos y despertaron los criados y llegó la madre de la misa mayor, tranquila y sonriente, en la soledad del huerto, destacándose por encima de los trinos de los pájaros, y el zumbar de las abejas, y el cacareo de las gallinas, y el rumor de las hojas, se oyó la voz del coronel, tumbado en lo alto de la escalera, gritando monótona y lamentable:

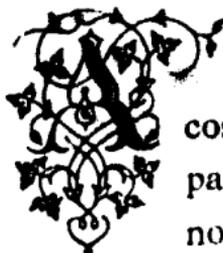
—¡Reventó como un perro!





## CRISTÓBALITO MOLINOS

I



cosa de las nueve, al regresar del paseo que juntos daban todas las noches por las calles de la población, Cristóbal y Magdalena se sentaron á la mesa para cenar un huevo pasado por agua y una taza de té, en el reducido comedor de su casita terrera, con ventana al mar. Él, flaco, anémico, sombreado el rostro pálido por escasa barba amarillosa, se había quitado la america-

na y comía en mangas de camisa, según su costumbre, con las piernas estiradas debajo de la mesa, satisfecho de su vida hasta entonces llana, monótona, sin tropiezos. Ella, muy alta, morena, muchacha de la clase media con apariencias aristocráticas, fijaba en las sombras del patio sus ojos negros, resplandecientes bajo la ceja poblada y oscura, oprimiendo con fuerza sus labios, delgadísimos y rojos como una pincelada de carmín. Conservaba aún el traje de calle, obscuro y sencillo, ceñido al cuerpo como un vestido de viaje. Servíales la criada, María del Pino, una muchacha rubia, mal despierta aún del sueño que acababa de echar durante la ausencia de sus amos, tendida en la alfombra de la alcoba, junto á la camita del niño.

Como Magdalena había manifestado durante el paseo que le dolía un poco la cabeza, su marido no se atrevió á proponerle el partido de *napolitana* que solían jugar otras veces, de sobremesa, y apurado el último sorbo de té, después de encargar repetidamente á la criada

que apagara las luces y cerrara bien todas las puertas, ambos pasaron á la alcoba. Mientras Cristóbal ajustaba, bostezando, las hojas de la ventana, ella se detuvo un instante junto al catre de hierro en que descansaba Pepito. Acababa el chiquillo de cumplir cinco años y era espigado, flaco, anémico como su padre, de escaso pelo y boca demasiado grande. Dormía con la cabeza ladeada, inmóvil como un muerto, sin que se percibiera el rumor de su respiración. Contemplóle su madre breve rato, y luego, doblando su erguido talle, le besó en la frente.

Después de cerciorarse de que el periódico estaba, como de costumbre, doblado sobre la mesa de noche, Cristóbal se quitó las botas, sentado en una butaca, junto á la cama de matrimonio. Procedía con maniática regularidad, colocando en el prendero su anillo, regalo de su mujer, y la ropa, bien doblada, en el respaldo de un sillón.

De vez en cuando cambiaba algunas palabras indiferentes con Magdalena, que daba

vueltas en el cuarto próximo, en el que dormía sola hacía dos meses, á causa del extraordinario calor de aquel larguísimo verano.

Al fin se acostó, dejando fuera de la cama sus dos brazos flacos y descoloridos, y encendiendo un cigarrillo se dispuso á leer el periódico desde el artículo de fondo hasta los anuncios de la emulsión de Scott.

En aquel momento Magdalena, vestida aún con el traje de calle, entró rápidamente en la alcoba, se detuvo junto al tocador, besó por segunda vez al niño, y dirigió al pasar una mirada furtiva á su marido, que leía con mueca odiosa y extravagante, arrinconado el cigarro en un extremo de la boca. En el punto de salir volvióse rápidamente, medio oculta ya por el pesado cortinaje de la puerta, y sus ojos, resplandecientes bajo la ceja poblada y oscura, miraron por última vez con expresión extraña las cosas y los seres que quedaban allí dentro, vagamente iluminados por la luz temblorosa de la vela que ardía sobre la mesa de noche con levísima crepitación.

## II

Magdalena no se quitó ni una sola prenda de su traje. Acostada de espaldas, con los ojos muy negros, dilatados y fijos en la pared, parecía una muerta, estirada ya por la rigidez cadavérica, á quien acababan de vestir para el último viaje.

Durante media hora sonó, ronca y displaciente, la tos de Cristóbal que padecía un catarro crónico, y el leve rumor del periódico, desdoblado por sus manos. Oyóse después el soplo brusco con que apagó la luz, el prolongado rechinar del colchón de muelles, y tras un breve rato el silbido de su respiración y el ligero palpitir del reloj de bolsillo, colocado sobre el tocador.

Comenzó entonces para Magdalena una espera febril que duró más de tres horas. Á espaldas de la casa, muy cerca, rítmico y pertinaz como el péndulo de un reloj, arrastrábase

el mar sobre las piedras de la playa, y en los intervalos entre una y otra ola percibíase el ligero roce de una hoja de papel que la brisa movía de aquí para allí en las baldosas del patio.

El intolerable calor de la cama, abrasando sus espaldas, la obligaba á ponerse de costado, y al cabo de un rato el golpe reiterado y profundo de su corazón, sonando cada vez más alto y angustioso en las entrañas y en el cerebro, hacía la recobrar de un salto la posición primera.

Así transcurrieron lentamente las horas, medidas por los latidos del reloj de la alcoba y por el incesante y melancólico romper de las olas en la playa.

Cuando ya tocaba casi al término de su espera, le sobrevino á Magdalena una especie de indeciso letargo, sedación de su cerebro exasperado por la vigilia. ¿Á qué temer? Ella estaba en su casa, bajo el mismo techo que su marido y que su hijo, defendida por buenas murallas y por una puerta sólida. ¿Quién podría obligarla

á acudir cuando sonara la señal convenida, á huir vergonzosamente como una criada infiel, con su lío de ropas debajo del brazo? Aquello, la traición premeditada, el juramento hecho, el hombre que iba á llegar, todo era un sueño, una novela imposible, como las que solía forjar en el silencio de su cerrada alcoba, para conciliar el sueño. Nadie lo sabría, y ella y los suyos continuarían su existencia monótona y feliz en la modesta casita de la calle de Pedro de Vera.

Entonces, siendo ya más de la una, como engendrado por el silencio mismo de la noche, brotó á mucha distancia un levisimo rumor, imperceptible y tenue como el aleteo de un mosquito. Á los dos minutos ya pudo conocerse el ruido sordo y continuo de un coche que se acercaba.

Á medida que sonaba más próximo, Magdalena se incorporaba, despertando de su letargo, pálida, convulsa. Ya el coche saltaba en el empedrado de la plazuela, subía la pequeña cuesta del callejón del Infante, entraba despa-

cio y con estrépito en la calle de la Marina, á espaldas de la casa. De pronto se paró, con resoplido de caballos y pisar de duros cascos sobre las piedras.

El silencio volvió á reinar dilatado y como angustioso.

Tres silbidos con una llave. Magdalena se levantó, y fría, maquinal, se envolvió en la nube y en el sobretodo que al regresar del paseo colocara á la cabecera de la cama. Permaneció inmóvil durante un segundo, erguida y negra como un espectro, con su pequeño lío de ropas debajo del brazo. Cuando salió, dejando entornada la puerta de la calle, sonó más triste y más cercano el romper de las olas en la playa.

Detrás de la esquina la sombra confusa de un coche la aguardaba. No tenía encendidos los faroles. Un hombre vestido con gabán claro, cruzado el pecho por la correa de una cartera de viaje, con el ala del sombrero hongo doblada y proyectando oscuridad sobre su barba negra, se destacó de la muralla en que

estaba apoyado y la abrazó por la cintura.

Al observar que lloraba, ahogando debajo de la nube sollozos convulsivos, el hombre aquel la arrastró con fuerza hacia el carruaje, diciendo al cochero:

—Vámonos, Pedro. Al puerto y á escape.

Arrancó el coche, saltando torpemente sobre las piedras de la calleja, con estrépito de mueble viejo que va á desbaratarse.

Crujió el látigo, moviéronse las ruedas más aprisa, y el carruaje rodó, rodó sin intermitencias por la ancha carretera, atenuándose el ruido cada vez más, hasta que sólo fué una ligerísima palpitación que se perdió á lo lejos, desvanecida en el ambiente sereno de la noche.

### III

Cuando el bote atracó á la negra muralla del enorme trasatlántico, Magdalena se cubrió el rostro con la nube para subir la escala, en lo alto de la cual brillaba un farol. Atravesaron

velozmente la toldilla, recibiendo al pasar las miradas curiosas de varios pasajeros recostados en sillones de mimbre.

Bajaron luego dos ó tres peldaños alfombrados. Estaban en la cámara de primera, respirando un ambiente cálido, iluminado por lámparas eléctricas, en el que flotaban olores complejos de almacén de muebles y de comedor de fonda.

Un camarero de frac y corbata blanca les guió hasta el camarote, cuya puerta, barnizada de rojo oscuro, con filetes dorados, abrió con sonrisa de francés adamado y meloso.

Magdalena se quedó sola mientras su compañero subía rápidamente á la toldilla para vigilar el embarque de su equipaje.

En el comedor tropezó con un hombre grueso, rubicundo, con levita de paño azul y chaleco blanco que dibujaba la redondez del vientre.

Era el sobrecargo, que le dió un medio abrazo, diciéndole con voz de falsete:

—¡Oh, Sr. Enriquez, qué agradable sorpresa!

Contestóle el otro con afabilidad y juntos subieron á la cubierta.

—Mis cumplimientos—decía el sobrecargo.  
—Ya la vi al pasar. ¡Oh, una mujer extremadamente bien!

—Es mi señora—contestó Enríquez con fingida seriedad.

—¿De la discreción?—dijo entre risas el francés, dándole fuertes palmadas en el hombro.—Oh, nosotros hace mucho tiempo ¿no es eso? que somos amigos. Usted tiene muchas señoras, muchas, muchas.

Entonces, cara á cara, riéronse ambos, cambiando guiños maliciosos como dos franc-masones de la galantería vulgar.

Después tomaron juntos unas copitas de cognac.

Cuando Enríquez, arreglado el equipaje, bajó de nuevo al camarote, halló á Magdalena tendida en una litera, lívida y con los ojos fuertemente cerrados.

Puso una rodilla en el suelo y le tomó una mano, delgada y fina, helada hasta la muñeca.

Entreabrió ella los párpados y le miró con insistencia, como si por primera vez le viese, con su camisa de franela, la onda de pelo negro y rizado que le caía hasta las cejas, sus labios demasiado rojos, su barba lustrosa de comisionista galanteador. Y cuando le imprimió en los labios besos que olían á tabaco y á cognac, una ola nauseabunda y angustiosa le subió desde el pecho á la garganta.

Una hora después el buque se puso en marcha. Monótona é implacable comenzó desde aquel instante la palpitación gigantesca de la máquina, que sólo habría de cesar quince días después, junto á las costas americanas.

Era como un martilleo regular, interrumpido á trechos por golpes sordos y profundos, resoplido de pulmones agobiados por enorme peso, silabas aflautadas, dulzónas y enervantes, chirrido estridente de una sierra que se afana en cortar una madera llena de nudos.

Perdióse á lo lejos la ciudad, arrinconada en el fondo del horizonte. Cuando se borró por completo la reverberación confusa de los

faroles de sus calles, el vapor marchaba velozmente, meciendo su enorme masa, salpicada de luces multicolores, sobre la espalda sombría y formidable del Atlántico.

## IV

El *chasco* de Cristobalito Molinos se divulgó al día siguiente muy temprano por toda la ciudad. Nunca se supo á punto fijo si fué el primero en contarlo el cochero que llevó á la fugitiva pareja hasta el muelle, ó si fué un empleado de la casa consignataria del *Laperouse* que estuvo á bordo hasta el momento de zarpar. Lo cierto es que no se hablaba de otra cosa en la plaza de mercado, en la puerta del casino, en todas partes. No se reunían dos personas en aquella mañana transparente de verano sin que la una preguntase á la otra:

—¿Ya sabe usted el *chasco* que le ha pasado á Cristobalito Molinos?

Todos reían. Muchos hombres graves y se-

dentarios envidiaban al *baladrón* de Gabriel Enríquez. ¡Qué vida tan original y accidentada la de aquel *loquinario*, viajando de continuo entre las islas y las repúblicas americanas, siempre en compañía de mujeres nuevas, que luego soltaba aquí ó allí como colillas de cigarrillos!

Nadie compadecía al esposo abandonado.

Este permaneció en la cama hasta las ocho, como solía hacer todos los domingos y días en que vacaba la oficina. Como no oyera ruido en la habitación cercana, supuso que su mujer estaría ya levantada auxiliando á la única criada en los menesteres de la casa. El chiquillo, sentado en la cama, desgredado y en camisa, se entretenía en deletrear el título del periódico.

Cuando Cristóbal se levantó y salió al patio entraba María del Pino con la cesta de la compra, rebosando por todos los poros la noticia extraordinaria que acababa de saber en la plaza:

No se atrevió, naturalmente, á contársela á

su amo; pero cuando éste supo que la señora no estaba en casa y que la puerta había amanecido entornada, quedó tan sobrecogido que hasta se olvidó de lavarse la cara. Y al fin adquirió la certidumbre de que algo grave acontecía cuando media hora después, hallándose en la puerta de la calle, vió entrar á Pancho Vega, en medio de la curiosa expectación de la vecindad.

Adelantóse á su encuentro, preguntándole con ansiedad:

—Pancho, por Dios, explícame esto. ¿Qué pasa? ¿Dónde está Magdalena?

El otro, hombre de más de cuarenta años, atarugado, obeso, con rostro y cogote muy anchos, color de caoba grasienta, le echó el brazo por la espalda y le condujo hasta la casa, silbando entre dientes para ocultar su emoción.

En el zaguán, en el patio, Cristóbal seguía interrogando con voz temblorosa y aflautada:

—Pero ¿qué hay, Dios mío, qué hay?

Cuando entraron en el cuarto de Magdale-

na, Vega cerró la puerta y, penetrado de la importancia de su misión, le dijo:

—Cristóbal, prepárate á recibir una mala noticia.

Cuando al fin se la dijo, empleando hábiles perífrasis que había preparado por el camino, Cristóbal se quedó frío, secos los ojos, temblorosas las piernas, repitiendo en voz baja:

—Pero si eso es imposible, si eso no puede ser.

Entonces Vega, dado el golpe, siguiendo la ordinaria tramitación en casos tales, mandó á la criada en busca de una bebida antiespasmódica. Salió Maria del Pino corriendo, sofocada, con la cabeza descubierta, en medio de los ardorosos comentarios de la vecindad.

Es que había gente en todas las ventanas, en el umbral de todas las puertas y hasta grupos en las esquinas. Circuló la noticia de que Cristobalito se había dado una puñalada.

Entre tanto, tendido sobre la cama de Magdalena, que aun conservaba la huella profunda de su cuerpo, Cristóbal sollozaba sin lá-

grimas, con hipo casi infantil, sintiendo en el lado izquierdo del cráneo los primeros latidos de una tremenda jaqueca.

Cuando la criada volvió de la botica con un frasco lleno de un líquido transparente, Cristóbal se resistió á tomar la medicina. ¿Para qué? Cerraba los ojos á la insufrible luz de la mañana, esforzándose por entender de una vez aquello monstruoso que le acontecía, sorprendido y avergonzado de no sentir la cólera formidable y homicida que en los dramas y en las novelas se atribuye á los esposos ultrajados.

Vega vistió al chiquillo y lo mandó á jugar al patio. Hasta las doce acompañó á su amigo, sentado á la cabecera de la cama, impaciente por marcharse á la *gallera*, aconsejando de vez en cuando á Cristóbal que tomara alimento, que *no se dejara ir*. Cuando al fin se fué, dirigiendo miradas lúgubres á los vecinos, Cristóbal pasó á la alcoba y se acostó entre sábanas, con las sienes oprimidas por un aro de hierro candente, los pies y las manos fríos como el mármol de la mesa de noche.

Á las tres entró María del Pino con un plato de sopa. Resistióse él á tomarlo, diciendo con acento quejumbroso:

—Lléveselo, Pino. No puedo tomar nada.

Como la muchacha insistiera, poniendo sobre una silla el plato, la servilleta y el vaso de vino tinto, al fin Cristóbal se incorporó y pezosamente, con gestos de niño mimoso y enfermo, se tragó toda la sopa. Cuando hubo terminado, sintió con mucha vergüenza que su estómago medio vacío reclamaba alimento más sólido. No se atrevió á pedirlo, sin embargo.

Así pasó toda la tarde y toda la noche, combatido por sentimientos encontrados y confusos, sin entera conciencia de su desgracia, distraído de la consideración mental de ella por las náuseas y los latidos dolorosos de la neuralgia.

Nadie vino á visitarle.

Sus dos tías, que formaban su única familia, estaban reñidas con él á causa de su matrimonio. ¿Qué dirían al saber aquello? Excep-

tuando á Vega, carecía por completo de amigos íntimos.

Á la madrugada derramó las primeras lágrimas, besando la manecita tibia é inerte de Pepito, que dormía á su lado en la ancha cama de matrimonio.

## V

Hasta el martes no volvió Cristóbal á la oficina. Cuando salió de su casa, vestido de negro, sentía en el diafragma una angustia singular semejante á la que le sobrecogía en su niñez momentos antes de los exámenes.

Caminaba muy de prisa, con los ojos puestos en el suelo, ocultándose el rostro con el quitasol. Había salido antes de la hora, de modo que la oficina estaba desierta cuando él llegó.

Sentado delante de su mesa, colocada junto á la ventana que da á la plaza, y al parecer engolfado en el estudio de un expediente, le

hallaron sus dos compañeros, personas de edad que le apreciaban como un buen chico trabajador y entendido. Diéronle ambos un fúnebre apretón de manos, con las caras muy serias y como prolongadas hacia abajo. Aquello lo estimó él como una prueba de tacto y delicadeza que no dejó de admirarle en Regalado y González, los vejestorios, á quienes acostumbraba calificar de practicones.

Tuvo Cristóbal la suerte de que á los cuatro días de haberle sucedido el chasco se disparara un tiro de revólver un muchacho de veinte años, hijo de una de las familias más visibles de Atlántica.

Todo el mundo olvidó repentinamente lo de Cristóbal para dedicarse á comentar hasta lo infinito aquel suicidio, cuyas causas nunca resultaron bien averiguadas, á juicio de la opinión. Y entonces fué cuando, libre ya de aquel intolerable sentimiento de vergüenza que tanto le atormentara en un principio, pudo apreciar el dolor y la profundidad de la herida.

El chiquillo le hizo sufrir mucho en los primeros días.

Acontecióle varias veces, al regresar de la oficina, encontrarle llorando como un desesperrado, buscando á su madre en todos los rincones de la casa; pero entonces con cualquier juguete ó libro de láminas se distraía y acallaba. Las noches sí que eran terribles.

Tomó la costumbre de despabilarse á cosa de las once, cuando su padre comenzaba á conciliar el sueño, y con los ojos muy abiertos, nervioso y excitadísimo por la vigilia, no paraba de preguntar:

—Oye, dime, ¿dónde está mamá?

—Va á venir, prenda. Ha salido á hacer una visita. Duérmete, mi niño—le decía Cristóbal.

Y le cantaba cuanto se le venía á la memoria, hasta que Pepito, impaciente, rompía á llorar con chillido vibrante y ensordecedor.

Á veces se callaba, sonriendo, con los ojos llenos de lágrimas, cuando Cristóbal, en camisa de dormir, descolorido y flaco como una aparición, se ponía un sombrero de picos

hecho con el periódico é imitaba el redoble del tambor y el toque de las cornetas. Al fin, ya muy avanzada la noche, se quedaba dormido, abrazado al cuerpo de su padre, con la respiración entrecortada por sollozos convulsivos.

Los meses de Septiembre y Octubre fueron en extremo penosos y duros de pasar.

Después de comer solía sentarse Cristóbal junto á la ventana entornada de la salita, y allí, mientras fumaba hasta secarse la garganta, le acometía cierta tristeza vaga, matizada por el misterioso deleite de la soledad. Todos los objetos que le rodeaban le traían á la mente el recuerdo de su mujer. Sobre un velador colocado en el centro de la sala estaba en fotografía que la representaba de cuerpo entero, vestida de negro, apoyada en una columna blanca. De las dos butacas y del humilde canapé de rejilla pendían cubiertas de crochet, trabajadas por ella durante los primeros meses de su matrimonio. Pensaba en Magdalena sin cólera, con cierta melancolía romántica y dulzona, como si en vez de abandonarle por

otro se hubiera muerto y descansara allá abajo, detrás de las tapias blancas del cementerio. Cuando la noche llegaba y la salita se quedaba á obscuras, solía llorar en un rincón, sonándose de vez en cuando, con ronquido tenue y discreto.

Su amigo Pancho Vega le prestó para distraerle varias novelas, la colección casi íntegra, sobada y apestando á tabaco, de los románticos franceses. Los domingos y días de fiesta devoraba los libros de Dumas y de Jorge Sand, sonrojándose mucho cuando tropezaba con un adulterio, lo cual le acontecía con harta frecuencia.

Alguna vez que otra salía por las noches, escogiendo los paseos más oscuros y solitarios, y volvía con los zapatos blancos de polvo y los ojos enrojecidos de haber llorado debajo de un árbol, á la luz melancólica de las estrellas.

## VI

La criada, María del Pino, resultó ser una perla, un tesoro. Inútil como era Cristóbal para los detalles de la vida práctica, á ella correspondió desde los primeros momentos de la catástrofe, y por la fuerza misma de las cosas, la dirección de la casa.

Al principio, su amo le entregaba, día por día, el dinero necesario para las atenciones de la familia; pero muy pronto, convencido de la honradez y de la fidelidad de su criada, le confió todas las llaves, sin excluir la de la cómoda en que guardaba las pesetas de su sueldo y sus pequeñas economías. Todo lo encontraba á punto: el almuerzo y la comida dispuestos á su hora; el ropero lleno de calcetines limpios y de camisas aplanchadas.

Era María del Pino una muchacha de veinticinco años, nacida y criada en el Valle de Doramas, de donde habia salido hacia seis

años, para servir en la ciudad. De pequeña estatura, rubia, pálida, de ojos chicos y claros, de pómulos un poco salientes, le parecía á Cristóbal, sin saber por qué, el tipo perfecto del indígena atlántico, de aquellas mujeres que allá en los comienzos de la historia tejían los *tamarcos* ó molían el grano, en el oscuro fondo de las cuevas. Se vestía con mucho aseo y, cosa muy rara en la servidumbre femenina de Atlántica, usaba medias todos los días y los domingos corsé.

Pancho Vega solía decirle, con la buena intención de sacarle de su modorra:

—¡Ah, bandolero, qué criadita te tienes! Ya se comprende que no salgas de casa por las noches.

El otro protestaba, halagado en lo íntimo de su ser por aquella imputación de propósitos libertinos. Según decía, sólo apreciaba á María del Pino por fiel y trabajadora y por el cariño con que cuidaba de Pepito.

Á los dos meses, en efecto, el chiquillo ya no se acordaba de su madre. No se despegaba

de las faldas de la criada, que le acostaba, le vestía, le llevaba á la escuela y le daba de comer. Próxima la Navidad, Cristóbal determinó demostrar su agradecimiento con un regalo.

Después de pensarlo mucho, decidióse por un sobretodo de lana y un pañuelo de seda azul celeste que, empaquetados en papel de oficio, puso en manos de su hijo, en la mañana del primer día de Pascua, diciéndole con voz un poco temblorosa:

—Corre, Pepito. Dale esto de mi parte á María del Pino.

Estaba la muchacha en la cocina cuando Pepito, orgulloso con su misión, le ofreció con mucho misterio el regalo.

—Madre Pino, esto te manda mi papá.

Abrió ella el paquete, tembláronle las manos de gozo, y después de besar ruidosamente al niño, le dijo:

—Dale muchas gracias. ¿Tú me oyes? Muchas gracias á tu papá.

## VII

El día 28 de Abril, por la tarde, Pepito volvió de la escuela con el empeño de que su padre le llevase á ver los *fuegos* á la plaza de San Pedro de Verona. Era la víspera de la gran fiesta atlántica, el aniversario de la conquista del país.

Cristóbal suspiró (ya no lloraba) recordando que todos los años anteriores había concurrido al paseo de la plaza con Magdalena, él con sombrero de copa y chaquet, ella elegantísima, con su boa de plumas y su ligerísima capota, un tipo *de fuera*, como decían los conocedores del casino.

Vaciló un poco, pensando que no estaba bien que él se exhibiera tan pronto en un paraje lleno de gente; pero ante la súplica fervorosa del niño y el deseo que también manifestó María del Pino de ver la iluminación y oír la música, determinóse al fin, proponiéndose

dar tan sólo unas vueltas alrededor de la plaza, sin entrar en el centro del paseo.

Salieron antes de las ocho, después de cerrar la puerta de la calle, cuya enorme llave se echó Cristóbal al bolsillo. Caminaban despacio, llevando por la mano al chiquillo, cuidadosamente vestido á la marinera, con su cuello vuelto y su gorrito de cintas blancas con letras de oro. María del Pino llevaba un traje de merino oscuro, corto de talle, adornado con cintas de terciopelo negro, con algo de *polisión*, y en los hombros y cabeza las prendas regaladas por su amo. Cuando se inclinaba para arreglarle la corbata ó el sombrero al niño, despedían sus ropas un perfume violento de agua de la Florida.

Al doblar la esquina de la plaza, por el sitio mismo en que se colocan las vendedoras de turrón y de *alegrías*, Pepito se detuvo extático, oprimiendo con fuerza las dos manos que le sostenían y guiaban.

Frente á ellos, en la parte mas elevada del ligero declive de la plaza, erguía-se la mole

cuadrada del Ayuntamiento, toda esmaltada de farolillos de múltiples colores, que en apretadas hileras corrían por la cornisa, por los marcos de las puertas, ventanas y balcones. Era como un diamante enorme, arrojado á la tierra por alguno de los astros que palpitaban en el cielo espléndido de aquella noche primaveral. En los demás edificios de la plaza brillaban también faroles ó cabos de vela colocados detrás de los cristales, y por encima de todo las banderas y los gallardetes flotaban con ligeros chasquidos en el ambiente tibio y amoroso.

De pronto, un repique próximo y vibrante, hizo brincar al chiquillo. Detrás de él se alzaba la muralla negra y majestuosa de la catedral, cuyas torres se destacaban gigantescas sobre el dorado polvo de las estrellas.

Hasta cerca de las diez permanecieron allí, dando vueltas con lentitud alrededor de la plaza, en cuyo centro las sillas y los bancos, llenos de curiosos, formaban un espacio cuadrado, en el que se codeaban, en apretado haz,

los paseantes. Era una revuelta confusión, de la que surgía á intervalos el perfil sonriente y delicado de una señorita, bajo los rizos de la frente y el ala obscura del sombrero. Flotaba por todos los ámbitos de la plaza el rumor confuso y discordante de cien conversaciones entabladas á la vez, interrumpido á trechos por el siseo repentino de los cohetes, que ascendían con cierta languidez por el firmamento sereno, formando cintas de luz, que luego se deshacían en lágrimas efímeras y multicolores.

De improviso, en un extremo de la plaza, brotaba inmenso vocerío infantil. Deteniáanse los paseantes, algunos se subían sobre las sillas, y con ruido sibilante, cortado por sordos chasquidos, ardía el fuego de artificio, iluminando, con claridad roja, verde, azul ó violácea, bocas abiertas y ojos dilatados por la sorpresa y el placer.

Cuando terminaba la rueda, con asordante fragor de fusilería y fugaz destello de luces de bengala, sonaban en el otro extremo los acor-

des de la banda municipal, golpes profundos de bombo, notas plañideras y nasales de clarinete, sonidos abiertos y desgarrados de los instrumentos de metal.

En una de las esquinas de la plaza Cristóbal se detuvo para comprar turrón á una de las mujeres instaladas allí, desde la tarde, con su caja abierta, su farol encendido y el enorme paraguas doblado sobre la acera. Después de llenarle al chico los bolsillos de turrónes de azúcar, pidió una libra más, que la vendedora le pesó, y envolviéndola en su propio pañuelo, se la ofreció á María del Pino con gesto torpe, sin decir una palabra.

Protestó ella exclamando:

—¡Jesús, señor! ¿Se figura su merced que yo soy una niña golosa?

Al fin la tomó, risueña, un tanto confusa, diciendo con su voz dulce y bien timbrada, verdadera voz de señorita:

—Vaya, muchas gracias, señor.

Y tomaron el camino de casa, llevando siempre de mano á Pepito que, concluídos los

turrónes, caminaba perezosamente, medio dormido.

Perdiéronse á lo lejos los rumores de la música y del paseo. Sólo de tarde en tarde llegaban hasta ellos, debilitados por la creciente distancia, el estallido de los cohetes y el grave son de las campanas. Transitaban ahora por calles desiertas y silenciosas, por delante de casas que parecían deshabitadas. Cuando pasaban por delante de algún farol, Cristóbal la miraba con expresión tierna y sumisa, y ella también, alzando su gracioso perfil de chata, dirigía hacia él el rayo fugitivo de sus ojos claros.

## VIII

María del Pino tenía su novio, un tal Antonio Candelaria, indiano de unos treinta años de edad, que venía á verla desde Doramas cada quince días, los domingos por la tarde.

Nunca le fué simpático á Cristóbal el hom-

bre aquel, con su nariz diminuta y como roída, su cara chupada, color de aceituna y sus bigotes lacios, negros como la tinta, que tapaban á medias su enorme boca, llena de dientes desiguales y negruzcos.

Traíale siempre á su novia, envuelto en un pañuelo de color, un obsequio rústico, consistente en manzanas, nueces, media docena de huevos ó cosa semejante. Sentábanse ambos á *moccar* en la pequeña galería con ventana al patio y allí permanecían á honesta distancia, cambiando palabras escasas é indiferentes, ella flamante, con el pelo lleno de pomada y botas de charol, él recién afeitado, con sus anchos pantalones de dril, su chaqueta negra, sin corbata, mostrando bajo el chaleco la faja multicolor, calado el *jipijapa* hasta las cejas, con el *virginio* apagado y nauseabundo en un rincón de la boca.

En un principio Cristóbal permitía que el chiquillo les acompañara en sus entrevistas, entretenido en rodar por el piso de la galería las naranjas ó las manzanas del indiano; pero

después de la noche de los *fuegos*, reteníalo en la sala poniéndole delante varios números de un periódico ilustrado.

Las tardes aquellas se le antojaban interminables. Indignábase la presencia del indiano, como una injuria hecha á su persona, y sólo respiraba libre de la penosa emoción cuando sonaban en el zaguán los pasos lentos y pesados de la pareja. La despedida en la puerta de la calle duraba más de diez minutos.

—Vaya, hasta más ver, Pinillo.

—Memorias á toda la gente de allá arriba.

Y la muchacha atravesaba de nuevo el zaguán cantando entre dientes, y se quitaba la ropa de los días de fiesta para atender á los quehaceres de la casa.

Excepto aquellos contados ratos de mal humor, la vida de Cristóbal se deslizaba serena y feliz como antes, cuando tranquilo y confiado descansaba en el hombro de Magdalena. Siempre había sido así. Á pesar de los años, conservaba aún las debilidades y la irresolución de la niñez, la necesidad de apoyarse en

---

otra persona que con él compartiese el peso de las responsabilidades de la existencia.

Recién salido de la tutela de sus tías, reñidas con él á causa de su matrimonio, que nunca aprobaron, había entrado en la de su mujer, de la cual no se había separado ni un momento durante seis años, sintiendo un ~~de-~~leite particular en dejarse conducir por ella dentro y fuera de la casa. Y ahora, apenas convaleciente del rudo é impensado golpe, la presencia en su casa de aquella mujer de juicio, cariñosa y formal, la estimaba como un regalo de la Providencia, como una compensación del infortunio ridículo, cuyo recuerdo manchaba aún su frente con el sudor de la agonía.

Sin decirle una palabra, sin otra expresión de sus ocultos pensamientos que las miradas intensas, acariciadoras con que la perseguía, procuraba por todos los medios realzar la condición de María del Pino, elevándola poco á poco á la categoría de dueña de la casa. No permitió que siguiera comiendo en la cocina,

como antes, en tiempo de la señora; hacíale sentar á la mesa del comedor, después que el niño y él se levantaban. Aprovechando una ausencia de su criada, sustituyó el catre de *viento* en que ésta dormía por el de hierro que usaba Magdalena, y le adornó el cuarto con una mesa de noche y un pedazo de alfombra. Del fondo de su alma dolorida, de las ruinas vergonzosas de su primer amor, brotaba sana y pura la ferviente adoración hacia aquella muchacha rubia. Ella y Pepito eran las dos únicas personas que le quedaban en el mundo.

## IX

Así pasó más de un año, desfilando las horas y los días como las cuentas uniformes y grises de un rosario interminable. Siempre lo mismo: los hombres y las cosas viviendo monótona y obscuramente en el seno de la admirable naturaleza atlántica. Ni frío ni calor: días luminosos y cálidos en el corazón del invierno,

noches de luna extraordinarias é ideales, flores y hojas verdes en todas las estaciones. Y de vez en cuando, interrumpiendo aquella tranquilidad de agua tibia y dormida, el latigazo formidable del dolor estallando sobre las espaldas de éste ó del otro, en medio de la consideración egoísta de los demás.

Así fué que una mañana, á eso de las once, trabajaba Cristóbal en su oficina, cuando oyó una voz que no reconoció, que le llamaba desde el patio, que se acercaba rápidamente, alternando con violentas y desiguales pisadas en la escalera.

Levantóse con ímpetu, derramando el tinte-ro sobre los papeles, á tiempo que entraba como un torbellino una mujer lívida, desencajada, con la cabeza descubierta y los brazos extendidos hacia adelante.

—María del Pino. ¡Ay, Dios mío de mi vida, otra desgracia!

Y apenas la muchacha, sofocada por la carrera, hubo murmurado con acento de abominable angustia «el niño, el niño», Cristóbal co-

rrió como un insensato, sin sombrero, dando un alarido de terror como esos que desgarran la garganta durante las pesadillas.

En su precipitada marcha por las calles, caldeadas por el sol implacable del verano atlántico, entre la consternación de los transeuntes, enterados ya de la desgracia, Cristóbal sólo pudo conseguir que la muchedumbre le dijera, con la voz desfigurada y anhelosa:

—El tranvía, el tranvía...

Cuando llegó a la puerta de su casa, sin aliento, Cristóbal cayó como una avalancha sobre el ancho pecho de Vega, que le aguardaba en el zaguán.

Quiso desasirse. El otro le agarraba con fuerza, trémulo el labio inferior, con cierta dureza en el semblante color de caoba.

—Quieto, quieto.

—Pancho, déjame entrar. Pancho, mira que soy su padre, mira que es lo único que me queda.

—Pero, hombre, déjame hablar... si no es lo que tú te figuras... si no ha sido nada. Palabra que ya está mejor.

—Eso es mentira, Pancho. Si ya sé que está muerto. Pero quiero verle... Déjame por la Virgen, por tu madre.

El otro, llorando, le soltó, con gesto de repentino desaliento.

Cuando Cristóbal entró en la alcoba, tuvo una sorpresa indescriptible al ver á Pepito tendido de espaldas en la cama de matrimonio, cubiertas las piernas con una mantá, con las mejillas rojas y los ojos brillantes, charlando sin parar con una vecina que de pie y junto al lecho le miraba con expresión de lástima profunda, cruzadas las manos debajo del delantal.

—Niño de mi vida, ¿qué es eso? ¿Qué has tenido? Pero ¡Pancho, si está bueno, si está bueno! ¡Dios de mi corazón, yo no sé lo que me había figurado!

Y el chiquillo charlaba, charlaba sin descanso, refiriendo con orgullo los detalles del accidente. Que se le había escapado á María del Pino en persecución de una paloma, la paloma blanca que su padre había comprado el día anterior á una mujer del campo. Atravesaba

corriendo la carretera cuando de repente, al doblar la esquina, un *pitido*. Era el tranvía: una muralla negra con letras doradas, cerca, muy cerca de su carita. Quiso correr, oyó gritos, muchos gritos de angustia. «¡Paren, paren, el niño, el niño!» Y después dió vueltas, vueltas en el polvo, como cuando uno juega en los montones de arena, y se le llenaron los ojos de tierra. Y no le dolió nada, papaito, nada.

Entonces el padre comprendió, recordando otros casos, otras desgracias causadas por la horrible máquina, de que había sido testigo, ocurridas casi en el dintel de su puerta. Cayó de rodillas, cubriéndose los ojos con ambos puños cerrados, conteniendo los aullidos de terror que se le subían á la garganta. Sintió luego, medio desvanecido, que Pancho Vega le llevaba arrastra hasta la habitación próxima.

En aquel estado singular de torpeza dolorosa percibió una cara nueva, la de un hombre de barba negra, con ojos grandes de miope que le miraban compasivamente detrás de los cristales de unas gafas de oro.

—D. Pedro, ¡por la Virgen! Dígame que no es nada, que usted lo curará. Piense en que usted también tiene hijos en el mundo.

El médico se detuvo, quiso decir alguna frase engañosa de consuelo, cerrósele la garganta, y con arranque desesperado abrazó como á un hermano á aquel hombre que hasta el día antes era para él un desconocido.

Pepito se moría á toda prisa. Cuando los tres hombres entraron de nuevo en la alcoba, había desaparecido la excitación que desataba su lengua en frases joviales y sin enlace, como las que se dicen bajo el influjo de una borrachera.

Ahora no decía nada. Movía de un lado á otro su cabecita lívida, empapada de sudor, como si dijera una y otra vez que no, que no quería marcharse.

El sol iluminaba la cama, trazando en la colcha una ancha faja amarillosa. Veíase á través de los cristales de la ventana el cielo puro, sin una mancha, lejano é indiferente. Pasó una ráfaga de brisa, que levantó huma-

reda de polvo en la carretera y agitó levemente la cortina blanca, con el pausado movimiento de una mano que dice adiós, y el médico cubrió violentamente, con ademán brusco de impotencia y rabia, el rostro de Pepito, que se había quedado inmóvil, con expresión casi divina de serenidad é inocencia.

## X

Pasaron ocho días. En la penumbra de la salita, sentado en el rincón de la ventana, Cristóbal, que acababa de comer, fumaba sin cesar cigarrillo tras cigarrillo.

A su espalda, en la sombra, abrióse quedamente la puerta y la voz de María del Pino, algo temblorosa, preguntó:

—D. Cristóbal, ¿me permite una palabra?

—Entre, Pino—contestó Cristóbal volviendo la cabeza, sorprendido al verla vestida como para salir, con un manajo de llaves en la mano.

La muchacha, con la cabeza baja, sobando inconscientemente la cinta de terciopelo que adornaba su traje de merino, se explicó torpemente, con mucha prolijidad.

—Pues señor, sabrá cómo Antonio Candelaria ha conseguido *de medias* un cercadito en San José. Él quería casarse hace tiempo, pero yo, por no dejar al niño, que está en la gloria, decía que no. Pero ahora, mañana nos amonestamos. Y yo le vengo á decir á su merced que me voy esta noche á casa de mi prima Juana, hasta el día que me case.

En la sombra creciente de la sala sonó la voz ronca de Cristóbal que preguntaba, como si no hubiera oído bien:

—¿Se va usted esta noche?

—Pues yo, señor—continuó la muchacha, hablando más alto y más de prisa,—siento dejar á su merced, porque su merced es un santo; pero ya ve, hoy por hoy es un hombre solo, y la gente *alega* mucho. Antonio Candelaria quería que me marchase hace mucho tiempo. Pero yo decía que no, que era menester dejar á

su merced una criada. Esta noche vendrá Carmen la del Puerto. Aquí están las llaves. D. Cristóbal, si para algo me necesita, ya sabe que estamos cerca, en San José.

Se detuvo un momento, como si esperara algo, y luego terminó, con cierta sorpresa y sequedad:

—Adiós, señor.

—Adiós, Maria del Pino.

Cuando la criada salió, oyóse en el hueco de la ventana un suspiro, un sollozo. Pero ya ella estaba en el patio, ayudando á cargar su caja á un *palanquin* á quien había contratado al efecto.

Hubo luego ruido de puertas que se cierran. Sonó la campanilla del zaguán. Alejáronse los pasos en la calle.

Sentado en el rincón de la ventana, envuelto en las sombras melancólicas que invadían la salita, con la boca entreabierto, los ojos fijos y un cigarro apagado entre los dedos, Cristóbal se quedó sólo.



## EL NACIMIENTO

---

### I

**Q**UÉVIÉRONSE las cortinillas blancas del lecho, las sábanas se agitaron, deslizóse la manta roja, primero lentamente, después con rapidez hasta dar en el suelo, y á la indecisa luz de la lámpara asomó entre los blancos paños el rostro moreno de la chiquilla, en el cual ponían dos huecos de sombra los hermosos ojos dilatados por la curiosidad.

Algo pasaba en la casa. Era sin duda la

realización del misterio de aquel nacimiento prometido y del cual sólo tenía la idea confusa de un niño Jesús rodeado de finísimas telas blancas, cercado de luces, adorado por la multitud de las gentes que caía de rodillas en torno de una cuna de papel dorado.

Y ella despertaba en el momento preciso.

Porque aún era la noche, y á pesar de ello oíase rumor confuso como de pies que se deslizan cuidadosos, voces ahogadas y algo extrañas que á sus oídos llegaban como acento de llantos comprimidos, pero que debían ser otra cosa. ¿Quién llora cuando nace el niño Dios?

Y era hermosísimo cuadro el de aquella carita morena, más morena por asomar entre blanquísimas cortinas, mirando con ojos grandes y dilatados, inclinada la cabeza, tendiendo el oído y los labios entreabiertos por una sonrisa encantadora y picaresca de hembra curiosa, de Eva mordiendo á boca llena en la fruta prohibida.

El misterio iba sin duda á realizarse á sus ojos.

Allá, frente á la cama, descubría el risquete de papelón en que la madre, había trabajado tantos días, poniendo manchas de rojo caoba sobre amarillenta siena y negro de hño, de todo lo cual resultaba un abigarrado conjunto sin color definido, verdadero volcán en pleno Nazaret con praderas inverosímiles por frondosas de verde trigo y cascadas brillantes é inmóviles de papel verde y molinos de aspas gigantescas manoteando en el monte, todo visto á la indecisa luz de la lamparilla, por ojos de los cuales aún no se apartaba el abultamiento fantástico de los sueños.

Allá arriba divisó, muy lejos, viniendo del Oriente, que debe ser algo más retirado que Melilla, los tres magos, aquellas tres figuras que tanta admiración le causaban, aquellos tres reyes que llegaban á adorar á un pobre niño y á obsequiarle con juguetes, montados en monstruos que participaban del caballo y del camello y de la serpiente y hasta de la morcilla.

Y abajo, en el centro, el hueco obscuro, aún

vacío, donde, al decir de su padre, habían de llegar en tal noche la Santa Virgen y San José llevando de reata la vaca y la mula, donde al sonar las doce campanadas—y aquí empezaba lo inexplicable—había de nacer el niño, entre la zambra atronadora de zambombas, pande-retas, castañuelas, cantos de pájaros, vocerío de pastores, repique de campanas y raudales de luz.

No serían las doce cuando aún el hueco permanecía oscuro y vacío; casi inspiraba terror la profundidad sombría de la cueva.

¡Y qué lástima que el hermano aquel Agustinito, que apenas se arrastraba á gatas por los suelos, estuviese enfermo! No podría gozar de aquel sublime espectáculo, tendría que esperar á otro año.

¡Pobrecillo! ¿Dónde estaría?

Lo habían separado de ella porque la enfermedad se pegaba... algo en la garganta... una cosa fea que llamaban el crup... ¿Estaría mejor?

Y allá en las galerías continuaba el mismo

murmullo de voces ahogadas, de pies deslizando suavemente, algo extraño, impropio de la hora que **sin** duda preparaba el momento aquel misterioso del nacimiento.

¡Era necesario saber!

## II

Echó afuera una pierrecilla, luego la otra, deslizó suavemente y puso los pequeños pies en el suelo. Y envuelta en la larga y blanca camisa, siempre con los ojos muy abiertos y sonriendo, pasó á la alcoba de sus padres.

Allí había también muchas sombras... las aumentaban las altas colgaduras del lecho y los cortinajes de las ventanas pesados y sombríos; pero á través de los cristales de la puerta que conducía al salón entraba la ráfaga de luz ancha y temblorosa que se partía en el espejo.

¡Allí estaba el nacimiento... por allí llegaba el misterio!

¡Era necesario ver!

Y empinándose en los pies diminutos quedó extática ante el espectáculo que vislumbraba, con los ojos muy dilatados, la boca abierta en éxtasis de admiración, la naricilla aplastada sobre el cristal.

Allá en el centro del salón estaba un trono blanco de encajes, y sobre el trono algo así como una cuna, aunque no era una cuna de las que ella vió hasta entonces, blanca también, blanquísima, adornada con brillantes galones de oro y plata, rodeada de flores blancas, también blanquísimas, y luego luces, muchas luces, la inundacion de una aurora colosal, como si el cielo se abriese separándose las nubes y quitando velos á las estrellas, y alrededor, de hinojos, como los pastores, muchas personas, y otras en grupos, de pie y junto al balcón.

Y era lo extraño que ella las reconocía... Allí estaban sus abuelos y sus tíos... y allí, sentada con los ojos fijos en la cuna, su madre... y junto al trono, encorvado como señal de respeto ó adoración, su padre...

Y más extraño aún era que dentro de la cuna había un niño... apenas se veía la cabeza y las manos cruzadas sobre el pecho; pero aquella cabeza pálida, reposada, revelando una tranquilidad y un sosiego como ella nunca vió, era la de su hermano, la de Agustinito, á quien ella creía enfermo, luchando con la porquería de las cataplasmas y los jarabes.

¿Aquello era el nacimiento?

È involuntariamente, sin darse cuenta de lo que hacía, empujó la puerta, y con sus pies descalzos, su blanca camisa, los ojos picarescos, la boca llena de risa, se encontró en medio del salón, gritando en el silencio lleno de tristeza:

—¡Ya he visto el nacimiento! ¡Qué bonito!

Y mientras el padre corría á ella y tomándola en brazos huyó hasta la alcoba, y la madre que le seguía cayó sobre el risquete de papelón precipitando á los magos y haciendo rodar las inmóviles cascadas de hojas de lata, y todos en el salón comentaban el suceso, y el

niño muerto permanecía indiferente sumido en la paz del sueño eterno, la abuela, con su inagotable fe, murmuraba:

—¡El nacimiento!... ¡Quién sabe!





## CANDELARIA

---

**D**E improviso, rasgando el silencio tedioso de la desierta calleja, la guitarra comenzó a vibrar. Eran los preludios, ejecutados con limpieza y maestría, de una malagueña del país. El ritmo subía, bajaba, desvaneciéndose ahora en murmullos y zumbidos, para resurgir después en notas claras, insistentes. De pronto terminó con un acorde brusco, seco. Fué como los dos puntos en un escrito, una parada llena de ex.

pectación. Una voz robusta, grave, pretenciosa, entonó el cantar.

Candelaria despertó sobresaltada en su catre *de viento*, y apartando la sábana que la cubría, se incorporó apoyándose en un codo, con la cabeza oscilante y desvanecida y los ojos medio cubiertos por las mechadas desordenadas de sus cabellos negros.

El que en la calle tocaba y cantaba era don Marcelino, el gran *trovador* atlántico, dueño de un almacén y hombre de muchos cuartos, que hacía dos meses la enamoraba. Decían las muchachas de la tabaquería que era un *baladrón* simpático. Grueso y alto, gran tocador de guitarra, que había aprendido *por música*, no perdía ni una *última*, ni una *taifa*, y hasta gozaba fama de buen luchador.

Ella le había resistido hasta entonces, aceptando, sin embargo, sus regalos. Allí estaban todos, guardados en la caja de pinsapo pintada de encarnado, á los pies de la cama. Dos pares de zarcillos, un pañuelo de seda, un sobretodo y cuatro frascos de agua de la Florida.

De pronto la guitarra dejó de sonar. Por las rendijas de la puerta penetró una respiración cálida, anhelosa, y una voz profunda, varonil, pronunció quedamente:

—Candelarilla, oye, asómate á la puerta, que tengo que decirte una palabra.

Entonces ella comenzó á temblar con ligeros estremecimientos que recorrían todos sus miembros y terminaban en los dedos de sus pies, fríos y descalzos.

Y sentía en el fondo de su garganta un cosquilleo acre, tenaz, irritante, que la obligaba á toser ligeramente.

—Abre, mujer. Una palabrita nada más. Te juro que me marchó en seguidita.

La muchacha continuaba silenciosa, temblando. Oíase el murmullo, suave y continuo, de la acequia que corría á dos pasos del callejón y á lo lejos, en el fondo del horizonte, obscuro é indefinido, la sorda respiración del mar.

Preludió nuevamente la guitarra. Después de unos cuantos acordes lánguidos, melosos,

Marcelino, en el dintel mismo de la puerta, caldeando la madera inanimada, comenzó una *danza* arrebatadora.

Apiádate, tirana,  
de mi dolor.

Y era su voz un arrullo, una invitación dulcísima á la ternura, á la entrega irreflexiva y loca del corazón, de la persona entera, cuando suspiraba:

Que por ti se muere,  
se muere mi corazón.

Cuando expiró como un lamento suavísimo el último calderón de la *danza*, el trovador, lanzando un gruñido de entusiasmo, aplicó su **hombro** robusto á la puerta. Era llegado el momento del ataque.

Como si despertara de un sueño, la muchacha se arrojó de la cama, dando un grito, y sujetando con sus brazos desnudos la madera endeble, resistió hasta el límite de sus fuerzas, desgredada, fría, invocando el nombre de su

madre, de aquella mujer desconocida que la dejara una noche de Febrero en el torno del Hospicio, envuelta en un ropón de zaraza amarilla.

Y la puerta continuaba cediendo, doblábanse los pestillos, rechinaba la cerradura, sonaba cada vez más alto el aliento vigoroso del hombre.

Y la puerta cedió al fin.

Cuando Marcelino entró, dejando caer al suelo la capa y la guitarra, ella corrió gritando por la reducida estancia, descalza, medio desnuda. Hubo una corta y feroz persecución en las tinieblas, ruido de sillas derribadas, de jarros que se quiebran al chocar con el suelo empedrado. La guitarra, herida por un puntapié de Marcelino, gimió dolorosamente en las tinieblas.

Al fin pudo cazarla en el rincón en que se había refugiado, de cuclillas en el suelo, ocultando con los dos brazos fuertemente cruzados la cabeza hundida en el pecho. Levantóla con ímpetu y la abrazó con furor salvaje. Ella

se retorció, gritando, con los ojos muy negros y muy dilatados en la cara lívida:

—¡D. Marcelino, suélteme! ¡Por su madre, por la Virgen del Carmen se lo pido!

Y luego repitió como una loca, con terror siempre creciente y la voz súbitamente enronquecida:

—¡No, por Dios; no, por Dios!

En el silencio que volvió á reinar reapareció el murmullo de la acequia, cercano, suave y continuo, y á lo lejos, en el fondo del horizonte obscuro é indefinido, la sorda respiración del mar.



Cuando Marcelino se marchó, Candelaria, arrastrándose, encendió un cabo de vela y lo colocó sobre una mesita, ante una estampa de la Virgen colgada en la pared. Y de rodillas sobre el duro suelo, medio desnuda, sonándose á intervalos, porque las lágrimas la sofocaban, repitió sin descanso:

—*Madrita* mía del Carmen, ¿qué va á ser de mí?

En la calle se alejaban los pasos del *trovador*.

Preludió al doblar la esquina, y su voz robusta, grave, pretenciosa, entonó de nuevo la *dansa* irresistible, que poco á poco se fué atenuando, desvaneciendo, con intermitencias en que se perdían frases enteras á medida que Marcelino bajaba los empinados callejones que del *risco* conducen á la ciudad. Y cuando llegó abajo, al camino nuevo, junto al castillo, era la *danza* un suspiro, un hilo de voz delgado y quebradizo, una vaga invitación al amor viniendo de muy lejos, del seno transparente y azulado de la noche.

De rodillas sobre el duro suelo, apoyados los codos en la mesa y la frente ardorosa en ambos puños crispados, Candelaria repetía con acento monótono é incansable, interrumpido por el hipo convulsivo de los sollozos:

—*Madrita* mía del Carmen, ¿qué va á ser de mí, qué va á ser de mí?



## LA MUERTE DE JOSEPH DEL ALAMO

**L**NCORVADA la espalda, tardo el paso, jadeante la respiración, los cuarenta ballesteros del alférez sevillano Andrés Montálvez trepaban por la empinada cuesta, hincando los enormes pies en la tierra movediza. Aquí y allí se desprendía una piedra que, rodando lentamente por la pendiente abajo, no paraba hasta el fondo de la sombría cañada. Caía la tarde del 25 de Julio de 1482.

De improviso, arrojada por manos invisibles, de la cumbre del monte, erizada de *tava-*

*hales*, lentiscos y *tabaibas*, brotó una lluvia de pedruscos, acompañada de alaridos guturales y de silbidos estridentes.

Joseph del Álamo, que iba a la cabeza del destacamento, fué uno de los primeros en caer herido en el lado izquierdo del cráneo por una piedra afilada y pesadísima arrojada con ímpetu salvaje.

Dió una, dos, tres vueltas con cierta lentitud por la pendiente rugosa, y al cabo se paró detenido por una roca saliente.

Cuando salió de su letargo doloroso era poco más de medianoche. La luna llena brillaba en mitad del cielo azul claro, limitado hacia el Norte por un espeso montón de nubes blancas, parecido a una cordillera de nieve. Pasaban a intervalos ligeros soplos de brisa. Del fondo oscuro del valle subía rumor de agua corriente y canto monótono de ranas.

Las manos temblorosas del soldado tantearon la tierra áspera y *roliza*, que aún conservaba el calor del mediodía. Al cabo de muchos esfuerzos logró incorporarse, apoyando un

codo en tierra y la espalda en la dura roca. Sentía en su cabeza latidos persistentes, tenaces, implacables, cortados á intervalos precisos por un dolor agudo, brusco y profundo como un hachazo. La piel de su mejilla izquierda estaba tiesa y rígida, cubierta por una costra de sangre coagulada.

Así permaneció más de dos horas, atento sólo al sufrimiento monótono é incansable, con las piernas dobladas y adheridas al vientre, reconcentrado en su tortura.

La luna iluminaba su semblante atezado, su nariz aguileña de ave de rapiña, sus bigotes grises de veterano, desmayados y lacios, su entrecejo fruncido que rayaba la frente sudorosa como un epitafio negro en una tumba de mármol dorada por el sol.

Al fin, la sed terrible que secaba su lengua y su garganta le sugirió la idea de moverse, de ir allá abajo, al fondo del valle, de donde salía aquel rumor tan suave, tan alegre, de agua que corre sin cesar entre las piedras. Apenas se hubo levantado, hincando sus de-

dos fríos en los agujeros de la roca, dobláronse sus piernas, como si estuviesen rellenas de inanimada paja, y clamó rabiosamente el latido insufrible de su cráneo. Á los dos pasos cayó de rodillas y entonces se arrastró penosamente por la pendiente abajo, acompañando cada esfuerzo con gruñidos de animal enfermo que no se resigna á morir. Cuando llegó al fondo del barranco, tenía las manos y las rodillas destrozadas, llenas de sangre y polvo.

Era el cauce ancho, irregular, sembrado de matas verdes y de piedras lisas y redondas. Como el agua corría más lejos, por el centro, tuvo aún que luchar más de una hora, desesperado, jadeante, descansando á trechos con la cara vuelta hacia el azul luminoso del cielo, puestos los ojos suplicantes en la luna, que sonreía indiferente como la cara repleta de un dios que nada tiene que ver con los miserables que aúllan y se retuercen abajo, en el planeta del dolor.

Cuando al fin llegó á la margen del arroyo, hundió su rostro en un charco, tragando con

el agua el limo de la superficie, acre y verdo-so. Sumergió luego sus manos en la corriente y respiró profundamente dos ó tres veces con prolongado ronquido.

Poco á poco, una sensación de angustia creciente é intolerable invadía su cuerpo, irradiando de las entrañas, á su parecer oprimidas por una mano de hierro. Tuvo náuseas horribles que le obligaron á vomitar, retorciéndose como un insecto pisoteado, con sacudimientos dolorosos. Por primera vez se presentó á su espíritu la idea de que iba á morir allí, sobre las piedras de aquel barranco solitario, en el centro de la isla salvaje.

Era buen cristiano, sin impura mezcolanza de sangre mora ó judía. Desató los cordones de su justillo, y de sobre la piel velluda de su pecho tomó un escapulario de la Virgen, empapado en sudor frío. En el anverso veíase una tosca imagen, grabada en la tela sucia; en el reverso, unas letras mal trazadas con tinta amarillosa que decían: «Madre de los desamparados, rogad por Joseph del Álamo». Aquello

le venía de su madre, muerta hacía más de treinta años.

Empezaba á amanecer.

Delante de la cruz de su daga, clavada en la arena, y con el escapulario pegado á la boca rezó, rezó sin descanso. Después le acometió de nuevo el letargo doloroso de la noche.

Cuando despertó, el sol vertía sobre su cuerpo una lluvia de fuego. Comenzaba la mañana de estío, espléndida, sofocante. Había cesado el canto de las ranas, y sobre todas las cosas pesaba un silencio absoluto que se dilataba, augusto, por toda la extensión del barranco profundo, por las abruptas lomas, á lo lejos.

Cuando abrió los ojos, la luz blanca y temblorosa le produjo un malestar insoportable. Anhelaba descansar en una alcoba cerrada, sombría, fresca, ocultar la cara bajo el embozo de blancas sábanas, sahumadas con el incienso de su tierra.

Bebió de nuevo y arrastrándose buscó la

sombra del acantilado y se acostó con la cabeza vuelta hacia la loma.

Al mediodía el sol le mordió cruelmente las piernas. El barranco ardía, las piedras abrasaban, palpitaba la atmósfera como si sus átomos entrasen en ebullición.

El arroyo gemía, retorciéndose entre las guijas, como si pretendiera huir de la quemadura implacable de los cielos.

Empezó entonces un duelo desigual y encarnizado entre el astro poderoso y el hombre miserable. Arrastrábase el soldado por las piedras como un lagarto enorme, con los ojos hundidos y la faz terrosa, la lengua colgante y la siniestra herida del cráneo medio oculta por los ásperos cabellos grises amasados con sangre y tierra. Apenas hallaba una delgada faja de sombra y se acostaba rendido, el latigazo implacable del sol le obligaba á ir más lejos. Al fin venció el astro. El cauce del barranco fué como una hoguera inmensa, sin un rincón, sin una mancha de sombra. Entonces el hombre, de cuatro pies sobre las piedras

polvorosas y candentes, aulló como una fiera, gastando los últimos alientos de su vida en prolongar indefinidamente aquellos roncos ataridos que expiraban á los dos pasos en el aire tembloroso, sordos, sin eco.

Al fin llegó la noche y la luna brilló de nuevo, sonriente, en mitad del cielo. En el fondo del barranco flotaba una neblina indecisa, en la que se desvanecían los perfiles de las cosas. Sonó de nuevo aquí y allí el ritmo gutural de las ranas.

Tendido en la margen fangosa del arroyo, Joseph del Álamo no tenía ya fuerzas para moverse. Su cabeza pesaba un mundo, sus brazos eran de hierro. Y entonces fué cuando empezó á percibir cosas extrañas. Veía oleadas negras, bordeadas de rojo lívido que, partiendo de un punto brillante como una estrella, iban creciendo, dilatándose con intensidad dolorosa hasta perderse, una después de otra, en espacios tristes é indefinidos. Y del seno de aquel ondular incansable salían sonidos cristallinos, delgados y punzantes como agujas.

murmillos graves y profundos, semblantes amarillos que le miraban brevemente con horrorosa mueca. Después surgió á lo lejos una masa altísima, imponente, confusa, como un carro enorme, tendido de rígidos cortinajes negros. Aquello se acercaba, gigantesco, abrumador. Tendió con fuerza los brazos, gritando con una voz extraña, que no era ya la suya:

—¡Fuera, fuera!

Luego comprendió que era *ella* que se acercaba, y sollozó como un niño, bebiéndose las lágrimas que caían una á una de sus ojos, deslizándose por sus mejillas ásperas de soldado viejo. Besaba á derecha é izquierda manos invisibles y decía:

—Espera, espera... voy allá.

Así murió Joseph del Álamo.

Cuando al siguiente día le hallaron sus compañeros en el fondo del barranco, parecía más pequeño, recogido sobre sí mismo, y en sus labios, erizados de pelos ásperos y grises, se notaba una mueca resignada y lastimera, como

la de un niño que se ha dormido llorando.

Uno de los soldados tomó de la mano negra y crispada del muerto el escapulario, y después que hubo leído en voz alta lo que en él estaba escrito, todos, sombrero en mano, repitieron en coro, gravemente:

—Madre de los desamparados, rogad por Joseph del Álamo.





## LA VIUDA DE JUAN SUÁREZ

---

**E**N la puerta del Casino, y mientras se quitaba con ademán tardo y pesaroso los guantes blancos, que le venían muy estrechos, Joaquín se detuvo indeciso, mascando el cigarro que acababa de encender.

Percibía distintamente, idealizado por la distancia, el ritmo callejero de un vals de zarzuela y el acompasado pisar de las parejas, que estremecía ligeramente el pasamanos de la escalera alfombrada y las lámparas del vestíbu-

lo desierto. Decidióse de improviso, y pensando que al día siguiente habría de estar en el escritorio á las ocho de la mañana, echó á andar calle abajo, con las manos en los bolsillos del abrigo claro, con el sombrero de copa ligeramente inclinado hacia atrás.

Era mucho más de medianoche y apenas si algunos faroles cortaban con puntos de luz, á gran distancia los unos de los otros, la obscuridad soñolienta de las calles. Caminaba de prisa, con nervioso taconeo, levemente excitado por el champagne del ambigú. Su imaginación renovaba, con admirable lucidez, las impresiones recibidas en aquel baile que acababa de dejar. Creía aún sentir sobre su hombro derecho la delicada presión de manos pequeñísimas y enguantadas y en su pecho la cálida huella de elegantes bustos vestidos de raso blanco. Debajo de sus párpados relampagueaban súbitamente miradas tiernas ó burlonas, sonrisas que bañaban de luz los rostros pálidos, levantados hacia el suyo con cierta misteriosa expresión de sumisa ansiedad. Y el mo-

vimiento de la sangre en sus venas, al recordar aquellos incompletos abrazos con mujeres jóvenes, vírgenes y deseadas, era como el oleaje de un mar que venía á romper en su cerebro.

De pronto dió media vuelta y, dejando el camino de su casa, se dirigió hacia abajo, hacia las miserables callejas que terminan en la *banda* del mar. Con andar cauteloso y algo de emoción reprimida, pasó por delante de casucas cerradas, de donde no salía ni un rumor. Resolviase ya á golpear con el puño una de aquellas puertas, cuando divisó á poca distancia, casi á la mitad de la calle, una estrecha faja de luz tendida sobre el empedrado sucio y desigual. Siguió adelante y en el umbral de una puerta á medio abrir halló á una mujer vestida de negro, joven, delgada, cuyos grandes ojos sombríos le miraron al pasar con expresión extraña. Fué una rapidísima impresión de asombro, que no le permitió detenerse y continuó su camino, diciendo para sí:

—Es la viuda de Juan Suárez. Pues no sabía que se hubiera dedicado á *esto*.

Y vacilante y confuso, temeroso de equivocarse, inclinado á pensar mal por una ligeros que sonó detrás de sus espaldas, llegó hasta la esquina y allí se detuvo un momento, dando vueltas á la misma idea.

—¡La viuda de Juan Suárez! ¡Pues hasta hace poco tiempo era una mujer formal!

Aquel Suárez era un mampostero, un hombre honrado y trabajador, cuya mano había él estrechado muchas veces. Sin duda la miseria... ó tal vez...

¿Por qué no? Todo aquello podía ser efecto de una casualidad venturosa; una mujer levantada, por circunstancias imprevistas, á altas horas de la noche; un hombre apuesto y bien parecido que acierta á pasar. ¿Por qué no habría de ser aquello la rebelión, inevitable y lógica, de la pasión animal en aquel organismo de mujer, viuda y joven? Y, abandonando la esquina, volvió sobre sus pasos, subiendo la ligera pendiente de la calle. En el umbral de la puerta, la mujer vestida de negro le miraba llegar, con la misma expresión indefinible.

El diálogo fué brevísimo.

—¿Puedo entrar?— preguntó Joaquín con voz queda y á despecho suyo temblorosa.

—Pase usted adelante—contestó la mujer con una voz muy rara, como si dentro de ella hablase otra persona.

Entonces el hombre entró y la mujer echó por dentro la llave con nerviosa precipitación.

Viniendo de la claridad, de la atmósfera cálida y perfumada del baile, del salón lleno de flores y de sonrisas, la impresión de Joaquín fué muy extraña al entrar en aquel cuarto miserable, alumbrado por un cabo de vela, donde sólo se veían dos catres de *viento* y en un rincón obscuro un brasero de hierro y un confuso montón de cacharros.

Fué un momento de malestar agudo. Algo hubiera dado por encontrarse de nuevo en la calle. Juzgóse ridículo y cruel. ¿Qué venía él á hacer allí, en aquel quartucho siniestro, oliendo á miseria, con su gabán claro, su corbata blanca y su sombrero de copa?

Entre tanto la mujer aquella, acercándose

lentamente, le abrazó por la cintura, alzando hacia él su rostro, pálido y resuelto. Y él, sin darse cuenta de lo que hacía, la miró fijamente, con sonrisa forzada de estúpido. Entonces fué cuando percibió por primera vez un ruido extraño, que sonaba dentro del cuarto mismo, el silbido de una respiración precipitada y angustiosa.

—¿Quién está aquí?—preguntó en alta voz, satisfecho por haber encontrado una ocasión de romper aquel silencio ridículo.

Ella, siempre abrazada á su cintura, contestó como en sueños, con acento frío y maquinal:

—Nada, nada.

Pero él se desprendió del abrazo, y acercándose á uno de los catres, vió sobre una almohada sin funda la cateza de un niño de cuatro ó cinco años, con los ojos abiertos y sin expresión, la frente muy grande y muy abultada, como la de un hombre viejo y calvo, la nariz afilada y la boca entreabierta, mostrando los dientes de leche, blancos y pequeños.

La mujer le había seguido, y en el momento en que Joaquín se volvía para dirigirle una pregunta, como si repentinamente se desataran todos sus nervios, rompió á llorar, diciendo:

—Es mi niño, D. Joaquín. ¿Qué quiere usted? Está muy malo. Todo lo he vendido. Usted sabe que yo he sido una mujer formal. Usted conocía á Juan. ¡Si él viera esto! Esta noche yo no sabía qué hacer. ¡Necesita tantas medicinas y caldo y leche! La Virgen me perdonará. D. Joaquín, por Dios, no se vaya. El no ve ni oye, el pobrecito.

Entonces, ante la súplica jadeante y angustiosa de aquella mujer que de nuevo le abrazaba por la cintura, aquel hombre *como un castillo* sollozó ruidosamente, con súbita desesperación.

Como un loco, tiró violentamente del abrigo haciendo saltar los botones, y registrando con mano febril los bolsillos del chaleco, sacó todo el dinero que contenían, lo arrojó sobre la cama y se dirigió corriendo hacia la puerta.

Pero antes de que acertara á abrirla, mientras revolvía torpemente la llave en la cerradura, sintió unos brazos que estrechaban sus rodillas y una cosa húmeda y ardiente que se pegaba á su mano y una voz ronca y temblorosa que le decía:

—D. Joaquín, es usted más bueno que Dios.

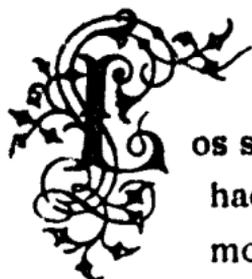




## HISTORIA DE UN POBRE DIABLO

---

### I



Los segadores, encorvado el cuerpo hacia la tierra, se detuvieron un momento con la hoz en la mano, atraída su atención por aquel silbido estridente. Sonaba á lo lejos, por la parte de Menjíbar, á intervalos, interrumpiendo el silencio de aquella llanura monótona, inmensa.

El sol no aparecía aún en el horizonte, pero ya las nubes por aquella parte reflejaban sus

colores. Allá donde tierra y cielo se confunden, una raya roja como brillante trazo de fuego cortaba el firmamento destacándose sobre un fondo nacarado; más arriba, una nube se incendiaba en sus bordes conservando su centro de nieve, y poco á poco, ascendiendo en la bóveda celeste, apagábanse los tonos rojos hasta confundirse con el azul espléndido y sin mancha, donde brillaba perdido en aquella inmensidad el lucero de la mañana.

Serían las cinco, y á pesar de que el calendario marcaba Agosto, se elevaba de aquella interminable llanura frio y húmedo vapor, que lentamente subía en el espacio, dejando ver á trechos y á trechos ocultando aquella mar de trigos dorados inclinándose al suelo bajo el peso de la semilla y apenas estremecidos por la brisa de la mañana con ese murmullo de la onda que se deshace rumorosa en playa de arena.

Aquí y allá algunos árboles destacaban su ramaje obscuro y retorcido que tomaba extrañas y colosales proporciones de monstruos

imposibles; más lejos, saliendo de la sierra y perdiéndose al Sur, los palos del telégrafo indicaban el cauce de la vía férrea, y allá en medio de los trigos se descubrían los tejados de algunas casuchas.

Los segadores emprendieron su interrumpida faena.

—Un tren—exclamó uno.

—Lejos viene—añadió otro.

Y los trigos siguieron cayendo mientras las muchachas los recogían en gavillas.

Entonces, perdida en aquella inmensidad, se oyó una voz que cantaba lejos del sitio y á ella se unieron las de las muchachas entonando una plañidera canción á compás de sus lentos esfuerzos, mientras la brisa continuaba murmurando entre los trigos y la aurora invadía el azul de los cielos.

Ahora se oía de nuevo el silbido de la locomotora; pero más próximo, más agudo, acompañado del golpe grave, profundo, pausado del émbolo. Rápidamente aumentaba, se oía crecer, ahogando los otros sonidos, invadiéndolo

todo. Y se sentía al monstruo de hierro avanzar por la llanura con su aliento poderoso.

Los segadores se detuvieron de nuevo, y enderezando el cuerpo doblado á tierra, las manos apoyadas en las caderas, permanecieron silenciosos contemplando el tren. Ya llegaba... Los golpes del émbolo, el estrépito de aquella masa enorme en movimiento, la sofocada respiración de la máquina, producían un estrépito ensordecedor... y seguía avanzando, creciendo, hasta que al fin pasó lanzando un agudo silbido.

Entonces los viajeros que iban asomados á las ventanillas pudieron ver el grupo que formaban los segadores, altos, robustos, fornidos, con las manos en las caderas, destacando vigorosamente sus siluetas oscuras sobre el disco del sol que en aquel momento aparecía en el horizonte.

Después aquel estrépito fué perdiéndose á lo lejos, y muy pronto sólo se oyó la voz del segador oculto tras los trigos, lenta, monótona, casi perdida en aquella inmensidad.

## II

En aquel tren y en un coche de los de tercera iba Paco Flores, palpitando de gozo e impaciencia, bajo los anchos pliegues de una capa raída en que se había envuelto huyendo de la humedad de la mañana.

Volvía á la tierra, á su tierra... y aquella palabra «patria!» que tantas veces vió en libros y escuchó en labios de poetas, vulgar por repetida, saliendo de la boca y llegando al oído sin pasar por el corazón, sin despertar un recuerdo, ni un latido, sin eco, sosa y vulgar ahora vibraba en su cabeza como idea persistente, buena, grande, eterna, origen de su existencia y fin por el que la diera sin una duda, sin un dolor.

No era España su patria... ¿Qué le importaba de España?... Aquello era muy grande para caber en su cabeza, era lo desconocido... era algo muy lejano que no podía abarcar en su

pensamiento, algo que no veían sus ojos, algo sagrado, oculto, misterioso que le infundía temor y respeto.

Su patria era mucho menos, casi nada... aquel lejano rincón de Atlántica donde nació y donde sus padres le esperaban... era la casa ruinososa por cuyos graneros vacíos corrió cuando niño... era aquel rincón del huerto inculto donde, cansado del juego y perseguido por el sol ardiente, se dormía mecido por el rumor de las abejas; era su alcoba con el ancho balcón agrietado por cuyos herrajes enmohecidos trepaba la hiedra... era su padre áspero y gruñón por los años y la miseria; era su madre, débil de estructura, pero siempre valiente en la lucha, con sus hermosos ojos azules en cuyo fondo se dibujaba la esperanza de algo mejor, de un porvenir de paz y contentamiento eterno, reflejo fiel de sus creencias.

Aquello era su patria... y allá volvía.

Y á la verdad, era digno de admiración el entusiasmo de aquel pobre diablo por el rincón miserable en que sólo lágrimas dejó, y muy

amargas; tan amargas como la onda que coronada de espuma rompía sobre los peñascos de aquella costa. ¿Por qué tanto afán? Allí le esperaba el recuerdo de la miseria, de aquella lucha constante, de todas horas, con el dinero, siempre esperado y nunca alcanzado... la voz del padre maldiciendo la suerte, el llanto de la madre vertido ocultamente en la soledad, y del cual, como huella, sólo quedaba en sus ojos el húmedo reflejo azul de la esperanza.

Un día... como siempre... el negocio salió mal.

El padre gritaba y bajo sus pies el suelo crujía, hasta que encontrando en su camino una mesa desvencijada la deshizo de un puñetazo. Aquel esfuerzo brutal, la contemplación de aquella rudeza, devolvió al viejo la razón, y avergonzado y en silencio abandonó la casa, dudando ya si culpar á su mala suerte ó á su mala cabeza. Ya nada se oía, y Paco subió las escaleras llamando á su madre en voz muy baja... Allí estaba el antiguo mueble deshecho en polvo; pero su madre no aparecía. Y ni un suspiro, ni una voz, todo en silencio.

La casa parecía muerta y abandonada.

Ahogando el ruido de sus pasos, lleno de temor por aquel repentino silencio, llegó á la alcoba, y entonces quedó petrificado en el umbral... Allí estaba Margarita sobre el lecho, rígida, contraída en violento esfuerzo, sujetando con ambas manos crispadas el almohadón con que apretaba su cabeza contra los jergones... y de allí, traspasando la valla, brotaban sollozos que sacudían el miserable cuerpo en convulsión histérica... Era el dolor ahogado, era el sufrimiento desconocido para todos, era la lágrima que nadie vió ni sospechó jamás, era el sollozo comprimido bajo aquella almohada por la abnegación infinita de la madre y de la esposa.

Y ante aquel dolor que retorcia aquel cuerpo querido y que sólo brotaba á la superficie en aquellas palabras que instintivamente y á sí misma se dirigía la pobre mujer «¡cállate, cállate, que te oyen!» el muchacho lanzó un grito clamando «¡madre!» tan extraño, tan desgarrador, que él mismo, desconociendo sus

propios ácentos, miró aterrorizado á todas partes, sin comprender de dónde venía aquel grito de muerte.

Y ella arrojó la almohada y apareció á su vista sin una lágrima, sin una convulsión que revelase la tempestad horrible del dolor. Sólo sus dientes comprimían el labio, y un hilo de sangre corría por su cuello blanco y delgado hasta perderse bajo el pañuelo que cruzaba su pecho.

Y allí estaban frente á frente madre é hijo, mirándose en silencio, sin atreverse á hablar, temiendo que al abrir la boca saliesen en ondas hirvientes los sollozos, hasta que él vaciló, pálido y sin aliento, y hubiera caído á no sostenerle ella con aquella fuerza que inverosímil parecía en cuerpo tan raquítico.

Y ahora él lloraba, y ella dulcemente le hablaba consolándole y convenciéndole de que había sido... *un dolor*; que por eso se comprimía la cabeza bajo la almohada... y mentía, mentía, ¡mentía!... porque más tarde él llegó á la alcoba y levantó la blanca almohada, y allí

estaban aún la humedad del llanto, la huella de los apretados dientes y una mancha de sangre.

Aquello fué para Paco una revelación.

Desde este momento el niño convirtióse en hombre, y vió de pronto la miseria y el sufrimiento donde antes nunca la sospechó. Y en aquella cabeza que guardaba la herencia de la actividad paterna junto á la resignación obstinada de la madre, surgió la idea fija, tenaz, de reconstruir aquel edificio arruinado de felicidad, de secar las lágrimas de la madre y llenar con doblones el bolsillo del viejo.

Entonces fué cuando determinó estudiar la Medicina.

Cádiz y Sevilla estaban más próximos. Y sin embargo, optó por Barcelona, confiando en la recomendación de un su amigo que le prometía una plaza de profesor en un acreditado colegio de la ciudad de los condes.

Y allá fué con una carta y veinte pesetas en el bolsillo. Es verdad que llevaba el rico tesoro de su fe y el recuerdo de aquella luz azulada

que en los ojos de su madre parecía prometer un porvenir no lejano de felicidad. Con menos otros lograron la fortuna.

Pero ésta parecía volverle las espaldas. Aquel puesto tan codiciado de profesor se convirtió en humo; el cuadro estaba completo y casi por limosna se le confió la tarea de conducir los chicos á sus casas. Y lo aceptó sin otra retribución que la comida, satisfecho por la idea de que no era carga pesada para el viejo, y soñando con aquel porvenir que le prometieron los ojos azules de su madre.

Se engañaba; sus ilusiones duraron lo que sus zapatos. Al cabo de dos meses unas y otros desaparecieron, y el director no pudo consentir que su colegio estuviese representado por un arrapiezo sin zapatos. La gorra galoneada no podía lucir sobre aquel pedestal sucio y derrotado. Y lo plantó en la calle.

Entonces comenzaron los apuros, porque empezó el hambre, ¡hambre horrible! ¡hambre de estómago alojado en un cuerpo de diez y ocho años! Y el pobre diablo luchaba, y en su

fe ciega, viendo continuamente los ojos de su madre que le prometían esperanza, creyó posible vivir sin comer, ya que por imposible tuvo conseguir la comida. Y tal era su fe que, pasadas veinticuatro horas, pensó con candorosa inocencia:

—Pues yo creía que era el hambre mayor sufrimiento. Bien se puede resistir.

Resistió tres días, y al cabo de ellos, junto á la puerta del hospital, pasó ante sus ojos una negra nube, vió las casas bambolearse y caer y volver á levantarse, y muchas personas que le miraban con grandes ojos abiertos, ojos que crecían, crecían tomando proporciones inverosímiles... y de pronto sintió un golpe en la cabeza al mismo tiempo que brillaba ante sus ojos un volcán de chispas encendidas como explosión de un fuego de artificio. Después sólo vió los de su madre, más que nunca azules, y sintió un continuado ruido como de agua que rompe entre guijas. Fué á hablar y no pudo y entonces pensó:

—Es que me muero.

De allí le recogieron al caer, y en el hospital estuvo quince días entre la vida y la muerte, puesto á dieta rigurosa por un distinguido médico que creyó haber encontrado un caso curioso, ¡curiosísimo! de *alcoholismo crónico*.

Al fin salió curado y fué un gran triunfo para el médico, del que se ocuparon periódicos y Academias; pero al salir llevaba un tesoro: ¡había aprendido á afeitarse! Era un medio como otro cualquiera para ganarse la comida. Los ojos de su madre brillaban más que nunca prometiéndole un cielo de felicidad.

¿Para qué contar las miserias que pasó? Ni él mismo las recordaba ya... Seis años luchando á brazo partido con la suerte para conseguir el *pan nuestro de cada día*, que muchas veces ni era suyo, ni era de cada día. Seis años, durante los cuales ni una queja se escapó de sus labios ni apareció en las largas cartas que á sus padres dirigía. Éstos le creyeron en buena posición, harto y gordo y en camino de ser rico; él sonreía, y también lo pensaba; pues nunca, ni en las largas noches de frío y

hambre, ni en lo más recóndito de su conciencia, creyó haber realizado el menor sacrificio: aquello era poco... podía resistirse...

¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

Al fin llegó el día del triunfo... Era médico. La jornada no había sido muy gloriosa; todos le daban el calificativo de aplicado; pero nunca lució lo que otros estudiando menos... Mas al fin, su objeto estaba conseguido... ¡Era médico! Podía pensar en enjugar las lágrimas de la madre y llenar con doblones los bolsillos del viejo.

Aquella noche, cuando se durmió, los ojos de su madre eran dos estrellas: «¡Esperanza, esperanza!» decían.

### III

Corría el tren entre olivares, costeano el margen del Guadalquivir.

El sol había deshecho la bruma y sus rayos penetraban oblicuamente por los ventanillos,

corriendo caprichosos del techo al suelo, según los cambios de dirección del tren.

¡Aprisa! ¡Más aprisa!

Paco reía, reía silenciosamente, desdeñando la conversación de sus compañeros de viaje. Era quizás la primera vez en su vida que tenía motivo para reír. Se aproximaba á su casa...

Sus padres no le esperaban. Había querido darles una sorpresa y de antemano gozaba fingiéndose la escena. No era conveniente entrar de pronto... no... la alegría es causa de conmociones violentas. Iría derechamente á la casa de un tío suyo, y éste sería el portador de la buena nueva... Y ya le contemplaba llegando á la tapia del jardín, mientras él, oculto tras el seto vivo del camino, esperaba el momento de presentarse... y contaba los segundos pensando: «¿Será ya tiempo? ¡Cuánto tarda...!» y al fin, en lo alto de la escalera aparecía la madre, como él la dejó (nunca pudo imaginarla de otro modo), blanca, rubia, delgada, y él, abandonando su escondite, co-

rría hasta que en mitad del camino se estrechaban madre é hijo. Y Paco continuaba riendo en voz baja.

¡Aprisa! ¡Más aprisa!

Ahora llegaba el padre, serio, ocultando el júbilo bajo aquella máscara de aspereza, pensando la palabra indiferente que al hijo había de dirigir para no echar por el suelo su dignidad de jefe de familia frío y superior como tal á las debilidades del cariño. Y llegaba, y al querer darle su bendición, caía en sus brazos llorando como un chico.

Y Paco continuaba riendo, mientras alguna lágrima humedecía sus ojos y sus labios murmuraban ¡padre querido! Estas palabras eran algo así como la expresión de un remordimiento; el pobre muchacho se echaba en cara el preferir, allá en lo íntimo de su corazón, el cariño de la madre al del viejo. Y esto, que tal vez ilusión era, constituía, á su juicio, un feo pecado del que continuamente se acusaba.

Ya entraba en la casa. Margarita le reservaba una sorpresa: su cuarto estaba preparado,

¡el cuarto del doctor! Allí está la mesa de su padre, mueble para todos sagrado, el lecho con blancas cortinas y enfrente el balcón con sus cristales nuevos, transparentes, dejando entrar el sol, aquel mismo sol que ahora le acaricia el rostro cubierto de polvo y de carbón.

¡Aprisa! ¡Más aprisa!

.....

—¡Dios mío, que viene!

—¡Que chocamos!

—¿Qué dice?

—¡Otro tren por nuestra vía!

—¡Virgen de los Dolores!

Y después gritos, muchos gritos incomprensibles.

Estas voces despertaron á Paco de sus sueños de felicidad.

Sus compañeros corrían á los ventanillos, con el rostro desfigurado por el terror... No eran hombres, eran monstruos como sólo los representa la fantasía de un sueño imposible. Á Paco le pareció que soñando continuaba y que del cielo había caído al infierno.

—¿Qué hay?—exclamó levantándose.

Nadie le contestó.

La locomotora silbaba y en los momentos de silencio se oía, cerca unos, lejos otros, gritos de desesperada angustia y otro silbido ronco, el de la locomotora que se acercaba.

Un hombre había abierto la portezuela con la intención de lanzarse al camino... dudó un momento... y otro corriendo loco se precipitó á la vía...

Allí quedó como una masa inerte con la boca en el suelo.

Y entonces los demás quedaron atónitos, sin atreverse á imitarle, pálidos, sudorosos, las pupilas enormemente dilatadas, contemplándose estúpidos en silencio. Un hombre, un gigante levantó al cielo los brazos con energía salvaje y gritó:

—¡Me c... en todo!

Un niño lloraba.

Y de pronto la obscuridad; el tren había penetrado en el túnel de Andújar. Ahora se oía claro el silbido de la otra locomotora... y de

repente tuvo lugar en las tinieblas un choque espantoso, un estrépito imposible de describir, como si el suelo se hundiese, como si los montes se desgajasen.

¡El grito del dolor humano desapareció bajo el rugido de los dos monstruos que en la oscuridad se destrozaban!

Y aun en aquel momento supremo Paco veía ante sus ojos los ojos de su madre que le gritaban «¡Esperanza! ¡Esperanza!»... y cuando su cabeza saltó hecha pedazos contra los maderos rotos del coche, su labio sonreía, esperando, esperando siempre.

Después, el estrépito pasó y se oyeron las quejas de los heridos.

#### IV

Todos los periódicos clamaron contra la terrible catástrofe culpando á la empresa de descuido; ésta ocultó la mitad de las víctimas, de acuerdo con el Gobierno, y el nombre de Paco Flores no apareció.

¿Para qué? ¿Quién le conocía?

Por eso sus padres le esperaron... pero ya no llegaban cartas. Inútil preguntar. ¿Á quién? Él no tuvo amigos.

Y cuando la madre comprendió que el hijo no volvía se murió resignada, y aun en el momento de la muerte, aquella luz de sus ojos brilló como nunca, pareciendo gritar con los acentos de la madre que recobra el hijo perdido: «¡Esperanza!»...

Después se cerraron sus ojos, y nadie pudo saber si al fin había alcanzado la felicidad.





## EL CALVARIO

---



UANDO á las cuatro de la tarde tío Pedro *el de los barrancos* se presentó en la sacristía de la parroquia de San Juan Bautista, los demás *palanquines* que allí se encontraban reunidos para cargar los tronos de la procesión, protestaron con gruñidos y palabras violentas y confusas. Ninguno quería por compañero á aquel vejestorio enfermo *que ya no podía con las tablas*.

—Señor Mariano—dijo dirigiéndose al sacristán con voz de bajo profundo uno de ellos,

flaco, serio, amarillo, vestido con pantalones de hilo remendado y chaquet verdoso,—esto no lo manda Dios. El que le toque cargar con *cho* Pedro tiene que cargar con lo suyo y con lo ajeno.

—Caballeros—decía el viejo con mucha energía, temblándole los labios,—esas son ganas de perjudicar á un *probe*.

El sacristán les impuso silencio, diciendo, sin ulterior recurso, que tío Pedro ayudaría á cargar el trono de la Verónica, que era de los menos pesados. Y los *palanquines* callaron, arrimados de espaldas á la pared blanqueada, en la cual apoyaban ya uno, ya otro de sus zapatos claveteados, con el ceño fruncido y el *virginio* apagado detrás de la oreja. Por la puerta de la sacristía entraban los rumores del templo, pasos precipitados, ruido estridente de sillas arrastradas por el suelo, órdenes, llamamientos, observaciones hechas casi en voz alta.

Á causa de una mala inteligencia, la banda de música no llegó hasta las cinco, á tiempo que empezaba á impacientarse la comisión del

Ayuntamiento designada para concurrir á la ceremonia.

Precipitadamente dió el cura la orden de salida. Dirigidos por el sacristán, los *palanquines* penetraron encorvados debajo de los tronos, apartando las faldas de damasco rojo que olían á incienso trasnochado. La procesión salió lentamente de la iglesia.

Los que cargaban el trono de la Verónica eran cuatro, todos viejos. El del chaquet y otro de piernas torcidas y alpargatas sucias iban delante. Detrás venían tío Pedro y un palanquín bajito, bilioso, con unas orejas muy grandes erizadas de pelos grises, á quien los chiquillos conocían y saludaban por las calles con el mote de *Crujido*.

Debajo del trono, en aquel espacio cuadrado de madera y tela, flotaba una semiobscuridad rojiza, cortada junto al suelo por una estrecha faja de luz amarillosa, que disminuía ó se alargaba, cambiando caprichosamente de figura, según el aleteo de las faldas ó las desigualdades del piso.

Susurraba en derredor la muchedumbre; oíase el ritmo sordo y continuo de los pasos y el sonido cristalino y metálico de los incensarios, que subían y bajaban, despidiendo columnas de humo perfumado que se desvanecía lánguidamente en la atmósfera brillante de la tarde.

Al salir de la plaza, comenzó el redoble del tambor y acompañada por aquel ruido áspero, monótono, pertinaz, la procesión desenvolvíase pausadamente por las calles, iluminadas por la claridad oblicua, anaranjada y tibia del sol poniente.

Durante la primera hora, tío Pedro no sufrió mucho. Cargaba con brío, hincando en la madera dura sus hombros angulosos, contemplando fijamente las piedras del suelo, tan parecidas las unas á las otras que á veces se le figuraba que desde el principio pateaban en el mismo lugar, sin adelantar un solo paso.

De pronto, el redoble del tambor terminó con unos cuantos golpes secos, separados, y muy cerca de los cuatro viejos se alzaron, des-

mayadós y plañideros, los acordes de una marcha fúnebre. Era la misma de todos los años, y sin embargo, á tío Pedro se le antojó que nunca la había oído. Casi repentinamente se le llenó el alma de negrura intensa: el sudor comenzó á mancharle la frente y á descender en gotas frías por su pecho negruzco, en cuyo centro cóncavo se erizaba un montón de pelos blancos y ensortijados, semejantes al musgo de un tronco viejo y carcomido.

La procesión subía entonces la cuesta de las Ánimas, uno de los callejones más empinados de Atlántica. Á la mitad de la pendiente empezó tío Pedro á tropezar. Su respiración, cada vez más anhelosa, degeneraba poco á poco en estertor de angustia. Caminaba inconscientemente, como una bestia extenuada y moribunda, y los esfuerzos de sus músculos agarrotados se sucedían unos á otros, implacables como las olas negras de un mar de sufrimientos. Durante la subida, la marcha fúnebre sonaba, ronca y profunda, en el estrecho recinto del callejón anguloso y sombrío. Gemían

los clarinetes, el metal exhalaba sollozos convulsivos, y los golpes profundos del bombo eran como los latidos de un corazón hinchado y enorme, cansado de sufrir.

En lo alto de la cuesta hubo un rato de descanso para esperar á que el trono del Señor con la cruz acuestas, que iba retrasado, se colocara á distancia conveniente. Dejó de tocar la banda, y tío Pedro, doblando sobre el pecho la cabeza, se sentó en el suelo. El acompañamiento se detuvo y durante algunos minutos percibióse sólo el confuso rebullir de la muchedumbre.



Quando la procesión dobló la esquina de la plaza de San Ildefonso eran las siete de la tarde. El sol había desaparecido detrás de las montañas que por el lado del poniente limitan la ciudad y el cielo se había quedado blanco, como un lienzo rígido y triste, con transparencias rosadas de nácar en el fondo del horizonte.

La procesión, que subía lentamente por uno de los lados de la plaza, presentaba aspecto de fiesta familiar, afable, tranquila, con su doble hilera de acompañantes, los hombres vestidos de negro, sombrero en mano, las mujeres con sus mantillas blancas á la cabeza, semejantes á las tocas de una comunidad de religiosas, y aquí y allí la nota enérgica de unos pantalones rojos de militar.

Detrás de la manga parroquial y de los cirios iba un pendón altísimo, con asta de metal blanco, que blandía con esfuerzo vacilante un niño rubicundo. Seguía después la serie majestuosa y oscilante de los tronos; detrás la banda de música y cerrando la comitiva el confuso hormiguero de la gente.

Al llegar la procesión á la mitad de la plaza tío Pedro cayó de rodillas. En su miserable ser, destrozado por la enfermedad y el cansancio, la voluntad había perdido ya todo su imperio. Sus ojos abiertos y delirantes no veían más que tinieblas.

Hizo esfuerzos sobrehumanos para levan-

tarse, dió dos ó tres pasos vacilantes, y al fin se desplomó lívido sobre las piedras de la calle.

La comisión del Ayuntamiento, cuatro señores vestidos de frac, calvos, correctos, en cuyos vientres rollizos brillaba el oro de las leontinas, vió de improviso á sus pies aquel cuerpo largo y anguloso, vestido con pantalones de hilo remendados y una camisa de lienzo grosero y amarilloso, que dejaba casi al descubierto el pecho deprimido y negruzco y los brazos escuálidos, rematados por dos manos anchas y deformes, con las palmas vueltas hacia el cielo.

Alrededor del cuerpo, la muchedumbre, sobrecogida por el vuelo helado y silencioso de la muerte, formaba círculo apretado y rumoroso.

Y por encima de las cabezas negras y oscilantes, dominándolo todo, como suspendido en el espacio lívido, se alzaba un hombre vestido con túnica de terciopelo negro, con un madero acuestas. En su faz morena, surcada

por tenues hilos de sangre coagulada, circuída por una barba corta y rizada, se dilataban sus ojos negros, aterciopelados, dirigidos hacia arriba, con expresión de angustia aterradora.

La agonía fué rapidísima. El viejo, transfigurado ya por la eterna sombra, palpitó ligeramente sobre las piedras de la calle, al pie del trono del Señor con la cruz acuestas, que miraba fijamente hacia los cielos, de donde caía lenta, continua, abrumadora, la tristeza infinita del crepúsculo.





## ¡POBRE MUCHACHO!

---



**EN el catre de hierro, sobre el colchón de lana caldeado por quince días de fiebre continua, yacía el estudiante. Una lamparilla de aceite colocada sobre una mesita alumbraba la faz rubia y juvenil del amigo á quien había tocado quedarse en vela aquella noche y que, vencido después de larga resistencia, dormía inmóvil como un muerto, recostado sobre dos sillas, con la cabeza apoyada en la pared. Rodaban los coches á lo lejos; sonaban abajo, en la calle, como en el**

fondo de una caverna, los pasos de los transeuntes, y hasta la altura de aquel cuarto piso subía rumor de risas, exclamaciones, frases enteras pronunciadas en una lengua ruda y extraña.

El enfermo no dormía. Con los ojos dilatados en la cara morena, enflaquecida, sudorosa, salpicada á trechos por una barba de adolescente, pobre é irregular, su espíritu viajaba, viajaba sin descanso, tendiendo con desesperado esfuerzo hacia la tierra atlántica. Partía de la estación del Sur, adonde llegara hacia dos meses, una mañana de Octubre, lluviosa y triste. Desvaneciase á lo lejos, como un sueño, la gran ciudad de la industria, confuso montón de edificios regulares, esmaltados de luces de gas, erizados de altas chimeneas, y rápido como una sombra, volaba por encima de la inmensa lobreguez de la Península, dirigiéndose hacia el extremo del mapa, hacia la risueña ciudad andaluza en que pliegan sus alas, fatigados del viaje, los buques que vienen de abajo, de las playas africanas doradas

por el sol. Cerníase un momento sobre la ciudad dormida, y de improviso se lanzaba como una saeta hacia el Sur, sintiendo debajo, en el obscuro abismo, la inmensa palpitación del Atlántico. Á lo lejos, en el fondo tenebroso del horizonte, empezaba á titilar un punto luminoso, que luego iba creciendo, creciendo, como una pupila que se dilataba poco á poco para mirarle cariñosamente en las tinieblas. Aquello era su país: el aire tibio, cargado de emanaciones conocidas, la perenne juventud de las cosas, el inquieto balanceo de las palmeras en el ambiente de la noche, sereno é inmóvil, la eterna queja de las olas en la playa de arena. Y vagando lentamente por encima de las calles, silenciosas y desiertas, acercábase á su casa, bajaba hasta el fondo del patio y, desliziéndose por entre los húmedos troncos de las plataneras, se asomaba á la ventana de aquel cuarto en que todas las noches se reunían los suyos bajo el rayo cariñoso y familiar de la lámpara de petróleo. Allí estaban todos: la faz grave y pensativa del padre, las doradas ca-

bezas de las hermanas, que deliraban por el único varón, la figura espiritual y la mirada profunda de la madre, héroe de un ignorado poema de sacrificio, con sus pobres espaldas encorvadas por el duro peso de la vida.



Al día siguiente, los amigos y paisanos del pobre muchacho, llorando como niños que eran, le dieron uno á uno, sobre la frente livida, el beso del supremo adiós. Y después se lo llevaron en un coche negro y horrible, á través de la muchedumbre indiferente y bulliciosa, por delante de casas altísimas en que no vivía nadie que le conociese y le amase.

Abajo, en la tierra atlántica, las estaciones se sucedían las unas á las otras, á través de la perenne é inconsciente sonrisa de las flores y de los cielos.

Todas las noches se reunía la familia, en el cuarto bajo con ventana al patio, bajo el rayo cariñoso y familiar de la lámpara de petróleo.

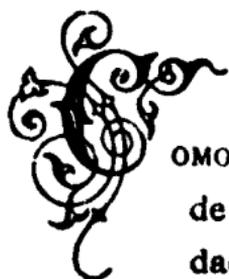
Y durante años y años, mientras duró la fiebre aguda del dolor y hasta que reapareció el color claro en los vestidos y la sonrisa en los semblantes, el pobre muchacho continuó asomándose á la ventana, con las alas de su espíritu desplegadas y palpitantes sobre los cristales, como un pájaro errante y sin aliento, mojado por la lluvia.





## LA VENTA DE PERICO

---



OMO ya no quedaba ni un céntimo de la onza que Felipe había mandado hacía tres meses de Montevideo, y como en las tiendas de la vecindad se resistían á fiarle, Juana la lavandera llamó á su madre y le dijo:

—Madre, hay que vender á Perico.

La vieja, sin contestar, salió al patiecillo, separado de la vereda por un muro bajo de piedra seca, y empezó á perseguir al gallo, que corría de aquí para allí, sacudiendo las alas, cacareando como un insensato.

Felipillo y Antonio (el mayor no pasaba de seis años) presenciaban la cacería con gesto de consternación. Cuando la abuela, al fin, hubo agazapado bajo sus faldas al animal, que se había detenido en un rincón, con las alas arqueadas y temblorosas, los dos chiquillos se miraron tristemente. ¿Iria la vieja á retorcerle el pescuezo?

Siguiéronla dentro de la cueva, con el corazón palpitante, y oyeron que su madre, desde la cama, que guardaba hacía muchos meses, le decía:

—Madre, usted regateo. Madre, que no lo vaya á dar por una miseria.

Y la vieja salió, con el gallo oculto debajo del sobretodo, para evitar los comentarios de la vecindad.

Bajó los empinados callejones del *risco*, pisando con sus pies negros y descalzos las piedras grises y redondas, que aun conservaban el fuego del sol del mediodía.

Por encima de las azoteas blancas, de las torres color de pizarra, matizadas por la lum-

bre anaranjada del sol poniente, la enorme bóveda azul pálida se ahondaba, con inmensa serenidad apenas turbada por el desmayado flamear de las banderas y el vuelo circular de las palomas. Oíase á intervalos el ladrido distante de los perros y el rodar profundo de los carros. En el fondo del horizonte, el mar de sierto se extendía como una placa de metal bruñido, cruzado en todas direcciones por líneas azules y verdosas, como las venas de una piel suave y transparente.

Cuando llegó abajo, á las calles de la población en que habitan las personas acomodadas, sobrecogióle repentina vergüenza y se detuvo indecisa, contemplando á Perico, como si por primera vez lo viese. Ella no estaba acostumbrada á vender por las puertas, y además, ¿quién le compraría aquel gallo infeliz, tan viejo y tan flaco? Sin embargo, pensando en la situación de los que la aguardaban allá arriba, en la cueva donde ya no quedaba ni un puñado de *gofio*, armóse de valor y entró en el patio de una casa, lleno de macetas y de

jaulas de pájaros, cuyo canto era como un amasijo confuso de sonidos.

Repitió varias veces, sin obtener contestación:

—Señorita, ¿quiere comprar un gallo?

Al cabo, una voz lejana, que partía de una habitación interior, contestó con acento agudísimo: ¡Que no! Y salió la vieja, encorvada la espalda, deteniéndose a cada paso en el zaguán, con el oído alerta, por si la señora, arrepintiéndose, la volvía a llamar.

Dos puertas más abajo, en una casa vieja y oscura, repitió su pregunta, y la señora, muy gruesa, vestida con una bata de zaraza arrugada y sucia, se rió de veras en el corredor, con fuertes temblores de su vientre enorme, al ver a Perico, flaco, negro, con la cresta macilenta y descolorida colgante sobre el pico, imagen verdadera del gallo aburrido de la existencia, que piensa en el suicidio.

Así recorrió varias casas, penetrando poco a poco en el centro de la población. En ninguna quisieron comprar a *Perico*.

Acercábase lentamente la noche. En la calle de San Ildefonso un hombre muy sucio, subido en una escalera de mano, limpiaba los cristales de un farol antes de encenderlo. En el borde de la acera comenzaban á humear los braseros, dispuestos para calentar la comida de la noche. En una zapatería un quinqué de petróleo, sin pantalla, con el tubo ahumado, alumbraba las caras amarillas de tres hombres que martilleaban sin parar. En una casa magnífica, de tres pisos, casi un palacio, un criado, sentado en el zaguán en un banco de madera, no le permitió la entrada. Aquéllas no eran horas de vender *por la puerta*, y además la señora estaba en el rosario. Un poco más lejos se detuvo junto á la verja de otra casa y no se atrevió á llamar, intimidada por el frío recogimiento del anchuroso patio, embaldosado de mármol, y por la majestad de las galerías.

En una plaza empedrada, en cuyo centro susurraba, cayendo desde muy alto, el agua rumorosa y transparente, hizo la última ten-

tativa, dirigiéndose á un hombre obeso, sin corbata y con gafas azules que le daban aspecto sonriente y plácido.

El hombre miró el gallo y dijo con sonrisa discreta, impregnada de cierto sabor eclesiástico:

—Madre abuela, pierde el tiempo. *Eso* nadie lo ha de comprar.

Entonces, perdida toda esperanza, decidióse á regresar al *risco*. Caminaba lentamente, llevando al animal asido por las patas, barriendo el suelo con la cresta. Las sombras de la noche de verano, suave y amorosa, envolvían como ceriza ímpalpable todos los objetos.

Cuando empezaba á subir la cuesta interminable sonaron á su izquierda, graves y melancólicas en la serenidad del crepúsculo, las campanas de la catedral tocando á oraciones. Rendíala el cansancio: cada paso que daba le sonaba hondamente en el pecho asmático. Cuando llegó arriba, á la vereda estrecha y polvorosa, el corazón le latía furiosamente, respiraba jadeando, y un sudor frío le corría á lo largo del espinazo.

Desde hacía rato los chiquillos, sentados en el muro de piedra seca, habían anunciado su llegada. Así es que, tan pronto se detuvo á la entrada de la cueva, Juana, incorporándose con trabajo, le preguntó:

—¿Cuánto le dieron, madre?

La vieja, antes de contestar, dejó en el suelo á *Perico*, que, entumecido por aquellas largas horas de inacción y de incómoda postura, se sacudió con energía, erizando las plumas del pescuezo, y luego dijo en voz baja, rascándose la cabeza junto al moño blanco amarilloso:

—Pues, hija, nadie ha querido *mercarlo*.

Y mientras los chiquillos, agachados en el suelo junto al gallo, le pasaban la mano por el dorso, alegres por el regreso del antiguo compañero, al que juzgaban ya perdido, las dos mujeres sollozaron quedamente en las tinieblas.



## VUELTA AL HOGAR

---

**D**URANTE el trayecto de seis kilómetros que separa el puerto de la población, surgieron fatalmente en la memoria de Ventura los recuerdos del tiempo pasado.

Veíase en unión de otros muchos, prensado en incómoda tartana, recorriendo en sentido inverso aquel mismo camino, en demanda del *Humberto I*, que humeaba á lo lejos, en la serena atmósfera de la tarde. Creía aún sentir en sus labios el calor de los besos de su mu-

jer, que había venido hasta el Parque á despedirle, llevando bajo el sobretodo á la chiquilla, Micaela, que acababa de cumplir los seis meses. Luego el viaje, la promiscuidad y la podredumbre de la cámara de tercera, la llegada á la ciudad americana, la dura lucha por la existencia, las esperanzas perdidas una á una, toda la energía y la constancia del *hombre de vergüenza* que no quiere confesarse vencido, aquella pertinacia admirable en el trabajo y en el sufrimiento durante doce años, y al cabo la derrota, el desaliento súbito ante la *mala sombra* persistente, un deseo irresistible de volver á ver los suyos, la convicción inmotivada de que *allá* no le iría mal, de que las cosas habían variado en Atlántica, de que él nunca se moriría de hambre en su país con su oficio de zapatero.

Y mientras sus pies, calzados con alpargatas, pisaban la polvorosa carretera que, á su parecer, bajaba y subía como la cubierta del *Génova*, su espíritu, adelantándose á la pesada marcha, estaba ya en la calle de la Cruz,

Junto á su mujer y á su hija, aquella hija de doce años, de la que sólo recordaba un vago perfil de muñeca. Hacía ocho años que no le escribían y que él también *se dejaba ir*, en expectativa de una buena noticia que anunciarles.

La noche estaba oscurísima; soplabla fresca la brisa, en la que el viajero creía reconocer los olores de su tierra, la sutil emanación de las cosas ya olvidadas, el algo misterioso é indefinible que oprime suavemente el corazón de los que vuelven al hogar.

De vez en cuando tenía que arrimarse á la derecha del camino para no ser atropellado por los coches atestados de italianos, que pasaban entonando en coro canciones cuya letra y música reconocía por haberlas oído á bordo.

Cuando penetró en la población y sus cansados pies pisaron la acera, llovieron en su memoria los recuerdos. No había allí novedades como en el Puerto; estaba todo como lo dejó. En tal casa *terrera*, delante de la cual

ardía y humeaba un brasero, había vivido un cuñado suyo. Más allá, reconoció una tienda donde varias veces entró con amigos á beber una copa. Y antes de llegar al Parque, se detuvo casi maquinalmente á la entrada de una calleja con piso de arena, en la que vivía, veinte años atrás, su primera novia, Basilisa. ¡Cuántas veces se había apoyado en aquella misma esquina, los domingos por la tarde, con su ropa de hilo recién aplanchada, la *cachorra* sobre la oreja y los bolsillos llenos de turrones!

No pudo resistir al deseo de atravesar el Parque, en cuyos bancos algunas señoras de nube á la cabeza le miraron con inquietud. Era que vestía blusa y gorra, traje desusado en el país. Quizás le tomaron por un malhechor.

Ya en la calle de Isabel la Católica, aceleró el paso, dejando siempre la acera á los grupos de paseantes que con indolente paso se dirigían á San Telmo. Lo que más le impresionaba era el acento, aquel castellano de sílabas

arrastradas, aquellas entonaciones interrogativas y plañideras que le producían el efecto de hallarse ya en su casa, rodeado de personas y cosas familiares y conocidas.

Al llegar á la esquina de la calle de la Cruz, donde existe una de madera que se adorna con flores el 3 de Mayo, y al pensar que *aquella noche dormiría en su casa*, retardó sin embargo el paso, y con el corazón saltándole en el pecho, se fué acercando, pegado á la pared, conteniendo el aliento. Y cuando llegó á la puerta, fué como *una cosa del otro mundo*, como una impresión fuera de lo real, el tropezar casi con un hombre, con un viejo sentado en el dintel, fumando en una *cachimba* de madera con cadenilla de metal. Era su suegro, el maestro Enrique, cuya presencia le sorprendió cual la de un extraño; tan lejos estaba de pensar en él.

Cuando el viejo alzó los ojos y le reconoció, por poco deja caer en tierra la *cachimba*. Aturdo y tembloroso, se dejó abrazar por su yerno, sin contestar á las mil preguntas que éste

le hacía. Al fin se repuso un poco, y cuando notó que el *indiano* trataba de entrar en la casa, determinado á decírsele todo, temblándole los labios bajo el bigote amarillo, molesto en el fondo por aquel incidente extraordinario que venía á interrumpir su vida tranquila de viejo egoísta, le detuvo diciéndole:

—Venturita, espere. De todas maneras lo ha de saber; más vale que lo sepa desde ahora.

Y, vacilando ante la ansiosa expectación del otro, continuó:

—Pues Micaela, como usted no escribía y hasta se dijo que era difunto... pues un caballero, D. Jacinto el del almacén...

Tragó saliva y prosiguió:

...se arregló con ella, y con esto se lo digo todo. Le puso una tienda y con él ha tenido dos chiquillos.

Silencio. Los dos hombres se miraban cara á cara, temblando.

—Mire —seguía el viejo,—mañana hablaremos. Quédese esta noche en la fonda. ¿Qué le vamos á hacer?

En el silencio que volvió á reinar oyóse lejos, muy lejos, el llanto de un chiquillo. Entonces habló Ventura con una voz muy ronca, que le rompía la garganta:

—¿Y mi niña? Déme mi niña, maestro Enrique.

—¿Quién? ¿Micaelilla? ¿Pues no sabe que se murió hace tres años, de un tabardillo?

Entonces el padre alzó los brazos, hundió la cabeza en el pecho y de improviso, sin decir una palabra más, echó á andar de prisa, de prisa.

Corrió el otro detrás y le abrazó por la espalda. ¿Iría Ventura á causar un escándalo? Repitióle muchas veces:

—Venturita, por Dios, ¿qué va usted á hacer?

El otro, sin contestar, seguía andando. Llegaron juntos á la esquina, y allí se separaron sin esfuerzo. El viejo le siguió un rato con la vista, y después regresó lentamente hacia la casa, muda y sombría como las demás de la calle, casi tranquilo ya y diciéndose en voz baja:

—¿Y yo qué le voy á hacer?

Sin saber cómo, Ventura hallóse de nuevo en la calle de Isabel la Católica. Eran ya más de las diez y no pasaba un alma. La noche continuaba obscurísima, soplabá fresca la brisa, llevando en su seno los olores de la tierra, el algo misterioso é indefinible que oprime suavemente el corazón de los que vuelven al hogar.

Encorvado y débil como si tuviese ochenta años, deteniéndose á intervalos para mirar fijamente al suelo, atravesó de nuevo el Parque, completamente desierto, y llegó al muelle de la ciudad.

Á la derecha, en el fondo, se agitaba confusamente un ser monstruoso, subiendo y bajando en las tinieblas con enorme y fatigosa respiración. Como si obedeciera á una insistente llamada, Ventura aceleró el paso, corrió luego como una sombra. El estruendo de las olas, cada vez más próximo, era como un clamor de agonía, y cuando llegó á la punta, sin detenerse, como si aquello fuese continua-

ción de su carrera, se arrojó con los ojos cerrados.

Al caer en el seno de la inmensidad resonante y pavorosa, un solo pensamiento persistía en la angustia abominable de su espíritu, el pensamiento de que aquella noche dormiría en su casa.





## ADIÓS A LA TIERRA CANARIA

**E**N la soledad infinita del mar, á considerable distancia de la costa, se alza, inmóvil y sombría, la pesada mole de un trasatlántico.

Frente al buque, la isla se cubre lentamente de sombras. Dibújase en el crepúsculo caído y pálido el accidentado contorno de su cordillera central. Un confuso hacinamiento de objetos que blanquea en la penumbra, es la ciudad, donde aún no brilla ni una luz, de donde no sale ni un rumor. En la extremidad de la

costa, junto al mar, una humareda tenue y azulada se desenvuelve lentamente en el dormido espacio.

En el buque reina confusa agitación. Cruje la cubierta al choque de cuerpos duros y pesados, hiende los aires el sonido precipitado y agudo de los timbres, óyense voces guturales de mando, y de las entrañas del coloso brota, á intervalos regulares, la poderosa respiración de la máquina.

El buque va á partir. En la proa, formando negro y lamentable grupo, los emigrantes canarios contemplan la tierra, que bien pronto será tan sólo un recuerdo indeciso y querido de sus almas.

Rechinan las cadenas, crece el estrépito, la respiración del monstruo se acelera; el vapor está en marcha. Y en aquel momento preciso é inolvidable llega, atravesando el espacio inmóvil, el toque melancólico de la oración.

Ya el buque se aleja, se pierde en la obscuridad siempre creciente y la isla queda allá, en el fondo, como un montón de sombras, que

pone en la angustiosa melancolía del crepúsculo una tristeza más.

.....

¡Pobres canarios! Allá en el tumulto brutal é indiferente de la ciudad americana, en medio de las angustias y de los reveses de la dura lucha por la vida; cuántas veces os acordaréis de la isla perdida en la soledad del Océano, de aquel vago montón de sombras de donde surgía, como un sollozo del crepúsculo, el toque melancólico de la oración!



# ÍNDICE

## Páginas.

La peña del colegial.....	7
De la tierra.....	19 —
El eterno círculo.....	39 —
El poema de un boticario.....	47 —
«Germinal».....	57
Historia de un viaje.....	101
De jarana.....	109
El tesoro de la casa.....	121
Cristobalito Molinos.....	131
El nacimiento.....	175
Candelaria.....	183
La muerte de Joseph del Alamo.....	191
La viuda de Juan Suárez.....	201
Historia de un pobre diablo.....	209
El calvario.....	229
¡Pobre muchacho!.....	239
La venta de Perico.....	245
Vuelta al hogar.....	253
Adiós a la tierra canaria.....	263